



Cartas a Natalia

Esperanza Reig Vázquez

Esperanza Reig Vázquez

Cartas a Natalia

Cartas a Natalia

Esperanza Reig Vázquez

Barcelona, julio 2005



.... A Natalia.

Podría dedicar estas páginas a mi familia: a mis padres, a mi marido, a mis tres hijos. Ellos ya saben que yo los quiero en el alma. Te las dedico a ti, Natalia, por hacer posible que las aguas de nuestros ríos viajen juntas.

Barcelona, julio de 2006

ÍNDICE

	Prólogo: Invierno de 2.001	11
I)	Entre Moscú y los Urales	13
II)	En occidente	19
III)	La media naranja	37
IV)	Se inicia la carrera	43
V)	Vida y papel	47
VI)	Más cerca. Más Lejos	71
VII)	El bebé de nadie	79
VIII)	La promesa	83
IX)	El Globo terráqueo	91
X)	¡Nos vamos!	105
XI)	El flechazo	131
XII)	Volvemos sin él	161
XIII)	Segunda espera	173
XIV)	Strielka	187
XV)	La puerta cerrada	203
XVI)	Un nuevo horizonte	217
	Final: Siempre la verdad	223
	Fotos	229

INVIERNO DE 2001.

Vladimir Putin dirige los destinos de la joven Federación Rusa casi una década después de que Mijail Gorbachov propiciase desde dentro del Partido Comunista el inicio de una serie de reformas que llevarían al fin del comunismo como sistema de gobierno y de producción en la Unión Soviética. Su “perestroika”, que literalmente significa “reestructuración”, no sólo reformó la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, sino que acabó con esa Unión, y también con el propio Gorbachov como político.

La URSS que fundó Lenin, desapareció 74 años después. Muchos rusos aún maldicen a Mijail Gorbachov por ello.

A este lado, en mi mundo, el inicio de la perestroika soviética, supuso el fin de la Guerra Fría: Occidente respira tranquilo. Pero en la URSS, junto a la ilusión empieza el caos. El sucesor de Gorbachov, Borís Yeltsin alienta las sublevaciones nacionalistas y un buen número de repúblicas acaban abandonando la Unión: Ucrania, Bielorrusia, Estonia, Letonia, Lituania, Uzbekistán, Azerbaijón, Georgia....Lo que queda, después de tanta segregación, pasará a ser la nueva Federación de Rusia, y Borís Yeltsin su primer Presidente.

Una enorme crisis económica y social acompaña la llegada del capitalismo a un mundo

educado para mirarlo y evitarlo como al diablo. Los mercados, después de muchos años de estanterías vacías, se abastecen de casi todo. Pero muy pocos pueden comprar. Los sueldos caen en picado, los precios se disparan, aparecen las mafias, que controlan muchos sectores, los jefes de la Nomenclatura se convierten en los nuevos oligarcas, pasando muchos funcionarios comunistas, de directores de empresas públicas a dueños particulares de esas mismas empresas, que ya no son “de todos”, sino de ellos, merced a oscuros traspasos de propiedad. La mayoría de la población sufre un cambio que debería ser bueno, pero es demasiado rápido, demasiado traumático.

Conviven ahora nostálgicos del comunismo, con eufóricos nuevos ricos, junto a una mayoría desconcertada. La libertad ha abierto un difícil camino a la esperanza.

I. Entre Moscú y los Urales...

En enero de 2001, después de la Navidad Ortodoxa, una ola de frío llega a Rúsia. Se alcanzan temperaturas record bajo cero.

Sin que nadie lo sepa y a nadie interese, en un lugar de la región de Ivánovo, una nueva vida acaba de empezar. Es Él.

La ola de frío se va. Él se queda, escondido como un pequeño polizón. No ha pedido permiso a nadie. No le espera nadie en este mundo. Ni siquiera ella. Aunque eso no es del todo cierto. Yo llevo media vida esperándole.

Una mujer mira su vientre. Su sonrisa se hiela, su corazón se encoge. Es una joven dependienta de nombre Natalia. Eres tú.

Debió ser un día muy amargo para ti, un día seguro muy frío del invierno de Puchezh; un día más de un invierno blanco, de una vida gris, en una pequeña ciudad cualquiera, de esas de aspecto aún muy soviético, a orillas del Gran Volga.

A ti qué más te da si el Gran Río hoy está precioso, plateado; si refleja las siluetas heladas de los esqueletos de los árboles; o si el dedo acusador de

Lenin aún te señala desde lo alto de alguna de tantas estatuas gigantes que resisten al giro de la historia. Su sombra cae sobre la calle, que conmemora las hazañas de algún cosmonauta. Su dedo sigue tapando la luz a la calle, como hace cincuenta años. Para el gigante de hierro, nada ha cambiado. Él es tan grande ahí arriba, dominando, y tú, en esa calle, eres tan pequeña...., te sientes pura sombra, te convences que no vales nada. Caminas con tu mente llena de ilusiones rotas. Llegas a la plaza. Quizá salga el sol; pero sólo durará un momento, como las alegrías, efímeras. Y después, en un instante, las nubes cubrirán otra vez el tímido sol de Puchezh.

Los viejos tranvías van y vienen llenos de gente, narices rojas bajo cero, gorros de visón, de lana, de piel con sus orejeras anudadas en lo alto, sonrisas, vaho en los cristales, niños.....y algunos corazones heridos de vodka....

A ti nada te importa hoy, sólo sabes que es un día muy malo, como tantos; las cosas no han salido bien. Maldito invierno, y maldito año 2001 que ya empieza con el pie cambiado. Aunque si eres sincera, estás algo acostumbrada, porque no es la primera vez..... No, no, a eso no se acostumbra uno nunca. Las desgracias, por repetidas, no parecen menores. ¿Cómo ha podido pasar otra vez? Probablemente, te repetiste que no te volvería a pasar, que no, que no. Pero tú no sabes, Natalia, que tu mala suerte cambiará mi vida para siempre. Increíble ¿no? Tu desesperación de hoy será un día mi alegría. ¿Qué injusto! ¿No?

Los tranvías siguen pasando, los microbuses, los pocos coches. Algunos vehículos ya son nuevos flamantes, “occidentales”, “capitalistas”, y circulan ostentosos, insultantes, la música a todo volumen vomitando rock. A sus dueños el cambio les ha ido bien. Pero son pocos. Otros, la mayoría, son los coches de “antes”, los de “toda la vida”, porque setenta y tantos años son toda una vida. Una vida que marcó a los tuyos y te marca a ti. Son coches verde pálido, sin brillo, marrones, blancos, Skodas, Ladas, Traband. Algún “Volga” negro todavía. Está claro, muy claro, que todo está cambiando, y que el futuro será muy diferente del que conocieron tus padres. Van a abrir un Mac Donalds. Pero a ti, ¿qué más te da todo eso hoy? Maldita perestroika. ¿De qué te sirve a ti? Si tuvieras coche, piensas, seguro sería uno de esos sin brillo, antiguos, sin rock. Porque tú no tienes suerte. Dicen que el futuro será mejor. ¿Y qué te importa lo que pasará en el futuro en tu país, y si me apuras, qué te importa al fin y al cabo lo que pasaba antes, en la época de tus padres? No sé si tienes padres, si tienes relación con ellos, si están vivos o muertos.

A ti hoy sólo te importa lo que acabas de saber; el resto del mundo, el antes y el después, simplemente, no existe.

Empieza a llover, el viento se cuela entre los edificios uniformes de viviendas, bloques enteros de hormigón gris, con viejas consignas del Partido escritas y aún visibles en los bajos. Cae agua nieve sobre los nuevos quioscos de aluminio que han instalado en las aceras. Por una ventana tan pequeña como las de las

taquillas de los cines de occidente, venden capitalismo en pequeñas dosis: Coca-Colas, frutos secos en bolsas multicolores, chicles, envasados de cualquier cosa que quepa por la pequeña abertura por donde se obstina en entrar el insufrible frío siberiano. El quiosquero, antes obrero y ahora empresario, aguanta dentro como puede las largas horas de su puesto de venta. Aprieta el puño de una mano contra la palma de la otra. Golpea la tarima del suelo con sus botas. No se queja. Un buen ruso debe resignarse. Está satisfecho de trabajar sin dueño, de no ser un eslabón de una cadena de todos y de nadie. El frío intenso no importa. Los peatones caminan. Hay hielo en las aceras. No resbalan. Algunas mujeres desafían al mal tiempo y se atreven incluso a taconear presumidas, valientes. Hay abuelas que fríen buñuelos, de carne, de patata, o venden salazones de pescado en carritos a la intemperie, bajo la única protección de su piel ya muy curtida y su precioso y viejo gorro de visón. Las babushkas siempre te sonríen por la calle. Pero hoy, Natalia, no tienes el día. Le devuelves la sonrisa a esa vendedora y a su diente de oro, aunque preferirías echarte a llorar allí mismo, apoyarte sobre su abundante pecho abrigado y dejar salir tanta tristeza de tus preciosos ojos grises... No lo haces, claro; no puedes llorar sobre ninguna vendedora anónima. Mucho menos sobre su abundante pecho... Le dedicas una forzada sonrisa, sin detener el paso.

Caminas hasta una cafetería. De entre el bullicio, una sola silla, una sola mesa libre al fondo, junto a los ventanales.

Las mejillas mojadas, pierdes la mirada tras el cristal. Pasa la gente, pasan vidas, alegres, mediocres, anónimas. Los niños hacen nubes de humo con su respiración. Tú no miras más que tu propia nube, y su humo te inunda. En tu corazón llueve. Tus ojos, no ven, sólo piensan sin ni siquiera pensar algo concreto.

Ahogas tu tristeza en un té caliente y sigues tu camino. Apuras el paso; calas bien tu gorro... Llegas tarde. Nadie ve tus lágrimas. Por la calle, lo has decidido, nadie lo sabrá. Tu suerte está echada. La mía también.

Intento imaginar cómo fueron los días siguientes de ese invierno. ¿Qué pensabas entonces, quisiste deshacerte de Él? Me pregunto muchas cosas, muchas, muchas. ¿Fue el fruto de una aventura, una inconsciencia, un amor oculto? Yo sé muy pocas cosas de ti, prácticamente nada. Tú ni siquiera sabes que existo. Pero sí sé que aquel día gris, al tomar una gran decisión, empezaste a trenzar un largo lazo de vida, que llegaría a miles de kilómetros y nos uniría para siempre, sin necesidad de conocernos.

Yo hoy conozco tu nombre, Natalia, y que tenías 26 años cuando, por suerte para mí, cometiste un error. O lo que tú creíste un error. Para mí, el mejor error del mundo. Eras soltera, libre, y ya no eras una niña. ¿Qué pasó? Tal vez te enamoraste de la persona equivocada. O tal vez no. Yo qué se. Tampoco sé si en realidad tengo derecho a especular sobre ti. Lo cierto es que no puedo dejar de pensar qué fue lo que sucedió y por qué Él está aquí.

¿Nikolai lo supo? ¿Lo sabe ahora? ¿Fue compañero, amante, cómplice, o simplemente no quiso ser nadie en esta historia?

Te imagino con él y también sola; imagino tu cara, con los pocos datos que tengo. Te veo con aire frágil, los ojos grises, la mirada triste, el cabello oscuro, media melena, la piel blanca como el cielo a punto de nevar. Siempre te imagino caminando hacia ninguna parte, bajo la lluvia. Y siempre hace frío en mis sueños...

Lo siento, Natalia, son sólo fantasías sobre ti. Cajas vacías que necesito llenar de algo. Las cajas del recuerdo que Él no tendrá. La historia de su vida y de sus orígenes que yo nunca seré capaz de llenar. Las preguntas que quedarán sin respuesta. O quizá un día no.

II. ...En Occidente.

En Barcelona, este invierno de 2001, hemos comunicado a la familia que queremos adoptar un niño. De hecho, mi familia sabe desde siempre, desde antes incluso de que me casara por primera vez, desde que estaba en el colegio incluso, que llevo esa ilusión muy dentro, muy fuerte, y sin ninguna razón. No tengo, al menos una razón visible. Seguro que algún avezado psicólogo, hurgando hábilmente en las tinieblas de mi inconsciente, encontraría una explicación... claro. La encontraría. Yo, en cualquier caso, no la conozco. Lo único que sé es que desde que soy una adolescente sueño que habrá un niño en el mundo al que yo tendré que ir a buscar y que será mi hijo. Es curioso ¿verdad? A mí también me lo parece. Sobre todo si supieras que mientras escribo en mi ordenador estos pensamientos para ti, Natalia, mientras fantaseo sobre ti, ese hijo al que al fin he ido a buscar, y al que siento más mío que mi propia piel, está durmiendo en la habitación de al lado, tan tranquilo. Un pedazo de cielo en esa habitación, a mi lado. Un pedazo de ti, Natalia, está conmigo.

Mis padres, primero se quedan incrédulos, no creen que vaya en serio lo de adoptar porque siempre me han oído hablar de las adopciones ajenas, y de lo que me gustaba esa idea, pero claro, pensaban lo que

muchos: que con los años, al tener ya dos hijas, se me habría ido de la cabeza esa pequeña locura. Dos hijas preciosas, sanas, listas, que me llenan de felicidad. Que son lo mejor de mí. Mis obras de arte. Ni al tenerlas a ellas se llenó ese espacio. Ellas abrieron otros inmensos en mi corazón. Pero el rinconcito de mi lejano hijo seguía dentro de mí, con cartel de “reservado”, esperándole año tras año en un remoto lugar entre el alma y el corazón, entre la fantasía y el azar, entre mi mente y la realidad.

Sentí, después de ser madre por vez primera, después del lujo de inventar una vida en mis entrañas, la misma sensación de adolescente: Mi vida no está completa porque me falta ese hijo que me espera en alguna parte. Estoy segura de que me espera, me decía yo. Lo sé. Tan fuerte era el deseo de ese hijo, como fuertísimo fue el deseo y el amor del que nacieron mis hijas.

Estamos en la mesa de la cocina, como un día más, en casa de mis padres. Ellos, en esa época, nos “aguantan” cada mediodía, entre semana, y nos dan de comer, a mí y a las niñas, que no es poco.... Desde hace unos días, busco el momento para lanzar la ofensiva final. Respiro hondo y ataco:

- Hemos empezado a reunir papeles para presentar la solicitud de adopción de un niño o niña, ya sabéis que siempre lo he dicho, pero ahora, Alfonso y yo lo vamos a hacer -digo entre tenedor y tenedor.

Los macarrones se atragantan.

- Sí, va en serio.

Mi madre, después de aterrizar, no me censura, que ya es más de lo que puedo esperar como primera reacción. En el segundo plato, el silencio se corta con cuchillo. De vez en cuando, mi madre dice:

- ¿Va en serio?

Y, otra vez se hace el silencio.

- ¿Estáis seguros?, ¡que ya tenéis dos niñas! ¡Ay no! seguro que es una broma.

Mi cara confirma enseguida que no es una broma. Me río de puros nervios.

- ... ¡Pero con el lío que tenéis! -masculla en voz baja mientras retira los platos...

Mi padre calla. Calla como un muerto. No dice nada al respecto ni ese día ni los posteriores. Su silencio me cuenta que no lo comprende, pero que intenta respetarme. Tardó muchos días, creo que meses, en hablar... Supongo que ha callado tanto tiempo como ha necesitado para una digestión de esta envergadura.

- ¿Qué opinas tú, papá?.

- Yo no opino, eres tú quien tiene que opinar.

- Pero es que a mí me interesa tu opinión.

- En eso, sois tú y tu marido los que tenéis que estar de acuerdo.

Y al final, dice con la boca pequeña:

- Si a vosotros os parece bien, a mí no me parecerá de ninguna manera.

Al final, final, sí le pareció bien. Ahora le parece perfecto, creo.

Hoy, deja que “el camarada” le robe su bastón, pisotee una y otra vez sus cansados pies y huya feliz pasillo arriba con sus andares de debutante, mando a distancia de la tele en ristre. Su feliz baba cae como la de cualquier abuelo del mundo...

En el mes de febrero de 2001, llego al Consulado ruso en Barcelona. La Federación Rusa me recibe gélida. Mejor dicho, casi como si no me hubiera recibido. Sólo me saluda, gracias al viento de mi ciudad, la gran águila bicéfala de su bandera, y un montón de carteles en un idioma extraño, en unas letras extrañas. No logro descifrar ni una sola palabra. Camino hasta lo que parece la entrada, paso un arco de control, sin nadie que lo controle. Pero hay cámaras observándome. A la izquierda, tras una arcada, una cola en una ventanilla. Enfrente, lo que parece el acceso a un gran salón estilo imperial con otra hilera de personas aguardando entrar. Elijo la izquierda, la arcada y la cola de la ventanilla, que parece más adecuada para pedir información que el salón imperial de enfrente. Guardo cola allí hasta que la distancia se acorta y me permite leer que allí se hace cola para la caja donde se pagan los visados para viajar a Rusia, ahora sí en español y ruso. Es normal, pienso: si vas a pagar, es importante que sepas dónde hacerlo. Por eso hay cartel en español. Si vienes para cualquier otra minucia, por ejemplo, a solicitar información sobre la posibilidad de adoptar un niño ruso, no hace falta cartel, ya te

apañarás, seguro. Y claro que te apañas. No en vano, ese consulado es ya el decimoquinto o decimosexto lugar al que acudo a buscar información.

Primero, antes del consulado ruso, había ido a la Generalitat, único organismo autorizado para solicitar la adopción desde Cataluña. Después de averiguar qué departamento es el competente y su ubicación, ya ha cambiado de dirección. Cuando llego al nuevo edificio, en la otra punta de la ciudad, ya han cerrado. El día que consigo llegar al lugar y hora adecuados, subo a la quinta planta, la dedicada a adopciones. Una charla con una atenta funcionaria, cuya misión es desalentar al más pintado, me quiere hacer entender lo que algunos otros también creen. Que estamos locos. (Si, mi marido y yo estamos rematadamente locos). Ah!, y que ni soñemos con adoptar a ningún niño español, de ninguna edad, pues lo que queremos, un niño o niña de al menos -digo de al menos, no de menos, eh!- 3 o 4 años, o más, es literalmente imposible, pues es criterio de ese departamento, que dice sólo pensar en el bienestar del niño, que ninguna familia se haga con un infante mayor que el más pequeño de la casa. Así que, como Marina, la pequeña de la casa, tiene en esos momentos dos años y muy poquito, el niño o niña, tiene que ser menor y en España “no hay” esos niños menores. Sería muy malo para vuestras hijas, dice convencida, la llegada de alguien que ocupe un lugar intermedio, por ejemplo, de cinco o seis años. No entiendo el motivo. Ella insiste. Dice que los niños ocupan un puesto concreto en la casa, que perderían si llegase uno “descolocado”...

En esos momentos, frente a la obstinada funcionaria, me viene a la mente y le suelto la historia

de mi abuelo paterno, viudo con cuatro hijos varones, escalonados de dos en dos años cada uno, que desposó, creo por conveniencia y apaño mutuo, a una viuda con tres hijos, dos chicos y una chica, completamente “intermedios” respecto de mi padre y sus hermanos. Ese apaño, resultó a la postre, fantástico, de tal suerte que esos siete hermanos, sin comillas, lo fueron en el alma y de todo corazón, aunque sin sangre, y eso a pesar de no haber llegado cada uno a esa gran familia en el orden cronológico habitual. No siempre lo habitual es lo mejor ni lo único adecuado. Los hermanos que quedan vivos siguen siendo hermanísimos hoy. Todos mis primos de uno y otro apellido nos queremos. Y nos vemos. La abuela a la que yo conocí no era mi abuela biológica, claro, pero yo me sentí igual de querida que todos los demás nietos, incluso a pesar de que yo llevo el nombre de Esperanza en honor a la “verdadera” madre de mi padre, a la que no conocí. Mi padre nunca dejó de querer a su mamá Esperanza, que murió tan pronto, y me hablaba a menudo de ella. Pero yo nunca olvidaré las lágrimas de mi padre al enterrar a su querida “mamá Adela”, como no olvidaré tampoco que yo a esa abuela la llamaba “la abuelita de Miguel” porque vivió hasta el fin de sus días, que fueron afortunadamente muchos, con el hijo soltero, tío Miguel, que no era hijo de sus entrañas, sino de su corazón, y ello pese a que empezó a ser su madre cuando él ya era un joven que no usaba pantalón corto.

La historia de mi familia siempre había sido para mí la prueba más visible de que los lazos de la convivencia son tan fuertes como los de la sangre, y

que el amor en uno y otro caso puede ser distinto, no sé, pero no menos intenso.

No tengo éxito con ese argumento. Agotada la vía sentimental, yo, tonta de mí, intento desbloquear la oreja de la resignada funcionaria explicándole que soy abogado y que sé que no existe una Ley que prohíba adoptar a un menor, mayor que tu hijo biológico. Y que además, le digo, creo que para mis hijas, que son **nuestras** hijas (pues Alfonso también considera suyas a las dos), esa experiencia no será mala sino todo lo contrario. Le digo:

- La mayor seguirá siendo mayor, la pequeña seguirá siendo pequeña, no “descolocamos” a nadie, y en medio tenemos un espacio muy grande, seis años que se llevan, donde creemos “cabe” alguien de más de tres años.

Esos niños de más de tres años son los que la mayoría de matrimonios sin hijos no quiere adoptar, con comprensible razón, porque son “muy mayores” para los que nunca han gozado de la ilusión de un bebé en casa. Entiendo que tienen un derecho moral preferente sobre mí, que por dos veces he disfrutado de un bebé.

La batalla dura poco. A falta de mejores argumentos, finalmente la funcionaria me lanza el mejor y más convincente:

- Si solicitáis un niño mayor, la Generalitat NO os dará el certificado de idoneidad.

Y no sé cómo se expresó, pero yo entendí:

- Y sin ese salvoconducto, no hay adopción ni aquí ni en Sebastopol, bonita!

De hecho, la batalla estaba perdida de antemano.

- Si queréis un niño menor que vuestra hija Marina, deberéis acudir a la adopción internacional, pero aún así es muy difícil, por no decir imposible, que os asignen un menor de esa edad, pues, en esa franja hay más oferta que demanda.

Recuerdo como si fuera ahora que dijo:

- Hay más padres que quieren adoptar, que niños disponibles en adopción. Y son la mayoría padres sin hijos. Por otra parte, la mayoría de países asignan a padres de vuestra edad, niños de más de cuatro o cinco años, para los que no tendríais aquí la idoneidad por la corta edad de vuestra hija pequeña. Si cumplís los requisitos de allí, no cumplís los de aquí, y viceversa.

Total, la funcionaria quiere acabar con mi sueño de un plumazo, sin inmutarse, en un minuto, y con la sonrisa en los labios como el que acaba con la cantinela alegre de un borrachín en la noche, arrojándole un cubo de agua, o de pis. Yo lo sentí como de pis. Hablar de mis sueños en términos de oferta y demanda me sabía igual que el orín arrojado sobre el joven ebrio de fiesta nocturna.

No encajamos en la oferta y demanda y no hay niños. Así, que como ya tenéis dos, no seáis egoístas. Ese era más o menos el mensaje. No costaba captarlo.

No hacía falta ser Einstein. De todos modos, aunque sea casi imposible, le dije:

- ¿Cuál es el trámite a seguir para solicitar la adopción internacional?

Y ella, mirándose el zapato, contesta aborrecida por nuestra insistencia:

- Hay que rellenar un impreso, con unos documentos.

(Silencio).

-¿Y? -Dije yo.

- Y presentarlo en la segunda planta.

(Silencio).

- ¿Me das el impreso, por favor? -simpática, la muy..., pensé.

- Toma, pero antes, debéis elegir el país al que os dirigiréis, porque el certificado sólo se da para un país en concreto. Si no sabes el país, no puedes presentar la solicitud. De todos modos ya te digo que es muy complicado para vosotros, imposible...

Antes de que yo pudiera hacer una sola pregunta sobre información de países, deposita la rauda y veloz funcionaria, sobre mi mano, un dossier gordo impreso y me despide, pues tiene mucho trabajo (y no puede ocuparse de una pesada ciudadana que ya tiene dos hijas, leo en su mirada).

Me hubiera gustado entonces decirle alguna que otra cosilla más, como la circunstancia de que esta pesada ciudadana, o sea yo, contribuye regularmente con sus impuestos a que ella, funcionaria, como mi marido, cobre cada mes. Pero me resigné.

Mi habitual vehemencia y tono altivo de letrado discutiendo cuestiones de trabajo, dejó paso a un hilo de voz de dócil alumna de primaria. Ella había sido, al fin y al cabo, educada, y supongo que cumplió con el papel para el que fue nombrada y por el que recibe ese sueldo cada mes. No iba ella a ponerlo en peligro. Y no iba yo a poner en peligro mi sueño por una frase desacertada, de puro desahogo que de nada me hubiera servido... Ella recibe órdenes... sigue unos criterios que establecen otros más arriba...

Y ahora que la aventura de la adopción ya ha terminado para nosotros, me encantaría volver y decirle a la funcionaria, y a toda la parte superior que hay en su pirámide, decirle a esa cúspide de donde llegan las órdenes y los criterios, que es vergonzoso que pretendan convencer a los aspirantes a padres adoptivos, de que no hay niños disponibles para ser adoptados; me gustaría llevarla de las orejas, como a los escolares mentirosos de antes, a ver a esos niños que yo vi. Sólo en aquel país, existen muchísimas ciudades y pueblos; sólo en aquella ciudad a la que el destino nos llevó, había un montón de orfanatos; y otros orfanatos más repartidos por la provincia; unos orfanatos de 0 a 3 años, otros de 3 a 7 años; otros para los más mayores; en cada orfanato, un montón de niños, un montón de miradas limpias, todos esperando

un futuro mejor, rubios, morenos, altos, bajos, todos preciosos; todos “perdiendo” allí el tiempo, mientras muchas mujeres y hombres desearían que la felicidad llegase a sus casas de la mano de una de esas pequeñas vidas ya empezadas... Si no fuera tan complicado, tan desesperante, tan caro incluso... Es injusto, es cruel. Es indecente. Debiera de ser hasta pecado. Sí, eso me gustaría decirle. Y a todos los que alguna vez se plantean la posibilidad de adoptar sólo les diría, adelante!, claro que hay niños! no hagáis ni p... caso, hay miles de niños, y uno de ellos os está esperando seguro! Nunca os arrepentiréis. Allí hay niños; aquí hay criterios, muchos criterios! Es mentira que no puedan ayudarnos más. Aquí y allí. A los padres, y a los niños. Ellos merecen más.

Llegué con ese dossier a casa, Alfonso se lo estudió largas horas en el lavabo. No salía.

- Peque, esto es un lío!

Lo leemos, lo empollamos.

- ¿Dónde vamos a adoptar? Seleccionamos los poquísimos países donde según ese dossier -que no se hace responsable de que la información sea fidedigna o haya variado- cumplimos los requisitos que además coincidan con el insalvable criterio de la Generalitat. Si la Generalitat me permitiese adoptar un niño mayor, casi todos los países me abrirían sus puertas, con mayores o menores trámites y costes, según cada uno. Pero para un niño/niña menor que Marina, las cosas se complican.

Los días siguientes peregrino como alma en pena por los consulados y ECAIS (especie de ONG o entidades colaboradoras de la Administración para la adopción, que teóricamente te facilitan las cosas y sin ánimo de lucro... lo que no impide que, si las usas, la adopción te pueda salir, a veces, mucho más cara que si vas por libre, y eso si los países te dejan ir por libre y no te obligan a ir necesariamente a través de las ECAIS que ellos han elegido. Cierto es también que hay ECAIS estupendas, sin las cuales muchos niños no estarían aquí).

Me informan de China: Veo que China organiza las adopciones como si de excursiones de “Juliá Tours” se tratara: hay que ir en grupo por fuerza, 10 o 12 familias adoptantes. Excepto si el arroz lo quieres Chop Suey o con gambas, todo está establecido, hasta las visitas a los jardines y los templos budistas. Incluso el “donativo” al Orfanato que te asignen está estipulado de antemano. Yo siempre pensé que los donativos eran por naturaleza voluntarios, libres. Pese a todo, en relación al caos informativo de los demás países, China no estaba mal, excesivamente organizado y tasado, pero podía ser en esos momentos hasta una ventaja. Me advierten, cuando ya me estoy imaginando empujando el carrito de una divertida chinita con dos coletas y flequillo de tieso pelo negro por las calles de Shangai, que China va a cerrar las puertas a las nuevas adopciones en muy breve plazo, pues no recibe puntualmente los informes de seguimiento post-adoptivos. Luego por la prensa, me entero de la misma noticia, y de que realmente también se debe a que están desbordados dando trámite a las solicitudes ya

iniciadas. China se va a paralizar dentro de poco. No nos podemos arriesgar, queda poco tiempo y ni siquiera hemos presentado la solicitud en España. Tras esa visita siguen otras, con pocos resultados alentadores: voy imaginándome sucesivamente a niños rumanos, ucranianos, chilenos, salvadoreños, marroquíes, en mis brazos llamándome mamá. Para que te hagas una idea, en algunas ECAIS, hasta tienen paneles enteros llenos de fotos de los afortunados padres con sus adorables retoños después del vía crucis. Está mal decirlo, pero piensas: Anda, a este padre tan feo, mira qué niño más mono le han dado, o mira qué feito este, pobre, y te preguntas, ¿Y si me toca uno muy, muy feo, feísimo? Claro que yo juego con la ventaja de ser madre ya, y de saber, en consecuencia, que las madres siempre encontramos monísimos a nuestros niños. Y por supuesto, mucho más espabilados que los del barrio, de la familia, y de todos cuantos niños somos capaces de recordar.

Para hacerse con un niño salvadoreño, nos faltaba más de un año de matrimonio antes de poder empezar, más dos que esperabas después. Para los marroquíes, debías primero convertirte al Islam. Casi nada. Y aún así no hay adopción. Porque Marruecos no lo permite.

- No te preocupes, sólo es un requisito formal - me dijeron los de la asociación de amigos de los niños marroquíes, cuyo nombre exacto no recuerdo.

Luego vas allí, *eliges, si sí, eliges* al niño por el que sientas un “coup de foudre”, o rayo de atracción irrefrenable, lo traes sólo en acogida y a los dos o tres

años, ya en España, pides su adopción según las leyes de aquí. Me entran sudores.

En Colombia, de donde tengo excelentes referencias y dirección y teléfono de un orfanato, llamo para que me informen y directamente me dicen con exquisita educación que con dos hijas, no tendría derecho a un niño o niña menor que Marina. Que mejor ni lo intente. En Perú, digo, en su consulado, sólo consigo que me den un folleto informativo, que ya me basta para ver que según las tablas de edades nos asignarían a un niño de cinco o seis años. Y claro, no lo podríamos entrar en España por que no sería menor que Marina. Tampoco podemos esperar a que Marina crezca, porque con ella crecemos nosotros y entonces Alfonso superaría el límite para ser padre adoptivo, o en todo caso nos tocarían niños mucho más mayores que de nuevo no serían menores que Marina.

Sigo en la cola del consulado ruso. Me da tiempo a pensar en todo eso y en más. Conozco el dibujo de la moqueta de la entrada a la perfección. No me puedo entretener mirando los carteles del corcho del vestíbulo. No entiendo nada. Es entonces cuando decido que si va a venir con nosotros un niño ruso, tendré que aprender su idioma. Sí, estudiaré ruso.

Cuando acabo con la zona de moqueta, empiezo a examinar el parquet. Está lleno de termitas. Muchas de sus tablillas de noble madera rusa no son hoy más que agujeros llenos de mundana porquería española. Eso me hace pensar las vueltas que da la vida: España durante la guerra civil tuvo que mandar a muchos de

sus pobres niños a la poderosa y roja Unión Soviética, que los educó y los hizo hombres de provecho. Hoy la pujante España hace cola para traerse niños de una Rusia desmembrada, cuajada de orfanatos rebosantes de criaturas que a duras penas puede mantener... Aquí, un tropel de padres queremos educarlos y hacerlos hombres de bien...Y queremos quererlos... queremos también sus sonrisas, el beso de buenas noches, ponerles tiritas en las pupas... ¡Cuánta tristeza me causa pensar en esos niños de la guerra, que se despidieron de sus padres por unos meses y no los volvieron a ver jamás...! No hubo más besos de buenas noches...

Ha pasado al menos una hora y media y una pareja que ha entrado en el gran salón imperial no sale. Entretengo mi mente imaginando si serían dos espías entregando información del Alto Estado, lo que justificaría sin duda su tardanza, o serían unos pobres pardillos como yo que querían adoptar y que han sido devorados por las termitas del parquet antes de que pudieran ser atendidos. Pero no; acaban saliendo. Veo caras relajadas, y unos papeles en la mano con la foto de una niña pequeña en el margen. Les abordo y les pregunto si es aquí donde me informarán de los requisitos que pide Rusia para adoptar. Antes de que me contesten, llega mi turno y paso al gran salón.

Al frente, una pared, una puerta y una escalera todo de madera oscura tallada, muy trabajada al estilo tradicional ruso; en el suelo, una enorme alfombra clásica tapando varias urbanizaciones de termitas, y al fondo, otra gran bandera de la Federación. Un joven me

atiende. Digo me atiende por decir algo... Con pronunciadísimo acento de su país, Sergei me dice que sólo da información la Generalitat y en poco menos de dos minutos me ha despachado. Yo he insistido, con él ya de pie abriéndome amablemente la puerta de salida, en que la información del dossier que me han dado en la Generalitat varía según los estados de la Federación a donde te dirijas, y que van cambiando constantemente los requerimientos de unos y otros. Inútil. Mientras salgo del salón, me dice:

- Tendrá que buscar una Ecai o alguien allí que se ocupe de eso. Nosotros no nos ocupamos de informar.

Como la puerta estaba abierta, providencialmente abierta, el siguiente en la cola me ha escuchado y en voz baja me dice:

- Yo acabo de llegar con un niño de Moscú hace pocos días; si quieres, me esperas, que voy a registrarlo.

Me enseña su foto, que años después aún recuerdo, un rubito casi pelirrojo, con su jersey rojo. Me dice:

- Al salir, te enseño al niño que está fuera con mi padre y te explico mi experiencia.

Ciertamente, esa casualidad fue decisiva. A Agustín, un desconocido, a su amabilidad y paciencia extrema debo lo que ahora tengo. Por él conseguí la tan ansiada dirección de alguien a través del cual contactar con una traductora oficial en Rusia. Y de ahí, saber por qué camino ir. Luego conseguí otra dirección a través de un familiar, otra traductora que cobraba mucho más caro y que te mandaba a la otra punta de Rusia según le conviniera, pero con bastantes experiencias buenas de

niños llegados a Cataluña a través de ella. Alfonso y yo escogimos hacer el mismo camino que Agustín y su mujer cuando fueron a buscar a Andrei. Fue una corazonada. Andrei era una preciosidad. ¡Qué egoístas somos los padres, queremos hijos preciosos!

III. La media naranja.

Recuerdo que en las primeras conversaciones con Alfonso, mi compañero en esta aventura, mi apoyo fundamental, ya le expliqué que quería adoptar un niño. Si, si, en la discoteca, en pleno “ligoteo”. No recuerdo especialmente su reacción, pero, en fin, siguió adelante conmigo. Y con mi “mochila”. Quiso ser mi novio primero, luego mi marido. Yo llegaba a esa relación después de una separación, con una hija a mis espaldas, mi pequeña Carlota, mi niña del alma, un pijoito menudo de tres años, que paseaba mi misma cara, mis mismos gestos. Poco a poco, Alfonso se metió en nuestras vidas y empezamos una nueva juntos. Nos casamos los tres. Sí, eso decía ella. Desde luego, no creo que Alfonso se imaginase dónde se metía. De repente, tras sus cuatro décadas de independencia, se veía pegando cenefas de patitos, aguantando noches interminables de tos y pesadillas, rabietas por un chupa-chup que no es de fresa, dando cucharaditas voladoras como aviones a la boca siempre cerrada de la niña... Hoy Carlota tiene trece años, y Alfonso, una familia numerosa...

Recuerdo también que yo quería que tuviéramos un hijo, un hijo de él, biológico, para que disfrutase de una etapa que se había perdido de la infancia de Carlota, y porque a pesar de quererla profundamente, ella tiene padre, mi ex marido, un buen padre que un día, después de muchos buenos años juntos, se enamoró de otra persona, pero que a su hija la quiso y quiere

mucho, y con el que todos nos relacionamos normalmente, lo que implica para Alfonso un status especial, que no es, ni puede ser exactamente el de padre. El la trata y la quiere como a su hija, pero no puede sustituir a su padre, pues Carlota ya tiene un padre que ejerce de tal.

Creí que era mejor dar prioridad a ese hijo biológico, frente a mi sueño de adoptar un niño. Meses después de nuestra boda, en el 97, en verano me quedé embarazada. Todo era felicidad; lo sabía todo el mundo. Si era niño, se llamaría Bruno. Pero meses después encontramos el abismo. Una infección, me siento mal, pierdo sangre, urgencias, reposo, más urgencias, ecografías, está vivo. Es un niño. Nuestro Bruno dando saltos dentro de mi barriga enferma. Más urgencias, más reposo y más ecografías. Yo estoy medio muerta, él sigue vivo. En el hospital, muchos antibióticos, días y días inmóvil, sangre, no puedo más. Lágrimas. Más sangre y más lágrimas. Nunca me he sentido físicamente tan mal. Mi ánimo ya ni lo siento. Creo seriamente que me voy a morir. Sólo pienso en Carlota, la voy a dejar solita. Eso me atormenta. Se le borrará con el tiempo la cara de su madre porque es muy pequeña para recordar. ¿Qué será de ella?

Dolor físico. Mucho dolor. Prisas, camilla; noto muchos nervios a mi alrededor, pienso que me muero pero sólo he perdido la conciencia un momento. Me ahogo. Mascarilla, llega el oxígeno. ¡Qué alivio! Puedo respirar. Pero no puedo soportar el dolor. No tengo fuerza para gritar. Luego, la anestesia. Lo último que retiene mi mente es la voz de alguien diciendo: ¿Por qué la habéis bajado tan tarde, tan mal? Alfonso me da

la mano. Una lágrima gorda cae despacio por su mejilla y se detiene en nuestras manos juntas. Sabemos que nuestra ilusión ha terminado.

Le vi, a Bruno, pequeñísimo y muerto en una bandejita metálica con forma de riñón, en el quirófano. No sé qué hicieron con él. Era el 26 de noviembre de 1997. Que a nadie nunca se le ocurra decir que eso no era vida. Yo lo vi. Era un hombrecito minúsculo, completo. Lo vi muchas veces en las ecografías moverse dentro de mí, taparse la cara con sus manitas... chupándose el dedo, como yo. Sólo necesitaba tiempo. Un virus en mi sangre me impidió darle su tiempo. Lo he superado. Nunca lo olvido.

Mi prima Vicky me consuela, tiene tiempo para venirme a ver cada día, aunque tiene entonces ocho hijos. Me trae comida yankee el día de Acción de Gracias, con el pavo adornado y todo en una bandeja, porque ella es de Nueva York; libros, revistas. Se lleva a Carlota de fin de semana.

Mi familia viene a buscarme al Hospital. Veo la tristeza en la cara de mi madre. Me voy a casa. Vacía. La vida sigue.

Ni nos dimos cuenta y estaba otra vez embarazada. Me dijeron que no me quedaría en mucho tiempo... ¡Tanto que me costó engendrar a Carlota!... y ahora, sin ni pensarlo ya estaba en mi tercer embarazo.

Demasiado pronto. Aún tengo infección en la sangre. Me puede pasar lo mismo. Nueve meses de angustia, estoy muy débil y me mareo todos los días. Me desmayo por la calle, en el supermercado, en el

banco. Cuando se acerca el final, empiezo a confiar que todo irá bien. Alfonso está trabajando esa noche y Carlota, a sus seis años cumplidos unos días antes, se convierte en una perfecta compañera. Alfonso llega in extremis a Barcelona. Mi niña y su muñeco “Titín” vienen con nosotros y con mi madre al Hospital. En media hora escasa, explota la felicidad. La pequeña Marina duerme sobre el pecho de Alfonso, feliz, felices. Carlota me da las gracias con el brillo de su mirada, con su sonrisa rebosante. Ya tiene la hermanita que me pedía desde que ella y yo vivíamos solitas las dos. Y ha sido la primera en tomarla en brazos, tal como le prometí. De las manos de la comadrona, a sus manos, a las puertas del quirófano.

La paz inunda nuestra habitación de hospital.

Toda mi familia está alrededor, tengo a mi pequeña recién nacida junto a mí en una de esas cunitas transparentes de los hospitales. Todos hablan entre ellos y, entre bromas, de que ya hemos completado la familia. Que ya está bien así, y que por supuesto, no lo intentemos más, con la suerte que hemos tenido de que todo haya acabado bien y que Marina no se haya infectado en el parto. Un escalofrío amargo me recorre el cuerpo. Pero no se lo puedo decir a nadie. Todos están contentos. Yo la que más. Sin embargo, me bombardea la idea de que mi familia no está completa. Me viene a la mente una y otra vez ese hijo imaginario de algún lugar con el que llevo tantos años soñando. Pienso que Alfonso se ha olvidado por completo de esa historia y ni me atrevo a decir una sola

palabra, menos en esos días. Por la noche, cuando todos se han ido, en la habitación del hospital, cierro los ojos, y le digo a mi niño lejano: No te preocupes, tú también, como ella, tienes un sitio en mi casa, en mi corazón. Iremos a por ti.

Dejamos aparcado el tema de la adopción. Alfonso me ofreció la mayor muestra de amor hacia mí, al cabo de casi un año, cuando fue él quien, una mañana, al despertarse acercó su cuerpo al mío hasta acoplarse a mi espalda, en la cama, como solía y suele hacer a veces, antes incluso de que amanezca. Me dijo:

- ¿No íbamos a adoptar un niño? ¿A qué esperas para empezar a informarte?

Ni él se imagina cuánto significaron para mí esas palabras. Con la perspectiva que da el tiempo, intento hoy recordar ese gesto cuando me enfado con él. Y ahora que ese niño ya no es un sueño, que está aquí, todavía más agradezco que Alfonso hiciera por mí algo que él nunca siquiera se planteó. Eso le hizo grande a mis ojos para siempre.

IV. Se inicia la carrera...

Marina tenía once meses. Al día siguiente pedí hora y un mes más tarde estaba en la Generalitat en una reunión informativa, cuya asistencia entonces era requisito previo indispensable para poder presentar la solicitud de adopción de un menor. Directamente obtuve el No por respuesta. Ni presentéis la solicitud. Marina es muy pequeña y no os darán el certificado de idoneidad. Esperad, al menos, un año.

Sólo ocupa una línea, pero esperar un año entero no es fácil. A todos en esta vida nos cuesta tomar decisiones, pero cuando la decisión ya está tomada, ¿quién tiene paciencia?

Al año justo, con Marina de dos años de edad, tenía la desalentadora entrevista con la obstinada funcionaria de la Generalitat, la que me soltó el dossier de países y me dio escasas o nulas esperanzas de éxito. Y días después, veía mis pies sobre la moqueta azul, en la cola del consulado ruso. Un providencial padre adoptivo, Agustín, me abrió el camino hacia el precioso futuro que nos esperaba.

Algunos certificados, un impreso muy simple, y la incrédula funcionaria autonómica con la que me había entrevistado mira de reojo cómo deposito mi solicitud de adopción internacional en el mostrador de enfrente. Me la sella otra funcionaria que debía ser muda, a juzgar por su elocuencia.

Ahora sí, el 23 de abril de 2001, iniciamos oficialmente la aventura.

Era aquí el día de San Jorge, patrón de Cataluña y allí, en tu tierra, el símbolo de la unidad de los pueblos de Rusia. Una pura casualidad.

Quedará por delante un largísimo camino de papeles que hay que reunir para enviar a Rúsia. Y faltará primero que nuestras autoridades nos den el certificado de Idoneidad.

Esa misma noche, pasadas ya las doce, en Valencia, nace Rocío. Nuestra familia crece. Viaje relámpago a Valencia. Comunicamos al clan de Alfonso que un día, con suerte, tendrán un pequeño pariente ruso, un nieto, un sobrino, un primo, un tío para la recién llegada Rocío... recogemos el efecto boomerang: Ojos como platos. Comentarios para llenar muestrarios. Todos se asombran. Nadie se opone. Mi suegra dice siempre lo que piensa... A la cara. Ese día habló poco, calló mucho. Maruja se había esforzado en quererme, en aceptar a mi primera hija; en entender que no quisiese yo dejar Barcelona para vivir con mi nuevo marido, su hijo, en su casa de Torredembarra, junto a Tarragona, donde él trabajaba y que cada uno siguiese conservando su casa, compartiéndolas cuándo y como pudiésemos. En fin, trató de entender un montón de cosas extrañas para una mujer de otra época, que se casó por supuesto joven, supongo que virgen y para siempre, que siguió a su marido por toda España a sus variadísimos destinos de militar, incluso a África, y

que parió a sus cinco hijos donde le tocó, cada uno en un lugar distinto, ahora en Murcia, ahora en un cuartel de fronteras, junto a Francia, sin su familia, sin plantearse, hasta cumplir los setenta, ya viuda, si eso era justo o injusto. Nunca renegó de su vida, pero nos miraba con cierta envidia... También yo intenté quererla. Y me lo puso fácil. Me dio desde el principio su cariño austero, me apoyó siempre a mí, incluso sobre Alfonso. Buena estrategia para una suegra. Era lista. Y práctica.

Le di una nieta nueva, sangre de la sangre de su hijo, por la que todo hubiera dado ella... Debíó pensar... ¡Vaya nuera más rara! ¡Ahora quiere un niño adoptado! Pero cierto es que no lo dijo, y poco a poco fui teniendo todo su apoyo.

En esa primavera de 2001 ya todos lo saben.

El camino hubiera sido mucho más difícil si los nuestros no hubiesen estado a nuestro lado. Gracias a todos.

El que será nuestro hijo lleva dos o tres meses en la barriguita de su mamá. Dentro de ti, Natalia. De ti depende su destino, el tuyo y el nuestro. Un triángulo transparente y frágil de desconocidos que puede desmontarse en cualquier momento...

La vida en ese momento es una jugada de billar a tres bandas que cambiará el orden de cada bola, sólo si tú decides seguir la partida y empujar la bola principal en esa dirección...

V. Vida y papel: al Este y al Oeste de la gran decisión.

Pasan los meses en tu pequeña ciudad. La primavera llega a Puchezh, muy tímida, como la alegría en casa del pobre. El Volga pasa de plateado a azul, entre lenguas ocres de barro y de deshielos. Los árboles se llenan de vida... y la vida crece en tí. Ahí, al pie de la calle sigue un Lenin de fundición, mirando impasible, cada día, desde lo alto, a una madre anónima, que no quiere serlo.

No sé por qué, pero, pese a todo, decidiste seguir adelante, para mi fortuna. He sabido después que éste es tu tercer embarazo, aunque se hará constar en su ficha que el niño no tiene hermanos. ¿Qué quiere decir tres embarazos, y no hay hermanos? ¿Acaso no llegaron a nacer? ¿Murieron? ¿O quizás mi niño tiene hoy dos hermanos en cualquier confín del mundo acomodado? Me han dicho -después- que no sigues ningún control. ¿Para qué? Quizás si se muere, mejor, piensas. O quizás es una barbaridad que yo ponga en tu boca ese pensamiento que nunca tuviste. Lo que sé, porque lo has dicho tú, Natalia, y consta en los antecedentes médicos, es que sigues fumando, que te mareas mucho y que no te cuidas ni pasas ninguna revisión. No te censuro.

Si sigues adelante con el embarazo, pronto se descubrirá todo. Supongo que tienes que intentar ocultarlo y para cuando se acerque el día menos soñado, abandonar tu ciudad. Decides que tu pequeño

no nacerá allí. Tal vez eso le traiga suerte, piensas. O tal vez eso te garantice mantener el suceso oculto a los tuyos. Irás Volga abajo hasta Nizhni Novgorod, la ciudad a la que llamábais Gorki en tiempos de la Unión Soviética. Es una ciudad importante, relativamente grande y no está muy lejos. Allí será más fácil conservar el anonimato. Sí, allí será.

Y ese día llegó. Un día que nunca olvidarás. Eso sí lo sé seguro aunque no te conozca. Yo soy madre. Tú eres madre. Parir no se olvida.

(He pasado ya sus cuatro primeros cumpleaños con él y en los cuatro mis primeros pensamientos han sido para ti. Su madre. Quieras o no. Lo quiera yo o no; tú lo has puesto en este mundo. Es carne de tu carne. Viene a la vida desde tus entrañas. Y pienso que tu alma se abrió y lloró de dolor, como se abrieron tus entrañas y lloró de dolor tu cuerpo. Imagino ese día; imagino el parto, tu parto; el de mi niño, que es tu niño. ¡Qué extraño todo! Gracias Natalia. Una y mil veces gracias. Todos los días que me resten de vida amaneceré agradeciéndote que le dejases vivir. A nuestro niño, que es tuyo y mío, le doy siempre un beso de buenas noches por ti y otro por mí. Le digo que es muy guapo y muy bueno en ruso. Él sonríe. Pero el día de su cumpleaños le digo, aunque no me entiende, que hoy seguro su mamá Natalia, aunque esté muy, muy lejos, se acuerda de él. Y sin que me vea, se me caen las lágrimas. ¿Verdad que sí te acuerdas de él?)

Todo eran nervios y confusión en la Maternidad nº 1 de Nizhni Novgorod: Sale muchísimo líquido amniótico, verde. Sale un varón, parece que a término de gestación. Poquito peso: 2,650 Kg. Grita. Está vivo. Pero enseguida ven que algo va mal. Su abdomen se hincha espectacularmente. Los médicos corren alrededor de ti. Hablan bajo. El niño no tiene pared abdominal, la pared de músculo frontal donde se ubica en medio el ombligo. Se le ha salido el estómago, los intestinos grueso y delgado. Un riñón deja de funcionar. Está hipertenso. El corazón late raro. Está muy grave. Hay que operarlo de inmediato.

Si algo especialmente me pregunto sobre ti, es si quisiste verlo, si llegaste a verlo. Si conociste su cara. Si pasaste algunos días cuidando de él. Ha cambiado mucho, pero le delatarían sus ojos orientales, achinados. ¿Viste sus ojos, qué bonitos son? He leído que en su región abunda la mezcla étnica de rusos eslavos y tártaros o mongoles y que se reconoce a esas personas por los ojos asiáticos. El es rubio, pero su pelo se va oscureciendo con el tiempo, muy calvito por delante con grandes entradas que no se ven porque casi siempre lleva el pelo bastante largo, y con cuatro rizos sobre la nuca. Muy blanco de piel. Sus ojos de color gris, como el color de los tuyos, como los de su padre también. Eso pone en los documentos. Pero, ¿Quién de vosotros dos tiene los ojos orientales, como los hijos de las lejanas estepas? ¿Acaso mi niño es un remoto descendiente de la “estirpe dorada” de Gen Gis Khan? He visto, en los informes que me entregaron después, que el apellido de su padre tiene cierto aire oriental: Ya

veo más claro lo de sus ojos asiáticos. ¿Es quizás descendiente de un sultán turco, o de un tártaro de Crimea? Mis fantasías recorren antiguos califatos florecientes, se pasean por Asia, bajan hasta la divina Samarcanda, recorren a caballo, inmensas tierras llanas, libres, vacías y se ahogan luego en la inmensa Unión Soviética que todo lo quiso uniformar... Todo menos sus ojos...

El apellido que por naturaleza le hubiera correspondido empieza con aire asiático y termina completamente ruso, acabado en -ov, u -ova según lo lleve un hombre o una mujer. ¿Le importará a mi hijo saber que ese anónimo conductor de 31 años, ciudadano ahora de la nueva Federación Rusa, crecido en el adoctrinamiento rojo, y hoy rico o pobre según su suerte en la transición capitalista, con probable pasado oriental, no le diera su apellido? ¿Le importará? Claro que es posible que no tuviera ni oportunidad. Quizás no sabe que es padre. O tal vez sí.

Tú, Natalia, le pusiste un nombre a ese niño: Vadim. Naturalmente ignoro cuál fue el motivo de tu elección. Sólo sé que es un nombre ruso del siglo XIII. Luego, le impusieron el patronímico, Nikolaievich (“hijo de Nikolai”) que es en masculino tu propio patronímico (Nikolaevna) y que coincide por azar con el que realmente le correspondería al niño por el nombre de su padre, también Nikolai. Como él no lo reconoció como hijo, es pura coincidencia. Lleva el patronímico de su madre.

Deduzco entonces por los patronímicos, que su abuelo materno, tu padre, Natalia, se llama o se llamó

Nikolai. Y que el abuelo paterno del niño debe o debió llamarse Valdimir, ya que su padre es Nikolai Vladimirovich.

Por último, le pusiste o le pusieron tu propio apellido, (que silencio) que será el del niño durante nueve meses. Así fue registrado, y así se convirtió en un ciudadano más de la Federación Rusa. Vadim Nicolaievich S.....v. Él siempre conocerá su apellido. Es el de la persona que le ha dado la vida y le pertenece, es suyo también. Te lo prometo.

Operan a Vadim el mismo día de su nacimiento. Ese día, a muchísimos kilómetros, Alfonso, las niñas y yo pasamos las horas reunidos con toda la familia de Alfonso en Valencia. Es el bautizo de la pequeña Rocío. Es un día de fiesta. Ahora me parece increíble esa cruel ironía: Mi hijo, bueno, el que será mi hijo, acaba de nacer y está gravísimo, anestesiado, sus pulmones ventilados artificialmente, su pequeño cuerpo abierto de arriba a abajo como un conejo de Indias en un laboratorio. Ese pequeño cuerpo sobre la mesa del quirófano es mi hijo. Esta a punto de morir. Recibe varias transfusiones.

Las sillas están vacías en la sala de espera del hospital de Nizhni Novgorod.

Yo me divierto en Valencia en el bautizo de la pequeña Rocío.

Todos nos preguntan sobre el proceso de adopción que iniciamos precisamente cuando nació la

pequeña protagonista de la fiesta, en abril pasado. Este día de celebración en que nadie de nosotros sabemos que está naciendo en Rusia el “sujeto” de la adopción, y que está sufriendo muchísimo, luchando por vivir.

Cuento a todos los presentes la auténtica odisea de papeles que hemos tenido que reunir para enviar a Rusia, lo difícilísimo y pesadísimo que ha sido ir logrando uno por uno, sello por sello cada documento; que cuando tienes el último, ha caducado el primero y vuelves a empezar; que el certificado de nacimiento de Alfonso hay que llevarlo a apostillar al Tribunal Superior de Justicia de Navarra; los penales, a legalizar a Madrid, y sólo duran tres meses; que ya los hemos renovado; los certificados médicos de cada uno, firmados por tres médicos en doce especialidades. Muy importante el número de colegiado y el sello del médico, más que la coincidencia de su especialidad con la casilla en la que firma. Los rusos quieren sobre todo muchos sellos. Así, la casilla donde pone “narcólogo” la firmó un dentista; la dermatóloga firmó la propia casilla y la del oculista; el psiquiatra, además de rellenar su casilla, no recuerdo si certificó el óptimo estado de nuestros huesos o que no teníamos cáncer; el buen amigo y vecino Dr. Palou, que nos conoce bien, firmó el resumen general de salud y tuvo que legalizar su firma ante Notario. Suerte que estamos sanísimos... Ese día no sabíamos que los certificados médicos también caducan como los penales y los tendríamos que renovar: Vuelve al internado psiquiátrico donde trabaja el médico, hermano de una amiga, y vuelve a pedirle el favor de que te mire y te estampe el sello de que estás bien de la cabeza... Me pierdo en el centro de salud

mental, doy vueltas por los jardines con el coche siguiendo las instrucciones de mi papelito, paso el pabellón A, ya no encuentro el B, aparezco nuevamente en el A y después frente al E, aparco, doy vueltas entre paseantes de ojos extraviados, cuerpos que soportan tics en movimientos poco ortodoxos, sonrisas cómplices. Un “paciente” o “interno” o no sé cómo les llaman, sí un loco, uno simpático y muy convincente me vio perdida, leyó mi nota. Él conocía perfectamente todos los pabellones, vaya que sí. Es más, no sólo me acompañó a la puerta del pabellón que yo buscaba, sino que entró conmigo, subió a la planta, habló con varios “batas blancas” explicando la urgencia -que yo nunca alegué- que yo tenía de ser atendida por el Dr. Tal. Se sentó conmigo en la sala de espera, más de media hora de conversación, él razonaba y yo asentía. Con su mirada me hacía entender que se congratulaba que al fin me hubiera decidido a visitar al especialista. Obtuve las ansiadas firmas, los sellos. Me despedí del loco y le agradecí la eficaz gestión. Me abrazó con ternura. Era ya mi amigo.

El “agotamiento burocrático” atenaza a todas las parejas adoptantes. A nosotros también. Especialmente a mí, que llevaba la gestión de muchos más papeles que Alfonso, porque desde Tarragona le era más complicado y porque yo prefería en el fondo no delegar nada en él, un poquito culpable de meterle en este embrollo que va tomando poco a poco dimensiones descomunales. Si sí, descomunales. La burocracia, los trámites para adoptar son a mi juicio descomunales. Cada papel cuesta mucho esfuerzo, en tiempo, en

información de cómo debe ser, de dónde se obtiene, de qué papeles previos necesitas para que te den ese en concreto, tiempo en colas, dinero de Notarios, de Colegio de Notarios, de tasas, legalizaciones, legitimaciones, , apostillas. Buses, taxis y parkings al margen. Saber qué es cada cosa lleva ya su tiempo. Saber dónde se consigue lleva aún más tiempo.

La Generalitat, pensaba yo, que al ser el organismo oficial competente y exclusivo en materia de adopción, nos ayudaría, o al menos, nos explicaría cada cosa. Craso error, vituperable ignorancia, dijo el sabio. Y cuánta razón tenía. Mentiría si digo que nos ayudó. Mejor me callo. A toro pasado, ahora ya sé que el ejercicio de esa competencia exclusiva que tiene la Generalitat en materia de adopción, se materializa en sellar la solicitud de adopción internacional (un folio) y enviarnos una carta tres semanas después por la que nos comunican que nos han asignado una empresa particular de psicólogos concertada, para que nos haga el preceptivo informe psico-social, y que debemos ingresar ipso-facto 150.000 pesetas (900 €) en la cuenta corriente de esta empresa privada. Hicimos el ingreso sin rechistar y la empresa nos citó a un “cursillo” de sábado y domingo.

“Colocamos” a nuestras niñas con mi cuñada Cristina, siempre dispuesta, y pasamos dos días con nueve parejas más de “aspirantes” encerrados en un edificio modernista del ensanche barcelonés. Casi todos temerosos y mansos. Menos Ramón.

Cuando la que parecía jefa, Ana V. nos saludó y preguntó a todos en general

- ¿A qué habéis venido; para qué estáis aquí?

Se hizo el silencio.

Ella insistió y empezaron a contestar algunas voces, lo políticamente correcto:

- A recibir información.
- A aprender lo que necesitamos para adoptar.
- A que nos ayudéis.
- A ver si podemos adoptar.

Hasta que llegó el turno de Ramón.

Él seguro no tuvo el consejo que tuve yo de mi primo Jorge, que ya pasó por ahí y su segunda hija es de Siberia:

- Calladita, estate callada, prima. Habla lo justo, díles lo que quieren oír y acabarás antes.

No sabes Jorge, qué razón tenías.

Ramón, un ingeniero casado con Berta, pedagoga, cansados de años de esterilidad, soltó lo que la mayoría, por no decir todos, estábamos pensando:

- Venimos aquí, seamos sinceros, porque es obligatorio. Necesitamos el certificado de idoneidad para poder adoptar. Y para tener ese certificado, primero nos mandan aquí a hacer este cursillo o como se llame. En realidad venimos a por el papelito, para conseguir el certificado.

¿A que no parece tan grave lo que dijo? Pues, vive Dios que sí lo fue. Lo que le replicó la psicóloga no fue precisamente bonito. Ramón decía lo que pensaba y eso le granjeó la enemistad manifiesta de la psicóloga y problemas innumerables después en las entrevistas personales que ella misma hacía a cada pareja en tres o cuatro citas posteriores. Tuvo que

pelearse con esa empresa, con el Organismo, con la Institución y con María Santísima. No los llevaron a la Inquisición porque ya no existe, pero la psicóloga les trató francamente mal, los trató de inmaduros, de falta de recursos psicológicos para afrontar situaciones, les hizo llevar ese tiempo de espera del hijo deseadísimos con mucha más angustia de la que ya llevamos todos. De milagro obtuvieron el certificado. Miento, no fue de milagro, sino bajándose los pantalones hasta el suelo. Por un hijo uno se puede bajar los pantalones hasta el suelo. Y lo hicieron. Viajaron con nosotros a Rusia en nuestro primer viaje. Fuimos amigos y compañeros de sufrimiento. De sufrimiento intenso. Por un hijo también se acepta sufrir, y sufrir intensamente. Hoy la pequeña Valentina, una preciosidad de cinco años es la reina de la casa y es muy probable que pronto tenga un hermano venido también del frío como ella. Valió la pena bajarse los pantalones, Ramón. Vuestra inquisidora no sufrió como vosotros pero tampoco conoce la felicidad de Valentina. ¿Quién ganó?

Acaba el incidente con Ramón. Hay silencio. Los corderos callamos como muertos. Hemos entendido la lección: No venimos a por el papelito porque sea obligatorio, sino a algo muy interesante, y estamos locos de contentos de pasar dos calurosos días de julio juntos en esa bonita casa modernista aprendiendo una enormidad de cosas imprescindibles... Estamos gratamente agradecidos a que por un módico precio nos examinen y nos observen, y que decidan si les parece bien que seamos padres o no...

Pizarra blanca de plástico al fondo, una señorita “progre” de pelo rojo con sandalias menorquinas de suela de rueda de camión, vestido de “picasín” lila, amable tipo parvulario, se dirige, rotulador en mano a los párvulos-matrimonios:

- Decidme, ¿Qué es ser padres?

Va anotando:

- Responsabilidad -dice un intrépido profesor de escolapios con dos hijos biológicos. (Le vi por la tele, dos años después, con su chinita en brazos en un programa de debate sobre adopciones).

- Amor -dice un argentino casado con una española, aspirantes ambos a ser adoptantes en China.

- Amor, pero desinteresado -añade el astuto madurito de Sabadell ante el asombro de su segunda esposa y de la concurrencia. Tiene ya cuatro hijos de su primera mujer. Quiere dos niños algo mayores, porque a los cincuenta es consciente de las dificultades y también de lo que recompensan los hijos de cualquier edad.

- Paciencia -dice el empleado casado con una mujer que ya aportaba una hija al matrimonio. Viven con la niña. Sabe que la paciencia es básica para educar a los hijos. Mucha más si son sólo hijos de tu cónyuge.

Los “estériles”, la mayoría, poco a poco van soltando palabritas ante el entusiasmo de la mano que mueve el rotulador en la pizarra blanca. La pizarra se va llenando de bonitas palabras, obvias todas.

El marmolista finalmente se lanza y aporta las palabras “cambiar pañales”, mientras se pone rojo. Junto a la entusiasta señorita de las albarcas menorquinas y el rotulador, que le sonrío benévola,

permanece sentada la señora de traje chaqueta, morena de pelo corto. Es la que se ha peleado con Ramón. Es la jefa. Se nota. Lanza una mirada al marmolista de una forma que no me gusta. Creo ver en su gesto que no le ha parecido suficientemente aguda la expresión de ese hombre.

Llena la pizarrita, nos reparten un test ciclostilado a maridos y mujeres. ¿Tu pareja es: simpática, aburrida, seria, trabajadora? ¿Tú mismo, eres, amable, serio, trabajador, te gusta esto o lo otro o lo de más allá, viajar, cine, teatro? Y muchas casillas para llenar de x. Es fácil, si recuerdas cuando copiabas en el cole, miras a tu marido e intentas más o menos que las respuestas de uno y otro sean coincidentes. Sólo una pregunta me pareció estupenda: ¿Cómo te imaginas a tu hijo y que quieres para él? No puse que me lo imaginaba precioso, como todos los padres del mundo, porque eso supuse que me podría perjudicar, pero sí puse que deseaba que fuese feliz. Eso es exactamente lo mismo que deseo para mis dos niñas biológicas. Había también otras preguntas adecuadas, pero esa era la que más me gustó.

Todas las fotocopias de los test están en Catalán y el marmolista no lo entiende del todo bien y se lía un poco con las x. Le contestan con algo de menosprecio, y con un mucho de descortesía. Algo así como que si ya no sabe contestar a eso, no podrá sobrellevar la insoportable carga de la burocracia que nos espera después. Tenía razón la señora o señorita Ana, psicóloga, socióloga o lo que fuere, en que la burocracia que nos esperaba era terrorífica, pero no es menos cierto que era más fácil explicarle cómo se

rellenan los test para que ya lo supiera para el resto de su vida, que recriminarle su ignorancia. El marmolista aguantó el tirón porque era ignorante de test, pero muy bien educado. Me mordí la lengua y no le dije que el marmolista tenía una casa propia en una localidad cercana a Barcelona, con su jardincito, una mujer buena y ama de casa con el corazón destrozado por años de frustrantes intentos de ser madre por vía natural. Él ganaba un buen sueldo fijo. Me imaginé enseguida al futuro niño suyo, que espero que ya lo tengan, que no hayan tirado la toalla y sí lo hayan conseguido, corriendo alegremente en bicicleta por las calles de su pueblo, mientras su madre le espera en casa y le hace una buena sopa, de esas de las abuelas. Me imaginé a esa ama de casa realizada completamente siendo madre. Y me imaginé a ese niño feliz. ¿De eso se trata no? ¿Por qué eran reticentes a que adoptara el marmolista y su señora?

Encontré el proceso de obtención del certificado de idoneidad muy elitista, no tanto por el dinero, sino más por el trato. Esa es, al menos, mi impresión por lo que viví.

Pausa, y a comer por los alrededores con algunas de esas parejas.

Trampeamos la hora de la siesta con videostimonios de niños adoptados que asimilamos entre bostezos. Cada dos por tres el video se estropea. Al final, la chica de las albarcas nos lee el texto de lo que se supone decían los jóvenes de las imágenes ya mudas. El hecho de que tuvieran el papel con el texto íntegro de los diálogos del video por escrito, tan a mano, tan a

punto, me dio a pensar que esos videos se estropean muy frecuentemente...

En los ratos de aburrimiento me entretengo calculando lo que gana esta empresa por los “cursos”, agrupando parejas de diez en diez, y por los informes.

El curso acabó con un “show” en directo, algo así como una terapia de grupo con dramatización teatral: A uno le tocó ser padre, a mí me tocó ser madre y al empleado casado con mujer que ya tenía una hija, le tocó ser nuestro hijo adoptivo y fingir sentirse mal tratado por los compañeros en el colegio por ser de origen sudamericano. Me salió bien haciendo simplemente de mamá normal, un papel que me encanta, y que cualquier madre tan normal y corriente como yo, hubiera realizado sin problemas. Fingíamos, los supuestos padres, consolar al supuesto niño explicándole que cada uno es diferente, como su amigo africano, como el gordito de gafas, y que cada uno tiene sus virtudes, y que no le tiene que molestar que lo miren, porque efectivamente es diferente y todos miramos las cosas que son distintas de las habituales que vemos siempre. Le propusimos invitar a varios de esos ficticios niños “malos” a casa a merendar y jugar para que le conocieran mejor, y además verían lo bien que juega al fútbol el nuestro. Creo que a la inquisidora le gustó.

No me pareció bien tener que obligatoriamente airear nuestra intimidad en un grupo; ni tener que hacer teatro por fuerza; esas “terapias” conjuntas debieran ser voluntarias. Pero en fin, se hizo y ya está. Tampoco pasa nada.

La empresa privada contaba con varios profesionales. Esa psicóloga del traje de chaqueta, Ana V. fue la que nos “tocó” en suerte para las entrevistas personales. Si, precisamente ella. Y la de las albarcas fue la que vino a casa a ver si reunía las condiciones idóneas.

Mentimos. Mentimos como bellacos en las entrevistas personales y en la visita a casa. En cosas, por otra parte, que consideramos sin importancia, claro. Ya en la primera entrevista personal, metimos la pata hasta el fondo diciendo que nuestro futuro hijo compartiría habitación de momento con sus hermanas; compraríamos unas literas así, la habitación asá... Fatal. El niño, según la psicóloga, necesita un espacio propio para su identidad, para su desarrollo emocional y para no sé cuántas cosas más... un espacio privativo, exclusivo. En definitiva: No literas, no compartir habitación. Habitación individual. Alfonso y yo reaccionamos a tiempo, discutimos muy poco con nuestra entrevistadora y, recordando a Ramón, le dimos inmediatamente la razón. Pondremos, le dijimos, al niño que venga, en una habitación para él solito. OK.

Sólo teníamos un pequeño problemilla que silenciábamos entonces. Que esa habitación no existía en nuestra casa: Una es nuestro dormitorio, otra mi despacho, del que salen mis ingresos y por tanto irrenunciable, y la tercera, amplia pero única, la de los niños.

Casi todo en esta vida tiene solución: Mi amiga Lourdes, arquitecta, viene a comer a casa, me ayuda con un dibujo y ya tenemos la solución: Nos

comeremos un trozo de terraza y así inventaremos la habitación que falta, y de paso ampliaremos el comedor-salón, no vaya a ser que luego digan que el niño no cabe bien ancho en el sofá por las tardes...

Como en todo, también surgen problemas para ampliar la casa (a parte de conseguir más dinero) y ello lleva su burocracia propia: se necesita el consentimiento de absolutamente todos los copropietarios del edificio, así que primero y muy urgente convoque una reunión extraordinaria, cuya acta redacto yo misma al administrador, la reparto yo misma para que llegue a tiempo, explico a todos mis vecinos mi sueño de adoptar un niño, y que no tengo habitación para él, intento darles toda la pena que puedo. Mi vecina de abajo, con una hija adoptiva, me entiende enseguida y me echa una mano: insiste en la conveniencia de dejarme tapar parte de la terraza con un mamotreto enorme de hierro y aluminio, que todos los vecinos verán desde su balcón siempre que se asomen, porque así ella no sufrirá parte de las humedades en su escuela de baile, al tapar yo con el mamotreto, parte de la terraza que le hace de techo, y así con mi actuación les evito a los vecinos pagar la reparación de esas posibles humedades futuras. Fenómeno. Ya tengo la unanimidad. Falta encontrar alguien que haga la obra inmediatamente, antes de que acaben las entrevistas personales y vengan a ver la casa. Encuentro una empresa que se compromete a hacerlo en quince días. Y, milagro tal como están los industriales aquí, vienen el día concertado y empiezan. Acabaron las obras la víspera de la visita domiciliaria. Mientras Marina dormía en su cuna, y Alfonso estaba

de guardia en Tarragona, Carlota y yo limpiamos todo el polvo de la obra y pintamos durante toda la noche la habitación nueva. Esa habitación no sería para el niño nuevo, aunque dijimos que sí, y que estaba sin amueblar para esperar a ver si era niño o niña y si necesitaba cuna o cama. Sería para Carlota, pero la chica de las albarcas nunca lo sabría, je, je. (Ahora, los pequeños, Vadim Nicolai, -“Niki”- y Marina duermen juntos en la antigua habitación, y Carlota, mucho más mayor, tiene un poquito de independencia en la nueva habitación ganada a la terraza. Ahora son los tres niños mis hijos, y nosotros somos los que decidimos). Pero hasta entonces, había que pasar por el aro. Decidía nuestra paternidad la chica de las albarcas. Y la inquisidora.

Un fuerte olor a pintura recibió a la trabajadora social; todos limpios, educados y sonrientes, mentirosos con ella pero honestos con nosotros mismos, esperando un punto más, conseguido en la escalera hacia el ansiado “papelito”; el mismo que buscaba Ramón cuando fue sincero. Les pareció una idea buenísima tener la habitación recién pintada pero vacía en espera del “tipo” de niño. Marina casi mete la pata, aún no tenía tres años pero hablaba demasiado... se negó a hacerle un dibujo a la visitante... No se lo tuvo en cuenta. Se marchó contenta la “inspectora”, el calor de julio disimulaba nuestro sudor...

Ella misma nos dijo que ya se habían acabado las entrevistas personales con Ana V. Habían sido varias con la pareja, y una con las niñas en la oficina de los psicólogos, siempre en los horarios más “perrunos”

para nuestros trabajos, pese a nuestras súplicas de adecuar los horarios. Ella, Ana, decía:

- Si queréis tener hijos, tendréis muchas veces que adaptar vuestros horarios.

Y ahí ya salté una vez sin poder callarme. Alfonso también saltó:

- Tenemos ya dos hijas, y cuando tienen cuarenta de fiebre, lo dejamos todo para llevarlas a urgencias; cuando representan la función del teatro del colegio, dejamos de trabajar. Pero si, por ejemplo, han de ir al pediatra para una visita normal, intentamos hacerlo en miércoles que es nuestro día libre, y también si es posible, por la tarde, para que no pierdan el colegio. Pedimos, si es posible, y ya que nosotros dos tenemos algunas tardes y algunas mañanas libres, hacer las visitas perjudicando lo menos posible nuestros trabajos. Mi marido es funcionario y gasta días libres para venir a las entrevistas, necesita que otro funcionario le sustituya y cambiarle el turno, esos días luego los necesitará para viajar al país del niño. Y necesitará luego muchos días libres porque a Rusia hay que ir dos veces”.

Petición denegada.

Todas las entrevistas fueron en los peores horarios posibles para nosotros. La entrevista con las niñas, en horario de colegio, por supuesto. (Ahora, con nuestro hijo ya en España, las entrevistas para los informes de seguimiento post adoptivo han sido en horario de la siesta del bebé y perdiendo colegio las niñas) Todo superideal...

Marina entró la primera vez en las oficinas de la empresa que nos hacía el informe, al grito de:

- ¿Me das el Ruso ya?

Se lo perdonaron porque era muy pequeñita.

A Carlota le mandaron dibujar a su familia y, muy madura ella, muy perspicaz a sus nueve años, lo hizo y luego nos explicó que se había dibujado a ella misma y a todos nosotros muy sonrientes, con una cuna en una esquina al fondo, para que vieran que estábamos muy contentos esperando al niño. Los niños saben Latín y hasta Arameo cuando conviene...

Después de las entrevistas solos, de las entrevistas con las niñas y de la visita a casa, se suponía ya, que en pocos días nos iríamos de vacaciones de verano con el informe de idoneidad en la mano, o todo listo para recogerlo al volver. Es lo que nos dijo la de las sandalias de rueda de camión. Pero no fue así. La inquisidora, Ana V., nos citó a los dos a una nueva entrevista suplementaria después de aquella visita de la trabajadora social a casa.

Salimos llorando. Me dijo especialmente a mí, que es cierto que yo tenía un sueño desde siempre, que quería adoptar un niño como sueño “solidario” desde jovencita, pero que debíamos aprovechar las vacaciones de agosto para replantearnos si no habría que renunciar a ese sueño, que no es que no fuésemos idóneos, bueno, que se lo estaba replanteando, porque además, teníamos la posibilidad de tener más hijos biológicos. No valía el argumento de querer hacer algo bueno por los demás en la vida, de ayudar a alguien, a un niño de cualquier orfanato, querían que reconociésemos que la adopción es un acto egoísta. “Queremos adoptar por nosotros, no

por el bien del niño”. Eso es lo que quieren que las parejas reconozcan. Eso es lo fundamental. Lo más fundamental. Si a alguien se le ocurre adoptar, no debe olvidar nunca hacer ese reconocimiento, como un “mea culpa”. Y una vez advertimos que eso nos podía facilitar el camino, pues ale, lo reconocimos. El argumento solidario no les gustaba; pues fuera. Y hubiera dicho lo que hubiera querido oír esa mujer. No pudimos dormir. Después de tantos años, después de tanto camino, “Ella” me iba a cerrar la puerta del sueño. ¿Es malo que mi sueño fuera ayudar a alguien de esta forma algo peculiar? ¿Es malo querer demostrar a nuestras hijas que el amor es el mejor motor de la vida y que es muy fácil querer a un “extraño”, que no le quieres a él porque perpetúe tu especie, porque lleve tu sangre, sino por sí mismo? A Carlota y a Marina no las quiero por que hayan salido de mi vientre, sino por ellas mismas, por cómo son, por el cariño que nos damos cada día, por las risas, por los enfados, por pasar la vida juntas... Ese era mi sueño y mi argumento de toda la vida. Contra el racismo, contra la intolerancia, conocerse, convivir, compartir. Pero no servía. Alfonso ya había llorado en las otras entrevistas, las que iban bien, se suponía. Lloraba al recordar la infancia junto a su padre, lo que le enseñaba, la bici del cuartel que le prestaba, lloraba al hablar de su madre y de lo que se dedicó a ellos, al hablar de las preocupaciones que le dio en su juventud. Teníamos los nervios y los sentimientos tan a flor de piel que la lágrima venía incluso al evocar cómo nos conocimos e incluso al hablar del internado de Ronda donde fue feliz y de los melocotones que comía de niño cuando vivía en

Murcia. Por lo menos vieron que aquél Inspector-Jefe de policía, hijo de militar, al que parecían mirar con algo de recelo al principio, tenía sentimientos, me quería, quería a todos los suyos, a mi hija, y quería también a ese futuro hijo. Yo me había reprimido hasta entonces. No muestro fácilmente mis sentimientos. Pero ese día me hizo llorar muy amargamente esa psicóloga. Aguanté las lágrimas hasta que desapareció de mi vista, y luego lloré. Lloré y lloré. No sabe ella cuánto se sufre. No sabe cuánto más padecen los matrimonios que no tienen hijos y cuya última oportunidad es la adopción. Ellos sufren muchísimo más que nosotros. Nadie desde fuera puede entenderlo. Ella no lo entendía aunque dijera lo contrario. Seguro que no. Quizás ese sufrimiento, el de los adoptantes “estériles”, es comparable sólo al tuyo, Natalia. Porque yo no podría imaginarme la vida sin mis hijos, y pienso que tú, que has engendrado y parido, y que no lo tienes contigo, tienes ya una dosis de frustración e infelicidad en tu vida, una herida más o menos grande y más o menos cerrada, pero una herida al fin, al margen de cómo te vaya en tu camino.

A veces pienso que sufres mucho, y que un día u otro debes recordar aquél brusco giro que distes al curso normal de la naturaleza. Ella te dio un hijo, y por tu decisión, hoy no sabes si sigue vivo o murió, si vive en algún lugar muy cerca de ti sin que ni siquiera alcances a reconocerle, o si cruzó mares o tierras en busca de un paisaje extraño, de una lengua ajena, de un mundo distinto, en busca de una opción que nunca sabremos ni tu ni yo si es mejor que aquella que la

naturaleza le tenía preparada... No puedo creer que nunca pienses en él... Y yo imagino que vives trampeando a saltos ese triste recuerdo....

Ahora pienso eso, pero entonces, durante la aventura de la adopción yo sólo me preocupaba de mis propias angustias; no pienso aún, en esos momentos, en la madre de ese futuro niño, ni si sufrirá o no por dejarlo; eso lo pienso ahora que ya lo tengo, ahora que recibo de él cada día un presente de sonrisas que no me tocaba. Pienso que eran para su madre esas sonrisas y esos besos... y que yo tengo mucha suerte en recibirlos... Mucha más suerte de la que merezco. Pero hasta llegar a él, sólo pensé en este lado, en la adopción, y me angustiaba de una forma descomunal la posibilidad del fracaso.

Tras la conversación con la psicóloga, viene la noche en blanco y las vacaciones por delante. Parece claro que no nos quiere dar el certificado. No puedo irme de vacaciones, un mes llorando y sin dormir, acongojados y dependiendo de si al volver, esa persona decide que podemos adoptar o bien decide que no podemos adoptar y nos deniega el certificado de idoneidad. De ella dependía, Natalia, que tu hijo fuese también mi hijo un día. ¿Por qué tenía ella que decidirlo?

No podía dejar pasar las vacaciones así.

Volví sola a la mañana siguiente a la empresa del informe. Ana V. no estaba. Por capricho bondadoso de la fortuna, por un delicioso azar celestial, no estaba esa mañana y, como me eché a llorar al no encontrarla,

me pasaron a una salita con una persona encantadora, otra psicóloga o trabajadora social de allí, que me salvó. Nos salvó. Hablando con ella descubrí que Ana V. decididamente no quería darnos el “placet”, el sí a la adopción, porque podíamos tener hijos biológicos y que si no los pudiéramos tener, la cosa cambiaba. Gracias por la idea. Nos fuimos de vacaciones con una bombilla de esperanza.

Al volver, en septiembre, otra vez limpios y pulidos a la enésima entrevista con Ana V.

Y la cosa cambió. Explicamos mi aborto, el parto peligroso de Marina a punto de infectarse, lo mal que había quedado mi matriz, tan envejecida. Aunque lo cierto es que ya estoy y estaba perfectamente curada al año de nacer Marina. Inventamos que siempre habíamos querido tener una familia numerosa y que era casi imposible tenerla por nuestros medios por el peligro de que yo muriese. Y entonces, tan egoístas, recurrimos a la adopción. El terreno se iba abonando. Completamos la función elogiando lo mucho que nos había servido el mes “extra” de agosto para pensar, y lo importante de la función que desempeñan “Ella” y los demás de instituciones y organismos, desde el cursillo de dos días en la casa modernista hasta la última entrevista. Los sapos que me tragué casi se me atragantan. Y por supuesto, pusimos la guinda reconociendo muchas veces lo egoístas que somos, para que no quedase duda.

Visto desde esta nueva perspectiva, le resultó este matrimonio mucho más idóneo, le gustó mucho más ese argumento que mi sueño solidario. Siendo “quasi-estériles” éramos vistos mucho más listos, más capaces como padres, con más recursos para superar las dificultades del proceso adoptivo, las dificultades que según ella traería el nuevo miembro a la familia y a las niñas especialmente. Siendo “quasi-estériles” la cosa cambiaba mucho. Nos despidió Ana V. dándonos esperanzas de emitir un informe favorable.

Y nuestro hijo quedó en sus manos...

Seguíamos en Valencia el 13 de octubre de 2001 en el bautizo de Rocío comentando esas y otras batallitas que nos habían pasado en los últimos meses. Los meses de tu embarazo, Natalia. Esas y otras angustias. Todos en la fiesta soportan nuestras soporíferas historias. Esperamos el informe favorable y ya vamos preparando paralelamente, en un alarde de confianza ciega, toda la retahíla de papeles y certificados que nos pide el país de origen. Si no nos dan el informe favorable, esos documentos no servirán para nada. En nuestra ilusión, todos nos acompañan, toda la familia, toda la fiesta.

En Rusia, en el quirófano, el conejillo de Indias que acaba de nacer está sólo. Tu niño está entre la vida y la muerte. Si muere, morirá solo. Si vive mañana, ninguna mamá le besará la frente. Está solo.

VI. Más cerca. Más lejos.

Días después de esa fiesta, obtuvimos al fin el ansiado informe favorable de la empresa privada que cobró los 900 euros.

Faltaba llevar ese informe a la Generalitat, volverlo a llevar a la empresa para corregir muchos datos erróneos del informe, volverlo a llevar a la Generalitat, aburrir a la telefonista llamando para ver si lo habían pasado ya al “comité”, máxima autoridad en el asunto, seguir insistiendo...

Pasó el comité y consistió ese paso decisivo en un folio más (un breve texto igual al de las otras parejas que dice que somos idóneos) con un sello más y el informe de la empresa privada grapado detrás. Es la segunda parte del ejercicio de la exclusiva competencia de la Generalitat en materia de adopción. Ocho meses antes, con magna eficacia, tras la conversación con la obstinada funcionaria destinada a hacer desistir de la adopción a todos los que pueda, la Generalitat nos dio un dossier con las normas (quizás caducadas, advertían) de cada país, y puso un sello al folio de solicitud internacional días después. A las tres semanas, nos mandó a una empresa privada de psicólogos y expertos de diverso orden (alguien del cursillo inicial, tiempo después me dijo que vió a la chica de las albarcas conduciendo un tranvía, pero no sé si es cierto...). Después, el “comité” de la Generalitat recibió el informe redactado por esa empresa, suponemos que se lo leyó, y le añadió un folio más, que certificaba nuestra idoneidad de forma escueta, con un sello más. Ah!, y

una firma! Impresionante. Esa es toda la ayuda que nos prestaron en el largo camino. Un folio por delante (asignándote una empresa privada) y otro por detrás (diciendo que eres idóneo para adoptar). Y no les pidas más ayuda. En fin, una pena.

Días después del nacimiento de Vadim y de su operación, tú Natalia, renunciaste a tu hijo. Era el 18 de octubre de 2001. El tenía solo cinco días.

Y justo un mes después de tu renuncia, el 18 de noviembre de 2001, nosotros obtuvimos ese ansiado certificado de idoneidad. Yo tenía el “salvoconducto” en mis manos. Me estaba acercando a Él. Tú firmabas el alto precio a pagar por tu libertad, o por tus miserias, qué sé yo...

Tú te alejaste, de golpe, sin posibilidad de rectificar. En Rusia la Ley es estricta.

Yo aún podría echarme atrás en los días y meses siguientes, podría si quería no llegar a conocer a ese niño, ni a ningún otro incluso; tú, ya cerrabas la puerta para siempre. Sabías que ante la Ley no la podrías volver a abrir.

Una firma en un papel cerró legalmente tu maternidad, pero ¿la cerró en tu corazón?

Fue una decisión escrita, firmada, definitiva e irrevocable. Adiós Vadim. ¿Por qué?

¿POR QUÉ?

Esa es la pregunta cuya respuesta no podré ni querré inventar, y que él seguro querrá saber. ¿POR

QUÉ le dijiste adiós para siempre? ¿No le querías? ¿O le quisiste tanto que no fuiste capaz de exigirle que compartiera contigo tu vida demasiado dura, demasiado desgraciada? ¿Le abandonaste porque creíste que no podrías cuidar de él? ¿Te faltaron las fuerzas para enfrentarte a todo? ¿Qué era ese todo tan poderoso?

En cualquier caso, pienso que sí le quisiste, al menos lo suficiente para darle la oportunidad de vivir, aunque fuese lejos de ti. Lejos del mundo del que procede. El hijo de tu vientre, no podía ser para tí, pero sí para otros. Esa generosidad, que yo no sé si tendría, es especie en extinción en mi país. Aquí, simplemente abortan. Ya no soportan a un inquilino en su cuerpo, si ese inquilino no va a ser su hijo, sino un hijo de otro. Al inquilino se le liquida, y al que quiere hijos, que se busque la vida por el mundo. Que nadie cuente con ese vientre para que pueda vivir un intruso. El intruso no importa, no tiene derecho -piensan- a estar allí y, fuera. Yo, sin embargo, conté contigo, Natalia, sin saber quién eras. Yo sí pude contar contigo.

Gracias a gente como tú, que supieron abrir una rendija de esperanza en medio de su infortunio, hay hoy en el mundo muchos niños felices, muchos padres felices.

Vadim es un niño feliz, y a mí, tú me has hecho la persona más feliz de la tierra. A ti te debo la pieza que me faltaba... No sé por qué, pero me faltaba Él.

El pequeño intruso en tu vientre sí te importó y tuvo la suerte de que no le echases fuera. Quien sabe si tú pensaste también en mí, que habría alguien recibiendo la bola de esa partida de billar mal jugada, si contaste también con alguien que desde alguna parte, un día vendría a buscarlo y cuidaría de tu niño.

Regalaste lo mejor de ti a un alguien desconocido y lejano, anónimo. Tu hijo es el mejor regalo que la vida me ha dado. Mis hijas sin duda me han hecho y me hacen muy, muy feliz, pero en el fondo, me “pertenecen” por derecho, por naturaleza; Él es un regalo más que no merezco, una dosis de felicidad extra, que me llega gracias a tu gran decisión.

18 de octubre de 2001: Un día en tu vida, sólo un momento, sólo una firma, ¿lágrimas? Ya está. Vadim está sobre el papel. Vadim se va en ese papel a jugar la ruleta de su nuevo rumbo. Cedes a tu hijo para que pueda ser adoptado, bien en tu país, bien en adopción internacional. Renuncias a él para que Él pueda seguir su camino sin ti.

Tus razones son espesas nubes negras que mojarán tu memoria, que inundan mis pensamientos tratando de hallarlas; que mojarán también los ojos de mi niño incluso cuando sea un hombre. Sus ojos grises llorarán un día tu ausencia; su mirada se perderá un día en la mía buscando en realidad tu cara; Yo sólo podré decirle que te llevo en mi corazón, y mi boca secará con besos sus lágrimas...

Muchas veces me atormenta la idea del ¿por qué? Busco justificaciones, razones que yo quiero entender. ¡Necesito entender! Pienso que yo nunca jamás he tenido que afrontar grandes retos, ni he vivido situaciones límite; ni siquiera he tenido un entorno excesivamente complicado y en consecuencia, no sé cómo respondería a un reto semejante. ¿Tendría yo a un nuevo hijo conmigo fuese cual fuese mi situación? Y lo único que alcanzo a responder es que sean cuales sean las razones de la renuncia a un hijo, hay algo en ella de acto generoso que me sobrecoge y me desborda. Podías haber evitado que el niño naciera y todo para ti hubiera sido más fácil, supongo. Seguir hasta el final ¿Qué beneficio tenía para ti? Ninguno. Sólo por eso, por darle la oportunidad de vivir, mereces todo mi respeto, y toda mi gratitud. Y sólo por eso, le enseñaré a quererte. Y porque yo también te quiero, Natalia, no me va a ser difícil.

A veces me acongoja pensar que consigo la máxima felicidad merced a alguna desgracia ajena. Más aún me angustia la impotencia de no alcanzar a saberla. No le olvides Natalia, porque él no te olvidará... Aquí no te olvidaremos, día a día estarás presente entre nosotros...

Nunca romperé el lazo que le une a ti. Tú lo dejaste atado en un punto, hacia el mañana, pusiste tu nombre en esa renuncia, tu apellido, tu dirección, tu pasaporte y no te ocultaste; por eso yo no te ocultaré. Por eso, conocerá siempre tu nombre, y él sabrá cuanto yo sé de ti. Por eso, yo tomaré ese lazo y lo mantendré limpio, firme, extendido hasta el corazón de mi hijo para que te quiera aún en la distancia y un día él

mismo pueda asirse con su mano, tirar de él y llegar a ti. Espero que un día no muy lejano él pueda encontrarse cara a cara, frente a la persona que le dio la vida y no sienta que no siente nada...

Me pregunto si te encuentras sola, si la vida te va algo mejor que entonces, si a veces querrías dar marcha atrás, y tener la oportunidad de verlo crecer contigo. Creo que tu corazón le añora alguna vez. Que tu mente vuele lejos, a un lugar que no conoces, y que miras niños que ahora tendrán la edad de nuestro pequeño; que te preguntas qué aspecto tendrá, dónde estará, cual habrá sido su destino. ¡Tienes un niño tan bonito! ¡Cuánto me gustaría que lo supieras! ¡Cuánto me gustaría que lo vieras!

Ha pasado un mes desde el parto. Tú, supongo, has vuelto a Pucezh; tu vida continúa ya sin él. ¿Has podido justificar tu ausencia? ¿Qué hay del conductor de apellido oriental?

Te imagino en ese camino de vuelta, de vuelta de todo, tan llena de nada, mirando sin mirar tras los cristales de un tren... ¿Hay tren desde Gorki hasta Pucezh?... El otoño es triste; fuera de ese vagón caen las primeras nieves. Frena. Fin de la pesadilla.

Vuelves a la plaza, al tranvía y a la calle de siempre. Maldices a la estatua que ensombrece tu calle, aunque ella, como es de hierro, no se inmuta por tus ofensas lanzadas al viento. Echas en falta la sonrisa de la vieja vendedora de buñuelos. No está bajo su pequeño tenderete de plásticos. Una joven rubia lleva ahora su mismo gorro de visón, y saluda a los

transeúntes con mucho menos entusiasmo. Tu pequeño polizón tampoco ocupa ya tu vientre. Ya no está contigo. En Puchezh, a nadie parece importarle. Él es nada. Y nada es una palabra que recuerda a mi nombre en ruso...

VII. El bebé de nadie.

Tras la renuncia...

Aquél pequeño conejillo de Indias de la Maternidad nº 1 de Gorki, está en tierra de nadie. No es tuyo ni mío. Es del Estado, que es como no ser de nadie. Sólo de la vida. Y la vida también se resiste a hacerse cargo de él. Está muy grave, sigue grave, ahora en otro hospital sin nombre, al que alguna autoridad ha decidido trasladarlo.

En el Hospital Infantil nº 7, las sillas de la sala de espera siguen tan vacías como las de la Maternidad nº 1 donde nació.

Nadie le visita. Es un bebé enfermo. No hay mimos de mamá; no hay besitos para mi chiquitín. Aún así, solo, él apuesta por vivir. O es la vida quien al fin decide darle una oportunidad.

Tiene un mes y diez días. Más documentos, alguna firma más, y alguien que formalmente tiene su tutela, ordena que el bebé sea llevado a un orfanato. Sí, ya sé, su nombre es “Casa de Niños”, pero es un orfanato en toda regla. Un viejo orfanato soviético a 25 kilómetros de Gorki, en Djerzhinsk, una ciudad creada de la nada para honrar el nombre del fundador de la “Cheka”. La ciudad es fea, “cementuna”, grisácea, e incluso hostil a los ojos, de modo que flaco honor hace esa urbe al hombre terrible que le dio su nombre.

Allí “encierran” al bebé de nadie. Anotan, rellenan, le hacen sus primeras fotos, pasa al archivo del ordenador del orfanato.

S-----v, Vadim Nicolaievich. Queda registrado, bien anotado, bien sellado y controlado. En las fotos, sale llorando, llorando mucho. Su pijama de flores abierto, su camisita abierta, su sexo al aire. Una horripilante cicatriz roja, morada y negra, malcosida, larga, supurante, recorre insolente de abajo arriba su vientre hinchado y torcido, en su tierno cuerpecito de conejillo de indias. Pero todo está controlado; el Estado, su padre en definitiva, no escatima en pruebas médicas, vacunas, controles y más controles... Si no se lo lleva ningún ruso, harto improbable, más le vale al niño salir adelante y estar sano, sino será niño de nadie, de Rusia, para siempre. Y Rusia se esfuerza en que salga adelante como niño más o menos sano. Quizá pueda ser colocado en la adopción internacional.

Desde hace tres o cuatro años, llegan españoles y ciudadanos de estados Unidos o Canadá a esta región solicitando adoptar niños, pero ninguno quiere niños enfermos, es así la vida. Entonces, más vale que el conejillo espabile, y que el Estado consiga más o menos sanarlo. Yo agradezco este esfuerzo a Rusia, a la Federación, a quien corresponda, a los médicos de exiguo sueldo, a las enfermeras que no cobran de la Administración hace meses, a las auxiliares que tienen que limpiar el culo de él y de tantos, con una profesionalidad no proporcional a los pocos rublos que reciben...

El bebé de nadie, por alguna razón inexplicable, sabe que debe sobrevivir, y pone lo que puede de su parte. Se come todo lo que le ofrecen, duerme mucho, sonrío a todos... Quizás ensaya la sonrisa que deberá sacar, como As de la manga, cuando sea “expuesto”, “ofertado” a las miradas de los angustiados aspirantes a padres.

Ya fue presentado a los candidatos rusos para la adopción, al mes de nacer, y no fue adoptado por ninguna familia. Hay que entender que entonces, con esos informes y ese terrible aspecto, sólo alguien como la madre Teresa de Calcuta se lo hubiera llevado gustosa. No es culpa de los aspirantes a padres rusos el que le rechazasen. Muy probablemente yo también le hubiera rechazado. Y me duele reconocerlo. No hacerlo sería mentir. Vuelve a ser expuesto a los dos meses y a los tres meses. Ninguna familia rusa quiere llevárselo tampoco en esas dos ocasiones posteriores. Pero todo está controlado. El trámite está cumplido, ya ha sido “ofertado tres veces” en su país y el bebé de nadie, tras las tres “ofertas nacionales” de rigor, pasa a engrosar ahora una nueva lista de un nuevo registro, con nuevos y abundantes sellos que adornan nuevos documentos, muchos aún con la hoz y el martillo, por la escasez de medios para sustituirlos por papel con el águila bicéfala imperial de la nueva Federación de Rusia.

S-----v, Vadim Nicolaievich, pasa a la adopción internacional.

Papá-Estado le hace pruebas más exhaustivas, encuentra una abertura en su pequeño corazón, que no saben si es un soplo o algo mucho más serio, el riñón derecho está desplazado, y sigue sin funcionar, tiene reflujo de orina, la vejiga tiene una forma anormal... y algunas cosillas más. El aspecto de su barriga es espantoso tras la cirugía que, junto con las varias transfusiones, le ha salvado la vida.

El tema se complica para buscarle acomodo incluso en el extranjero.

El que fue tu polizón, Natalia, cambia alternativamente las camillas de los hospitales pediátricos por las cunas de su orfanato, según toque hoy una cura o un ultrasonido, un análisis, o la prueba de la sífilis. Se ve que hay bastantes casos de sífilis y otras enfermedades venéreas en Rusia. Sólo le faltaría eso. Pero no. No tiene sida, ni sífilis, ni tuberculosis. Lo que pasa es que, buscando, buscando, encuentran en su cuerpecito un montón de anomalías, además de las ya sabidas de sus riñones y de su malformación congénita de abdomen. Sin embargo, él sonríe. Se porta bien y sonríe a todos. Padece otitis día si y día también, pero de su operación, de su barriga reinventada por los médicos, cada vez se encuentra mejor, a pesar de todo. Quizás solo él sabe que saldrá adelante sin grandes problemas. Es un superviviente. Nada será peor que aquellos primeros días de después de nacer. Tuvo que luchar mucho, y ahora sonríe a la vida con optimismo. Sin ti, su madre; sin mi, su madre. Él sólo ha podido con todo. Y sonríe.

VIII. La promesa.

Diciembre 2001.

(El bebé de nadie lleva más o menos dos meses en este mundo).

Ya tenemos el certificado de idoneidad, ya hemos dado todas las vueltas posibles a Barcelona (donde vivimos), Torredembarra (donde nos casamos), Tarragona (donde trabaja Alfonso), Navarra (donde nació Alfonso); hecho todas las colas pertinentes y abusado de la amabilidad de todas las personas conocidas con alguna mínima posibilidad de ayudarnos en la búsqueda de documentos, funcionarios, médicos, compañeros de profesión. No sería honrado olvidarme de Berta-madre, la suegra de Ramón, el del episodio con la psicóloga. Berta y Ramón prepararon a la vez que nosotros sus papeles; Berta y su moto me transportaron a muchas oficinas, notarías y organismos... Pero su madre, la abuela Berta, merece especial mención: No habrá en el mundo aspirante a abuela adoptiva más entusiasta, dinámica y dispuesta que ella. Nadie que ayude a su hija en los trámites, con tantas ganas, y sobre todo, con tanta eficacia. Ella, a bordo de su Volkswagen Golf blanco, y acompañada de su perrito, recorría todas las calles, aparcaba encima de la acera mirando al guardia con sonrisa lastimosa, solucionaba todo lo que parecía insolucionable en un minuto, como propulsada por un cohete, y siempre contenta. Los nervios que no mostraba le servían de

motor, y además, si nos fallaban las ideas, en su mente se hacía la luz. ¡Increíble! Necesitábamos enviar por segunda vez toda la documentación a Madrid, a la asociación Aipamer que iba a legalizarla allí y remitirla a una persona de Moscú, la traductora oficial, que a la vez sería nuestro contacto en Rúsia. Adoptaríamos en Moscú, como lo hizo Agustín, el chico que conocí en la cola del Consulado ruso.

Aipamer nos casi aseguró un día de finales de noviembre que si llegaban a sus manos los documentos inmediatamente, viajaríamos las dos parejas, posiblemente juntas, en el mes de diciembre. La rapidez ofrecida nos sorprendió y estábamos todos exultantes y nerviosos. Los papeles tenían que llegar como fuese ya, para “caber en estas últimas parejas que se van antes de fin de año”. La abuela “correcaminos” “voló” con su coche al aeropuerto, dio los documentos a una azafata del puente aéreo Barcelona-Madrid, los recogió no sé quien en Madrid y consiguió a tiempo las legalizaciones. Misión cumplida.

Espero que la abuela Berta pueda disfrutar de la pequeña Valentina y del nuevo nieto que va a venir, muchos años. Se lo merece.

Estoy en mi despacho escribiendo estas cosas y una pequeña cabecita asoma por el quicio de la puerta ¡Hola mami! Una amplia sonrisa de golfillo me anuncia que no quiere hacer más siesta. Corre a mis brazos, me aprieta. Le aprieto. Cuarenta besos y le devuelvo a la cama, aunque dudo que sea por mucho tiempo. No puedes imaginarte, Natalia, cuánto quiero

yo a tu hijo. Otra vez apareces tú en mis pensamientos en un momento que en otras circunstancias sería íntimo, el sentimiento de una madre y un hijo que se quieren, sin nadie más; para nadie más. En casi todos los momentos íntimos con mi hijo apareces tú. Se ha vuelto a despertar.

Los papeles llegaron a Madrid a tiempo. Sin embargo, de nada sirvieron las prisas. Pasamos las Navidades con la maleta abierta, los gorros y abrigos a punto, el pasaporte en la boca, sin hacer planes más allá de dos días, por si nos vamos en cualquier momento. Aipamer nos da largas por teléfono:

- No habéis podido entrar en el cupo de antes de las vacaciones de Navidad.

Y, después de las vacaciones:

- Es que las vacaciones en Rusia acaban más tarde porque el calendario navideño ortodoxo es posterior al nuestro.

Seguimos confiados esperando. Es cierto que las Navidades ortodoxas son algo más tarde que las nuestras. Hasta el día 12 de enero en Rusia no trabaja nadie. Ni Putin. Lo comprendemos. En realidad era de fantasiosos pensar que si nos habían entregado el certificado de idoneidad en noviembre, pudiéramos enviar papeles, traducir y legalizar en Moscú, presentarlos en el Ministerio correspondiente y que éste nos avisara para viajar en diciembre. Era fantasioso pero nos lo habíamos creído.

El mes de enero de 2002 trae un frío intenso a nuestra ciudad y congela también nuestras ilusiones de marchar inmediatamente.

Empezamos a leer en internet algunas cosas desagradables sobre Aipamer. Bien es cierto que también había gente que explicaba que esta asociación les había gestionado correctamente toda la adopción. El director de esa asociación, después de casi bloquearle entre Berta y yo su teléfono con nuestras llamadas, nos dice que están pendientes de que les renueven la autorización o licencia, o como se llame, para actuar en Moscú, pero que en muy pocos días la tendrá. Luego dice que en un mes. Confirmamos en Internet la noticia de que Aipamer está sin autorización para tramitar adopciones en Moscú. En unos sitios de internet dicen que Moscú les ha retirado la licencia a raíz de una adopción que no acabó bien. En otros dicen que simplemente tenían licencia, y se está retrasando la renovación, sin que suceda nada malo. Nuestros papeles ya están en manos de su traductora en Moscú. Se supone, vaya. No tenemos ningún justificante. Todo nuestro esfuerzo de casi un año recopilando documentación y el mismísimo certificado de idoneidad, versión original, está allí.

Pasan los días, largos como semanas; las semanas como si fueran meses. Muy alterados, llamamos a Agustín; le recuerdo que soy la chica a la que conoció en la cola del consulado y a la que dedicó más de hora y media de explicaciones sobre su experiencia y los trámites a seguir. Le digo que hemos

enviado todo a Aipamer en noviembre, que nos dijo su director que iríamos en diciembre, y que es ya febrero y no nos vamos, que si no hay licencia...

Agustín nos intenta tranquilizar explicando que él trató directamente con el director siempre, y nos explicó datos de su vida personal que le llevaban a pensar que no podía ser mala persona... Según Agustín, el tal director es un idealista, aunque quizá no muy bien organizado. Y tal vez se aventuró demasiado en darnos falsas esperanzas para ir tan pronto. Quizás no controla muy bien todo el engranaje de los trámites, pero no cree que nos engañe. Respiramos un poco. Nos queremos convencer de que nuestra historia será como las de los que escriben las páginas buenas sobre Aipamer en Internet.

De todas formas, Aipamer no ha cobrado más que 300€ por las gestiones, legalizaciones y envíos a Rusia. Aún no podemos pensar que nos quiera estafar o engañar. Y ha hecho las legalizaciones. Debemos esperar acontecimientos. Al fin y al cabo, todos los documentos originales ya no están en nuestro poder, sino en poder de la persona a quien él dice habérselos enviado a Moscú. Una tal Oxana los tiene, dice, y ella es la que los traduce y “hace las gestiones allí para que os llamen a que vayáis a hacer la asignación del niño”. No tenemos más opción que aguantarnos y esperar...

Recuerdo de esa época, discusiones con Alfonso porque se daba cuenta de que yo llamaba casi a diario a Madrid. Él creía que no debíamos insistir tanto, que era

contraproducente, e inútil. Decía que ellos, Aipamer en Madrid y Oxana en Rusia, eran los primeros interesados en enviarnos pronto a Moscú, y que no tenían interés en darnos largas tontamente puesto que, salvo la minucia de esas legalizaciones de Madrid, no habían cobrado nada. Pero los nervios me podían, y yo no paraba de llamar. Empecé a llamar también desde la cabina de teléfono de debajo de casa para que Alfonso no viera tantas llamadas a Madrid cuando llegase la factura del teléfono. Berta hacía lo mismo, llamaba y llamaba.

Un día, allí en la cabina, la persona que hablaba español con acento ruso y que era la voz conocida de siempre, me dijo que estaban buscando una familia para una niña de dos años, “con un pequeño agujero en el corazón”, sin importancia, que no estaba en Moscú, sino en Nizhni Novgorod (yo no entendí entonces el nombre de ese lugar) y que si aceptábamos, nos íbamos en pocos días. La angustia cerró la boca de mi estómago de golpe, el corazón se me agujereó como al de la lejana niña, y los nervios me dejaron durante varios minutos inmóvil en aquella cabina de la calle Balmes. No me atenazaba el miedo a la enfermedad de la niña (yo pensé que si decían que no era importante ese “agujero” en el corazón de la pequeña, era porque se trataría de un simple soplo sin consecuencias, quería creer eso) ni el hecho de que yo prefería a priori un varón, por ser madre de dos niñas. Sólo pensaba que esa niña me era ofrecida a mí, y yo la quería, era quizás la que el destino me tenía preparada... Incluso volví a llamar y pregunté su nombre...

...Pero yo había hecho una promesa con Berta: El primer niño que pueda ser adoptado, o si nos avisasen para ir por separado, primero irían Berta y Ramón, porque ellos no tenían hijos, y sufrían mucho en la espera... Nuestras hijas nos hacían llevarlo mejor a nosotros, desde luego. Yo lo había prometido... Habíamos quedado así. Pero me la ofrecían a mí. ¿Por qué me ofrecían a mí la niña y no a Berta? La cuestión era que una voz con acento ruso me la ofreció a mí. Y la cuestión era también que yo había hecho una promesa. No dormí en toda la noche.

Hablé con Alfonso cinco o seis veces por teléfono, (él estaba en Tarragona esos días). Él creía que, simplemente por casualidad, nos la habían ofrecido a nosotros, porque justo esa vez, fui yo la que llamé, y no Berta, y que si en ese momento hubiese llamado Berta, se la hubieran ofrecido a ellos. Eso decía Alfonso. Y que esa niña, tal como habíamos quedado, debía de ser ofrecida primero a Berta y Ramón. Son ellos los que tienen que decidir primero. Me costó mucho, pero les llamé. Al día siguiente, Berta me llamó para darme las gracias. Yo estaba muy triste. Pero sabía que había hecho lo correcto. Ellos removieron Roma con Santiago para averiguar más datos de la niña y de su dolencia, preguntaron si el agujero del corazón en cuestión era auricular o ventricular, su estado general, etc. Y decidieron ir, y tratar allí de acabar de saber todo sobre ella y en su caso tomar entonces una decisión. Pasan unos días y me llama otra vez. Me dice Berta emocionada:

- Nos vamos el 27 de marzo.

- Les deseo suerte y se me hace un nudo en la garganta.

En mi profesión de abogado, he alegado hasta la saciedad y me he dejado guiar siempre por el viejo principio del derecho romano “pacta sunt servanda”, los pactos son, están, para cumplirlos. Ahora, en mi vida privada tenía que hacer lo mismo, cumplir lo pactado. Las promesas se cumplen. Ese pacto está para ser cumplido. Esa niña no era para mí.

IX. El Globo terráqueo.

Berta y Ramón inician los preparativos de su viaje. Yo sigo en solitario llamando día tras día a Madrid, desde esa cabina.

Procuro no empezar muchos asuntos, por si nos llaman. Pero nadie llama. Pasan los días. Insisto por teléfono a la chica que habla español con acento ruso, que quiero hablar con el director. Al final, me da el número de su móvil. Y hasta el de su casa. Hablo un día con la mujer del director y me promete que su marido me llamará al otro día. Y me llama. En dos o tres días, dice, sabremos algo de la licencia en Moscú y ya podremos poner fecha a vuestro viaje.

¿Crees que esperé tres días? No, claro, al segundo día llamé yo, desde mi querida cabina. La voz extranjera me dice:

- ¿"Eres" la familia de Barcelona? Creo que os vais el día 27 de marzo.

Yo le contesto:

- No, esa es la fecha en que se van Berta y Ramón; nosotros somos Esperanza y Alfonso.

Pero la voz del otro lado del teléfono comprueba los datos, pregunta a alguien y me informa entonces de que nos vamos las dos parejas juntas, el día 27 de marzo, en tan sólo unos poquísimos días.

Yo sigo incrédula. Le digo que ellos van a otra región, no a Moscú, y, en principio a ver a una niña concreta, la del soplo...

- Vosotros también vais a Nizhni Novgorod, me dice. Los cuatro juntos.

El estómago sube y se anuda en mi garganta.

- ¿Se sabe a qué niño vamos a ver? -pregunto.

- No, sólo sé que vais, y allí ya se verá... Os vais a Nizhni Novgorod, porque en Moscú se está retrasando la autorización y Oxana, la traductora, ha decidido para no haceros esperar, enviar todo a esa otra ciudad, donde podéis adoptar por libre, sin Aipamer y, en consecuencia, sin necesidad de licencias o autorizaciones. Una vez allí, en Nizhni Novgorod, iréis al Ministerio a una entrevista para que os asignen un menor y lo conozcáis.

Cuelgo el auricular... Nos vaaamooooos!!!! Todo me parece bien. No sé a quien nos asignan como hijo, no sé a dónde vamos, no tengo ni idea de dónde está ese lugar de nombre tan extraño... pero ya me empieza a parecer un nombre chulísimo. Voy por la calle rebobinando en mi mente la conversación que acabo de tener con Madrid. La Gran Noticia. Me la repito. Repito cuatrocientas veces Nizhni Novgorod, en los cincuenta metros que separan la cabina de mi casa.

Entro en casa y cierro la puerta. Grito. Canto. Bailo. Vuelvo a gritar. Lloro, me sudan las manos, y se me congelan a la vez. Me río. Me miro al espejo. Sonrío. Voy de un lado para el otro sin hacer nada, canturreando. Consulto un globo terráqueo y no encuentro el lugar de mi destino. Me angustio de repente... Era un globo de cuando yo era pequeña, de esos con un cable y una luz dentro, con el mundo algo inclinado, al que yo solía hacer rotar con la mano. No

sale en la bola del mundo ningún lugar siquiera parecido de nombre. En un diccionario descubro que ese nombre indica la misma ciudad que durante la época de la URSS se llamó Gorki. Ah, vale! Vuelvo sobre el globo y ya me topo con esa ciudad, a “un dedo” de Moscú en la bola de plástico, tirando hacia Asia, antes de los Urales. Me abrazo al globo, respiro, ¡qué tonta soy! Y me voy con el trasto en la mano y el cable colgando hasta mi habitación...

Nadie me vio, pero salté durante largo rato encima de la cama. Saltamos el globo y yo, los dos juntos... cantando... como dos tontos... Bueno, una sola tonta cantando con un mundo de plástico en la mano. Con el mundo en mis manos. El globo terráqueo en realidad no tenía culpa de mi locura. Yo le obligué a saltar sobre la cama como un poseso... el cable iba golpeando el armazón de la cama... ¡era una bonita percusión...!

Cuando mi corazón se serena, recupero poco a poco el juicio... Sentada a los pies del colchón ¡pienso en tantas cosas!

Por las ventanas abiertas de mi habitación entraba el sol de una espléndida mañana del invierno despidiéndose de mí. La alegría se colaba por todas partes. Sentía que me saludaban los muebles, me sonreían las plantas, los cuadros me deseaban suerte, hasta el agua con gas que bebo a diario, se volvía champán sólo para brindar conmigo en la cocina... Fueron momentos de deliciosa locura...

Nunca en mi vida he sido feliz estando sola, odio estar sola, pero ese día sí lo fui. Me volví loca por unos instantes, y sola, en mi casa, fui intensamente feliz.

Pasados los minutos que necesité para aterrizar otra vez en la vida real, llamé a Alfonso. Mi marido se emocionó, se quedó callado un poquito... y enseguida empezó su batería de preguntas:

- ¿Por qué esa ciudad y no Moscú que era lo acordado?

- ¿Por qué nos avisan con tan poco tiempo, y sólo porque tú has llamado y no te han llamado ellos si es que nos vamos ya mismo?

- ¿Ya sabes si hay billete de avión para dentro de tan pocos días?

- ¿Con qué compañía?

- ¿Una vez en Moscú, cómo vamos hasta esa ciudad?

- ¿Nos esperará alguien allí?

- ¿Cuanto tarda el visado, dónde se tramita, cuánto vale?

- ¿Qué hacemos con las niñas, ya que justo en esos días es Semana Santa y están de vacaciones?

- ¿Cuánto dinero te ha dicho que hay que llevar?

- ¿Esos de Madrid organizan también el viaje?

....

- ¡Vaya follón!, faltan muy pocos días, y no tenemos nada preparado... -mascullaba entre preocupado y nervioso...

La loca del globo terráqueo no ha preguntado ninguno de esos detalles sin importancia... Sólo sabe que se va... Y está feliz.

Nuevas llamadas a Madrid, nos resuelven algunas -pocas- de las muchas dudas. Ellos nos dejan a nuestra suerte. Iremos por libre. No tienen otra salida para nosotros por el momento, más que recomendarnos que sigamos por libre. Aunque Oxana, la traductora que trabaja para ellos en Moscú nos esperará en el aeropuerto, le pagaremos a ella misma su trabajo por las traducciones ya hechas y las que nos haga y esperaremos a que ella nos indique qué hacer una vez en Rusia. Debemos conseguir billetes de avión, visados y hotel por nuestra cuenta.

El billete de avión a Moscú lo consigue Ramón para los cuatro, relativamente rápido y a buen precio.

Gracias a Agustín, el chico que conocí en el consulado, y al que molestamos de nuevo, nos hacemos con la dirección y teléfono de la Fundación Alexander Pushkin, que desde Madrid, nos tramitará el visado y buscará hotel. Lo hemos intentado directamente nosotros pero no hay manera, ni por internet, ni por teléfono, fax, o mediante una agencia. Esa ciudad está fuera de toda ruta turística. Así que nuevamente confiamos a ciegas en unos desconocidos y enviamos a las señas que la Fundación nos indica, nuestros pasaportes originales y dinero para visados y reservas de hotel de todos los días. Hay que pagarlo todo por adelantado, para tener el justificante escrito de que tenemos dónde dormir en Rusia y entonces pedir el

visado. Para autorizar la entrada en el país, quieren saber dónde dormiremos cada noche, no hay lugar a la improvisación; el Estado quiere tenernos controlados, supongo... Después de 74 años controlando cada movimiento de sus propios ciudadanos y aún más de los extranjeros, la inercia burocrática sigue en el Gigante del Este...

Hay esos días feria de no-sé-qué en Moscú y no hay manera de encontrar hotel para la primera noche, nos comentan los de la Fundación Pushkin. Pero debemos, al menos, dormir una noche en Moscú, y luego al día siguiente marchar hacia Nizhni Novgorod.

Nos consiguen in extremis, una noche de hotel en el extrarradio, un hotel del que la Fundación no conoce ningún dato. Salvo que hay dos habitaciones dobles disponibles. Nos da igual, claro. Perfecto.

Oxana hace llegar un mensaje pidiendo más documentos, a cuatro o cinco días del viaje. También manda repetir los penales, que han caducado. Para algún documento hace falta el pasaporte, pero da la puñetera casualidad de que el pasaporte está en Madrid, pues lo hemos enviado a los de la Fundación Pushkin para el visado y no lo tendremos hasta el día antes de salir. Hay que apañarse sin los pasaportes...

Cuatro días inenarrables... No hay un minuto ya para la deliciosa locura, no puedo sonreír ante el espejo... no puedo saltar en la cama de alegría... no hay tiempo... Los documentos no llegarán a tiempo si no nos espabilamos...

Me largan de la ventanilla de los penales, después de la consabida cola, porque aunque acredito con un certificado de matrimonio que soy la esposa, y con el D.N.I. original mío y de él, las identidades de Alfonso y mía, el cónyuge no puede solicitar los penales sin el pasaporte original del otro. El D.N.I. original de él se la trae al fresco a la señorita de la ventanilla. No tengo su pasaporte y sin él no es posible. Ni lo tendré, le digo yo. Tengo también el original del libro de familia, y una autorización en una cuartilla. Pero no bastó. Me ningunearon en esa ventanilla. Le había explicado casi llorando, y luego casi histérica, a la funcionaria, para qué quiero los penales, y que ya pedí otros hace poco y que acaban de caducar, que marchamos en cuatro días y los pasaportes están en la Embajada de Rusia en Madrid, para el visado. Que no llegarían hasta la tarde antes de salir. Sin pasaporte, no hay solución; no hubo atisbo de preocupación en la cara de la señorita cuando, ahora sí, rompí a llorar.

Mientras me alejaba de la cola de la ventanilla en que había sido rechazada, leí en un reverso los requisitos que piden para los profesionales, los abogados, respecto de sus clientes... Bombilla sobre mi cabeza: Problema resuelto. Me seco las lágrimas a toda prisa. Taxi a casa:

Estampo yo descarada una firma “de Alfonso” en una autorización que yo misma me confecciono; otro taxi y legítimo “su firma” en un Notario que me aprecia de verdad, y que no duda de mí, y vuelvo a la cola de los penales en menos de media hora. Ya no me

hace falta el pasaporte de Alfonso, porque, ya no vengo como su mujer... sino como su abogada, debidamente autorizada por su cliente, con firma legitimada, según se requería en el reverso de la solicitud de penales. Al cónyuge le es preciso acreditar que es cónyuge con el libro de familia y además el pasaporte original de su cónyuge. Pero al abogado le basta con la autorización del cliente... La legítima esposa con la que vas a adoptar un hijo despierta mucha mayor desconfianza que un abogado. Cosas de la vida... Hago dos colas: Una para mis penales, y otra cola como profesional, como abogado de Alfonso, sin el pasaporte, sólo con la autorización que yo misma hice. Ya no soy su mujer, y todo es más fácil... La señorita de la ventanilla “se la envaina”.

Consigo los penales y subo como un rayo al 6º piso a mendigar una firma o legalización para el extranjero, no sé, algo más que debía unir a ese papelito y que aún no tenía. Y que tardaba unos días de los que no disponíamos. Lo pedí con humildad, con la interesada sumisión de un pedigüño callejero... Un hombre joven muy cortés me atendió, desapareció por unos instantes y me devolvió el papelito legalizado en un minuto. También hay gente buena tras las ventanillas. Muchas buenas y muchas regulares. A esa buena persona le agradecí su diligencia, el favor que me hizo, de todo corazón.

Sólo faltan 48 horas para salir. Oxana llama y “recuerda” que debemos presentarnos en Nizhni Novgorod con dos copias selladas y apostilladas del

informe y certificado de idoneidad además de con todos los documentos que nos pidió hace unos días. Digo “recuerda”, con ironía, pues nunca antes nadie nos lo había dicho... La Generalitat sólo nos dio una copia sellada del informe y eso fue lo que enviamos en noviembre a Madrid, y de ahí, a Moscú. Ahora, a dos días de irnos, parece ser que sin dos copias de la idoneidad no nos aceptarán la solicitud de adopción en Nizhni Novgorod. Estaba feo que no nos lo hubiera dicho antes, pero no era el momento de discutir con Oxana... No parecía muy complicado ir a la Generalitat y pedir una copia sellada más.

Pues te juro que sí fue complicado, fue horroroso, complicadísimo y fue entonces cuando definitivamente disipé las pocas dudas que ya me quedaban de una evidente realidad: la Generalitat sólo nos sirvió para ponernos trabas... No ayuda... Sólo entorpece... Sólo pretende justificar que hace una encomiable labor, siendo que su única labor es la propia justificación. Es triste que sea así. Así fue, al menos, en nuestro caso. Y si alguien no está de acuerdo, que me diga qué hizo, en qué nos ayudó, qué trámite nos facilitó, qué información nos dio, a quién llamó. El certificado de idoneidad lo hizo una empresa privada que nosotros pagamos. La Generalitat lo fotocopió y le añadió un folio y un sello. Pedimos otro folio igual con otro sello por exigencias de Rusia y se armó la de Dios...

Empezamos Berta y yo yendo al departamento correspondiente a explicarle a una funcionaria cualquiera que nos marchábamos en 48 horas, que nos habían llamado de Rusia pidiendo otra copia de la

idoneidad y si nos la podía hacer en un momentito... Nos hace esperar... Lo va a consultar... Lo consulta: No puede ser, y dice sentirlo mucho... sigue hablando por teléfono de lo que hará en Semana Santa. Cuando termina y ya estamos bien informadas de que irá a la Costa Brava a casa de sus suegros, que el niño suyo está constipado y otros detalles, pedimos hablar con alguien superior. Esperamos... Se lamenta de que no podamos ser atendidas por la Superioridad hasta unas horas más tarde... Berta se va y me quedo de retén...

Pido, suplico, imploro una copia más de la idoneidad pero me dicen que no nos hace falta. Insisto en que no es un capricho llevar dos copias, sino que es una exigencia, al parecer, de Niznhi Novgorod, al ir por libre y no por Ecai o agencia. Critican sin tapujos el hecho de que vayamos por libre... Aunque es completamente legal. La Generalitat quiere que elijas ir por una Ecai. Alguien allí tiene la cara dura de decirme que “eso nos pasa por ir por libre” y “si hubierais ido por ECAI, no tendríais este problema”. Yo estoy al borde de un ataque, pues no entiendo que el “problema” se cree por tener que darnos una copia más de un certificado. Me parece surrealista esa forma de crear un problema irresoluble de algo tan nimio. Me dicen, con un aire paternalista que aborrezco, que ya veré luego allí cómo no necesito una segunda copia... ¿Cómo pretenden que vayamos a miles de kilómetros sólo a probar suerte? ¿No es más lógico ir con todo lo que piden, aunque aquí pensemos que es de más? ¿Y si nos exigen la copia de más y no la tenemos, qué hacemos una vez allí? Discuto y discuto la estúpida negativa de la Generalitat de hacer una fotocopia y ponerle un sello

y una firma, pero topo con un muro infranqueable... Me dicen que la norma es dar una sola copia por expediente. Su trabajo es sólo dar esa única copia, lo dicho. Yo pensaba qué sería lo que le sucedería a alguien que perdiera, o a quien le robasen, el bolso con la única, original, legítima y genuina copia del certificado de idoneidad en su interior. Sería como si robasen la momia de Tutankhamon, irrecuperable... Imposible duplicarla... Una pérdida irreparable... Pero no me parecía que el susodicho certificado, en versión primera copia, fuera equiparable al valor de la momia... Veía factible reproducirlo, incluso varias veces, sin menoscabo de su alto valor... Existen las fotocopadoras que, para estos casos, van muy bien. Existen también las impresoras de los ordenadores... Fui prolífica en argumentos. Algunos eran bastante buenos, creo, pues la necesidad agudiza el ingenio... Me dicen que, en todo caso, vista nuestra insistencia, “pida a Rusia un certificado que diga que necesitan inexcusablemente otra copia más, y lo traduzca con un traductor jurado”... y si el país de la adopción lo pide, estudiarán la solicitud... Le digo que nos vamos en unas horas... Que quizás tengan razón y sea estúpido por parte de los rusos de Nizhni Novgorod pedir dos copias, pero que a mí me sería más fácil no tener que convencer a las autoridades rusas en unas pocas horas y desde 10.000 km. de distancia de que sus peticiones son estúpidas y que me es más fácil convencer a las autoridades de mi país para llevar esa segunda copia a Rusia por si acaso la estúpida tozudez de los rusos me impidiera conocer a mi hijo...

Pasan las horas y no tenemos la ansiada copia. Protesto tanto que me recibe la “mandamás” en materia de adopción... Le exijo ver esa norma que impide expedir dos copias del certificado de idoneidad... Lo exijo de forma vehemente, estoy perdiendo poco a poco los nervios... Hablamos, discutimos, no veo la tan traída y llevada norma... Al final, me promete que hará una fotocopia de los certificados de Berta/Ramón y del nuestro, y les pondrá el sello (herniándose, seguramente) y su firma. Pero ya no dará tiempo de legitimar la firma en el Tribunal Superior de Justicia de Catalunya, pues el empleado que lleva las firmas a legitimar ha salido ya, y no va cada día, sino sólo los martes, creo, más lo que tarde el Tribunal en legitimar y devolverlo por el mismo conducto. La convengo, con el último aliento de mis fuerzas, de que nos entregue las copias sin legitimar, en mano, en un par de horas (lo que se supone necesita para hacer la fotocopia y ponerle su firma y el sello de la Generalitat) y que nosotros mismos las llevaremos al Tribunal. Que ya nos apañaremos allí.

Ese viejo zorro en forma de funcionaria mandamás nos la jugó y nos engañó: Debió poner un garabato en las copias que no era su firma, o firmarlo algún subordinado... y en consecuencia, el Tribunal no tenía en sus archivos reconocida esa firma (sólo tenía la de la mandamás para legitimarla y apostillarla, requisito exigido por el Convenio de la Haya sobre Adopción Internacional... Todos los documentos llevarán la firma legitimada y apostillada. Así debe ser para seguridad y transparencia del proceso. Y me parece bien).

Pero no contó el zorro-camuflado con la persuasión de la “superabuela”, la madre de Berta, que es a quien tocó ese último trámite casi-imposible: Con tan buen tino habló en el Tribunal, que alguien importante de allí llamó muy enfadado, indignado, a la mismísima mandamás y le hizo enviar inmediatamente por fax su firma auténtica autorizando esa legitimación. Berta-madre lo había conseguido. Ese alguien importante del Tribunal sí nos ayudó. Gracias a esas buenas personas y a pesar de las otras, ahora somos padres felices.

La víspera de marcharnos, al mediodía, teníamos las copias de oro de las respectivas idoneidades llenas de sellos y firmas, con el timbre de colorines del Convenio de la Haya.

La Generalitat sirvió para inflingirnos un poco de sufrimiento extra. Un plus a añadir a la angustia natural de esperar a un ser ajeno, desconocido y lejano que, por infinitas combinaciones del azar, pasará a ser como carne de tu carne para siempre... No estaría mal que fuese de otra manera... Muchos niños no llegarán nunca a ser adoptados por la estúpida burocracia “extra” entorpecedora, inútil, lenta... La burocracia de los otros países, los que nos dan a sus niños, no la podemos evitar, y hay que cumplirla sin rechistar. Tienen competencia y derecho a decidir en qué condiciones y términos entregan a sus ciudadanos menores a ciudadanos extranjeros. Vale. Pero de nuestro país esperábamos un apoyo que no tuvimos, y cómo mínimo, si su misión no era ayudar, si teníamos

que caminar solos, podíamos esperar, al menos, que no pusieran más piedras en nuestros zapatos... Muchos que quizás se animarían a ser padres, se abstienen o se quedan por el camino... Muchos que pasan por ahí y lo consiguen, no osan repetir...

Le salva el pellejo institucional al Organismo el hecho de que al final todo lo malo pasado compensa con creces, y uno se va olvidando de la “mandamás”, de la copia, de las entrevistas con taquicardia... Suerte tiene la Generalitat y los diversos estamentos de aquí y de allá del poder de los niños ya adoptados de amansar a los padres para que no se revuelvan como brutos por el cansino camino que no les ayudaron a recorrer... Ellos, los niños, los verdaderos protagonistas, sin duda ninguna lo compensan todo. Todo y más. Infinitamente más. Y por ellos, y gracias a ellos, todo se olvida.

Eso es sólo mi opinión, y cuento sólo lo que yo sentí. No dudo que haya parejas a las que quizás los órganos de la Administración resolvieron problemas complicados; a las que dieron estupendos consejos que determinaron un final feliz que de otro modo no hubiera sido posible... Quien sabe... Igual sólo somos nosotros quienes no encontramos en el Gobierno de nuestra tierra el respaldo y apoyo que necesitábamos... Pero esa es nuestra experiencia y así la vivimos... Nuestro final feliz le debe poco a la Administración y mucho a nuestro propio esfuerzo...

La Fundación Pushkin cumplió lo encargado, y la tarde antes de partir, llegaron los visados grapados a nuestros pasaportes, y los “vouchers” (reservas pagadas) de los hoteles. Todo está O.K.

X. **¡Nos vamos!**

Es duro despedirnos de las niñas, sobre todo porque ellas no entienden que nos marchemos justo cuando empiezan sus vacaciones. Estarán dos días con mis padres y el resto con Lourdes, mi amiga arquitecta y su novio de entonces, en nuestra casa, la casa que ella hizo. Llevamos en coche a todos a Torredembarra para dejarlos instalados.

Pensamos Alfonso y yo en esos momentos si hemos hecho bien llegando hasta aquí, qué pasaría si por ir a buscar a un extraño sufriéramos un accidente o nos sucediera algo; no nos lo perdonarían nunca nuestras niñas... Se quedarían solitas... Las separarían. Carlota se tendría que ir con su padre... Marina iría quien sabe donde... Quizás a Valencia con la familia de Alfonso... O quizás mi madre se pelearía con ellos por la niña... Todo por mi obstinación de cumplir un viejo sueño, un sueño anterior a la existencia de mis propias niñas... Sería tan injusto para ellas... Estoy loca por irme y no sé si debo irme en realidad...

Estamos nerviosos, angustiados, felices, acongojados, todo a la vez. Las abrazamos y nos vamos sin mirar atrás.

Escala en Holanda. Ilusión, nervios, café y un pastelito de chocolate con Berta y Ramón en Schipol. Berta compra un peluche, no puede reprimirse. ¡Lleva tantos años comprando peluches y ropa de niños para otros, guardándose sus ganas, esperando!

Moscú nos recibe sin problemas. Es de noche. Al otro lado de la larga cola de control de visados y pasaportes, aparece una espectacular sonrisa rubio-pelirroja haciendo aspavientos con sus brazos, abriéndose paso entre la gente: Es Oxana.

En el taxi, no han pasado cinco minutos y ya nos ha pedido el dinero de las traducciones y legalizaciones en Rusia que se supone ha hecho, más el trabajo de venimos a buscar, llevarnos en coche, y acompañarnos en las gestiones oficiales traduciendo lo que sea menester. Nosotros no hemos visto ninguna traducción, pero en la adopción, hay mucho de acto de fe... Estamos agnósticos en ese momento... Pagamos inmediatamente y a cambio sólo nos devuelve una nueva y más amplia sonrisa. Comprendemos su alegría, sobre todo con los 4.000 dólares ya en su bolso, pero nos hubiera tranquilizado más un recibo o algo similar... Ella está eufórica; nosotros, tensos. ¿Y si ahora mismo nos hace bajar del coche y nos suelta en medio de la fría noche moscovita?

Da instrucciones al chofer y sin decirnos nada nos dirigimos a la estación de trenes de Bielorrusia (lo sabremos al llegar, pues ya sé leer el alfabeto cirílico y deletreo despacio algo que suena como “Bielarus Baksaal”). Hay muchas estaciones de trenes en Moscú y desde varias de ellas se pueden tomar trenes que paran en Nizhni Novgorod, nuestro destino. La ciudad está en la ruta del transiberiano.

Al menos hicimos dos horas de cola frente a la ventanilla de los billetes de tren.

A pesar del cansancio del viaje, valía la pena hacer las largas colas para ir tomando contacto con el país que acabábamos de pisar por primera vez en nuestras vidas, el país de nuestro hijo... En la cola hay pequeñas peleas, caras curtidas y cansadas, mujeres de sonrisa dulce y ojos claros, viejos abrigos de paño, recios, de solapas anchas, cruzados, algunos que en España consideraríamos pasadísimos de moda... o a la última en moda “retro”. Botellas de alcohol cuelgan de algunas manos, como una disimulada prolongación del brazo. Los hombres llevan casi todos el típico gorro con las orejas anudadas en lo alto, como en las pelis de espías rusos... Me siento observada... Claro que yo no he dejado un centímetro de mi campo de visión sin revisar a fondo.

Mientras esperamos, pienso en lo fácil que le hubiera resultado a Oxana recibirnos en el aeropuerto con los billetes de tren ya comprados, sobre todo, visto que son bastante baratos, para ahorrarnos esta pesada cola, y dado que venimos de muy lejos, haciendo escala, cansados, de noche; y que mañana seguiremos viaje a la ciudad a dónde ella ha creído conveniente enviarnos... Pero luego entiendo que eso en Rusia es imposible.

Para un simple pasaje de tren necesitan nuestro pasaporte (y el de cada ruso que se dispone a subir a un vagón para ir a la ciudad de al lado), nuestro visado, volvemos a preguntar con todo detalle lo que ya consta en el visado, a ver si coincide; comprobar si tenemos

reserva para dormir, y dónde exactamente dormiremos en la ciudad de destino... No sé ahora, pero entonces, los rusos necesitaban además una autorización especial para visitar otra ciudad distinta a la de su residencia... ¿Tú, Natalia, necesitaste autorización para ir de Puchez a Nizhny Novgorod cuando viniste a tener al niño?

Ya tenemos los billetes para mañana tomar el tren y continuar nuestro viaje. Para intentar caerle simpática le hablo de Agustín, y le mando muchos recuerdos y le digo que el niño, el pelirrojito Andrei está muy guapo. Oxana dice que lo ha visto en las fotos del seguimiento... aunque no sé por qué, pero dudo de si realmente se acuerda de él.

Otra buena cola después para cambiar algunos dólares por rublos, para poder manejarnos en el día a día.

En las afuerísimas de Moscú, entre hileras interminables de bloques de casas uniformes, feas, horrorosas, está nuestro hotel, junto a una pequeña construcción metálica adosada, más nueva, con enorme letrero luminoso estilo “Las Vegas” donde en cirílico se entiende que pone “Kasino” y una también enorme silueta de pierna femenina en neón azul intermitente incrustada en la fachada... La recepción del Hotel Sport más bien parece un salón de alterne...

En la calle, estamos a cinco bajo cero, que a nosotros nos parecen veinticinco bajo cero. En el hall, exiguas minifaldas y tacones de vértigo adornan los

sofás de terciopelo rojo. Los labios, las uñas de las manos y de los pies, a juego con los sofás... El resto... largas extensiones de tersa piel pálida, en un 80% al descubierto.

Entramos abrigados hasta las orejas, arrastrando nuestros maletones. Las minifalderas se parten de risa al vernos...

En la recepción nadie habla inglés. Oxana, su irritante sonrisa, y la pasta, ya se han ido. Vladímir, el taxista o chófer al que seguiremos viendo, una buena persona, nos baja las maletas y nos deja ante el mostrador, me da la mano, me sonríe muy amablemente y se marcha. En el mostrador, nadie habla español, o italiano. Estamos solitos, los cuatro pardillos de Barcelona... Nadie habla francés ni inglés. Ni tampoco alemán. Sólo Ruso. La señorita del mostrador del hotel se pone nerviosa... Sacamos los pasaportes, y también los visados para calmarla y que vea que hacemos algo, mientras intentamos averiguar qué quiere. El “voucher” (nuestro resguardo de haber pagado el hotel anticipadamente al 100%), que no está en cirílico, sino en caracteres latinos, también se lo entregamos por si acaso. Nuestros ocho ojos miran asombrados e inocentes cómo habla la recepcionista, que cada vez está de peor humor. Nos entra la risa floja... No entendemos nada y nos hace mucha gracia...

De una impresora antigua, de esas de aguja que hacen muchísimo ruido, sale un papel continuo que corta de forma violenta y nos lo da. Es una camarada-recepcionista-hotelera cabreada...

Se dice que el tuerto es el rey en el país de los ciegos; por eso, yo, que me había leído hasta la lección 13 del libro “La lengua rusa por la vía autodidacta” y me había oído una cinta de casete que se atrancaba en la lección 9, estaba obligada a ser ahora la mejor traductora de ruso de los cuatro. Creí leer en cirílico algo que sonaba como “Tax”, seguido de varios números, (por suerte los rusos escriben las cifras en caracteres indoeuropeos, como nosotros), y dedujimos que había una tasa o impuesto o algo así. En fin, que teníamos que pagar, además de lo ya pagado en Barcelona por cada noche de Hotel, una tasa por pasar la noche en Moscú o algo parecido. Como el problema se solucionaba pagando, pues pagamos sin más averiguaciones. No era mucho.

Las habitaciones, grandes y cutres. La moqueta, del tiempo de Stalin. Y por supuesto, roja; ahora granate por la acumulación de tanta historia sobre ella. No importa. Sábanas limpias. Estamos muertos de cansancio. Y de hambre.

El Bar del hotel ha cerrado durante la discusión del mostrador de recepción. Nada por aquí, nada por allá. Quedan en el Hall las dos menos agraciadas minifalderas con las piernas cruzadas y los ojos clavados en sus manicuras carmesí. No han triunfado y ya se ríen lo justito... Fuera del hotel, siguen pasando muy pocos coches en la gélida noche de la avenida “Leninski Prospect”, donde sería más fácil encontrar un pozo de petróleo que un barecito de cualquier tipo, de esos que hay en España en cada esquina de cada

ciudad, de cada barrio, de cada pueblo. ¡Qué barecitos más buenos hay en España! Una calle más ancha que el municipio de Lorca, larga hasta el infinito de la visión. Ni un bar. Un hambre que te mueres... Con los aviones y la diferencia horaria, no hemos comido ni cenado. Sólo un sándwich triangular a bordo. Y el pastelito holandés de chocolate en la terminal de tránsito de Schipol, partido entre cuatro. Con los nervios de salir hacia el aeropuerto, ninguno había tampoco desayunado en Barcelona.

Berta y Ramón echan mano del “equipo alimentario de primeros auxilios”, gentileza de su Santa madre, consistente en unos envasados al vacío de jamón serrano de bellota y de fuet a lonchas. Nosotros, aportamos chocolatinas varias, frutos secos... y propongo hacernos cargo nosotros del resto de lo que podamos encontrar disponible: Ramón y yo vamos en comisión de supervivencia al hall otra vez y logramos que la camarada-vigilante-nocturna suelte el ganchillo, entre en el bar y nos venda, a precio de caviar, unos refrescos y dos bollitos dulces, de anteaer, como de brioche, rellenos de nada. Como una piedra...

Con todo junto, brindamos aquella primera noche en Rusia por la suerte de las dos parejas. Íbamos a necesitar esa suerte que nos deseábamos mutuamente...

Al día siguiente, vuelve Oxana y explica a Berta y Ramón que no les pueden asignar ya a esa niña con el soplo en el corazón que venían a conocer, pero que

quizás les asignen otro niño de 18 meses, también con un soplo. U otro niño con otra enfermedad. Se extrañan, con razón, de tanto cambio, de tanta enfermedad y de tal incertidumbre. Ellos venían a por esa niña... Están muy decepcionados... Uno ya se hace a la idea... Y un hijo no es un mueble... o un destino turístico, que se cambia por otro... En cuanto a nosotros, nos dice Oxana, con aire impasible, que quizás no podamos hacer la asignación del niño, pues justamente, ¡mira qué casualidad! acaban de cambiar las leyes (entre la llamada a la otra pareja y la llamada a nosotros) y que este primer viaje nuestro ahora es sólo para dejar presentada la solicitud en el Ministerio, en Nizhni Novgorod y marcharnos. Luego tendríamos que hacer un segundo viaje para conocer y hacer la asignación del niño o niña, y un tercer viaje para recogerlo. Discutimos, nos enfadamos con Oxana, eso no era lo que nos había dicho por teléfono... Ella tenía que irse a un funeral... dijo.

Se fue y nos dejó plantados en ese hotel...

Recuerdo de ese día un gran nudo en el estómago, tristeza y mucha ansiedad. Rabia, impotencia, discusiones subidas de tono con Oxana por teléfono. Más horas esperando. Varias horas en el hotel, sin saber qué hacer, aguantando las lágrimas en aquellos sofás rojos ahora ya sin minifalderas. Eso no era lo que nos habían dicho. Yo no quiero volver sin un niño asignado. Oxana ya no responde al teléfono. La localizamos al fin, tras el supuesto o cierto funeral, le hicimos saber nuestra indignación, discutimos más y

por fin vino al Hotel, y dijo tenerlo ya todo arreglado... Volvió a lucir una sonrisa amplia, mostrando sus caries sin complejos, una sonrisa similar a la de cuando los dólares de las traducciones y legalizaciones entraron en su bolso la noche anterior. Parecía haber resuelto de un plumazo todos los problemas que nos había planteado horas antes; se mostraba otra vez contenta y tranquilizadora ¿Lo habría arreglado todo durante el funeral, junto al cadáver del infortunado/a pariente?

Trató de recuperar nuestra confianza. ¿Y qué podíamos hacer sino seguir confiando en ella?

Nos llevó a un Notario. Firmamos algo que dijo era una solicitud de adopción, parecida a las de España pero en ruso, y el compromiso de enviar a Rusia informes de seguimiento del niño después de acabada la adopción. Oxana paga la factura. Del Notario al taxi. Vemos las torres del Kremlin no muy lejos, desde el coche. La zona centro se ve preciosa desde la ventanilla.

Nos deja Oxana en el tren con dos chicas jóvenes, una rubia y otra morena, Júlia y Ania, que dice serán nuestras traductoras en Nizhni Novgorod. Le damos el último vistazo a su flamante dentadura sonriente, pues ella se despide de nosotros. Los cuatro corderos de Barcelona suben al tren con las dos chicas rusas desconocidas...

Un viaje agradable, los cuatro en un compartimiento, y las dos nuevas jóvenes camaradas-traductoras, Júlia y Ania, en otro. A mí me hacía gracia

lo de camaradas, hasta que supe que los nuevos rusos no se llaman ya entre sí camaradas. El que es señor, es señor. Y el que es un mindundis, pues eso, mindundis, en el grado que le toque. Ya no son todos iguales, compañeros que construyen la gran patria al mando de sus sabios, preclaros y privilegiados, como en todas partes, dirigentes. Ahora hay, como aquí, señores, señoritos, colegas, amigos, y pringados en general.

El tren conservaba aún cierto encanto del pasado, por eso les quedaba mucho mejor lo de camaradas. Entre los encantos, el vagón restaurante. Tapicerías granate, verde inglés y ocre, madera y metal dorados, lámparas antiguas... Allí obligué a mi cerebro a explotar las trescientas cincuenta palabras de ruso que sabía, de las que me había preparado unas cuarenta correspondientes a comida. Una sopa calentita pido y contesta el camarero

- ¿Salianka? Asentimos con la cabeza resignándonos a tomar el tipo de sopa que fuese la tal Salianka. LLevaba trozos de salchichón ahumado e incluso alguna oliva flotando, y le echaron en el último momento antes de servir algo parecido a nata. Una cosa rarísima. Muy buena. Luego, un pescado desconocido con arroz blanco al lado... Todo lleno de eneldo. Tanto el primero como el segundo plato... Y los platos de las mesas vecinas... Todo con mucho eneldo por encima... Conseguí incluso agua con gas, buenísima. ¡Qué bien comimos!

Durante largos ratos clavo mi mirada en la ventana. Kilómetros y kilómetros de tierras llanas,

bosques de coníferas nevados, paisaje continuo verde muy oscuro y un blanco hiriente bajo un cielo claro, gris, luminoso y limpio. Pienso en esos momentos que siempre amaré esa tierra que me va a dar un hijo...

Apenas hay pueblos hasta llegar a la vieja ciudad de Vladímir, donde el tren se detiene por unos minutos. Me habían explicado que en Rusia, en la época soviética, se levantaron de nueva planta muchas ciudades, para extender eficazmente los dominios de la hoz y el martillo por todos los confines de la Patria. A esas nuevas ciudades se les ponían nombres propios, patronímicos e incluso apellidos de los “padres” y otros “parientes” muy allegados de la Revolución de Octubre. Y a algunas, muchas ciudades ya existentes, simplemente se les cambió el nombre, y se las “adornó” de un espeso cinturón de edificaciones monstruosas, todas iguales, solo cemento y ventanas, para igualar, supongo, a todos los obreros, completándolas con un sinfín de estatuas para la gloria Roja.

Vladímir Ulianov Lenin dio nombre por ejemplo a ciudades Ulianov, a pueblos Vladímir, y por supuesto a Leningrado. Creí que esa ciudad llamada Vladímir era una de esas ciudades nuevas. Y me chocaba ver tantas cúpulas de iglesias. Pero no, Vladímir no era nueva, ni honraba la memoria de Lenin; Vladímir era ya una ciudad muy importante cuando Moscú sólo era una aldea, antes de que los tártaros se propusieran conquistar esas tierras, allá por el siglo XIII, y debe su nombre a su fundador, Vladimiro Monómaco, que fue príncipe de Kiev, y el gobernante ruso más relevante de toda la Edad Media.

Nos vamos alejando de las cúpulas doradas de las iglesias y monasterios ortodoxos de Vladímir. En general, si hay iglesias o monasterios, es que es una ciudad antigua. Si no vemos cúpulas doradas, es una ciudad creada por los dirigentes de la URSS. Hay excepciones, pues muchas iglesias desaparecieron para siempre de la faz de la tierra tras la revolución bolchevique.

El tren arranca. El sol refleja la nieve en el oro de las cúpulas de Vladímir, lanzando rayos de luz cegadora que llegan hasta los compartimentos de nuestro vagón... De nuevo bosques y más bosques, abetos, campos enormes nevados, lagos y algunas agrupaciones de pequeñísimas, humildes “dachas” de madera. El paisaje es de una belleza dura, casi cruel. Veo pocas casas, veo árboles, lagos, pero no veo gente. Las casitas de madera son sólo para el verano, sin condiciones de suministros ni nada para poder vivir, junto a parcelitas de tierra de las que arrancan algún fruto en la temporada cálida, me explica un joven ruso de 16 años que ha subido en Vladímir y habla inglés, con el que converso en el pasillo. Es muy educado, rubio y algo pecos, bien parecido, sonriente... Pienso en cómo será mi hijo, me imagino una personita de unos tres años, qué cara tendrá, cómo nos saludará, si sentirá vergüenza y se marchará corriendo a un rincón al vernos por primera vez... Si yo seré capaz de comunicarme con él, de hacerle saber que venimos dispuestos a quererle mucho y a intentar hacerle feliz, y que tendremos paciencia; que siempre respetaremos su tierra, su lengua, su origen, la figura de su madre... Por

unos instantes, me he ido de la conversación, no le oigo, y me he visto yo, con mi hijo pasados los años, convertido en ese joven sonriente de ojos claros, viajando en ese tren mirando juntos su tierra por la ventana... No pienso, en esos momentos, en la madre que dejará atrás ese niño que vamos a conocer... No pienso si él habrá convivido con ella lo suficiente para llevarla en su recuerdo... No sé si es feo que sea así, pero yo sólo pensaba en mí, que estaba viviendo la gran aventura de mi vida. Habrá otros que ambicionen aventuras de mayor envergadura, o de naturaleza muy distinta... Para mí, después de más de veinticinco años de soñar... había llegado el momento de vivir el sueño. Y eso ocupaba todos mis pensamientos, no cabía nadie más. Ni su madre.

Un frenazo, el traqueteo del tren se ralentiza... Llegamos a Nizhni Novgorod.

Júlia y Ania nos acompañan al Hotel Central, donde también se alojarán ellas. Un enorme bloque rectangular en vertical, gris sin pintar, bastante ancho, muy alto, sin balcones, con cientos de ventanucos, mirando al río Oká. Desde la calle se veían como ventanucos; luego, arriba, en las habitaciones, las ventanas no eran tan pequeñas como parecían... Eran grandes. Todo es grande. La estatua de Lenin que hay en la plaza de al lado debe llegar al menos hasta el piso diez o quince, o más. Nunca había visto una estatua urbana tan grande. Al pie del fundador de la Unión Soviética, muy al pie, sin llegarle a la pantorrilla, hay estatuas de orgullosos trabajadores que le acompañan,

enarbolando unos una gran bandera, y otro la hoz y el martillo. El otrora moderno hotel de los soviéticos, luce hoy algo decrépito. Hay obras en los bajos, parece que van a instalar unas galerías comerciales... Hay ya algunas habitaciones reformadas, y muchas antiguas. Un hall desangelado, plantas artificiales sucias y torcidas en las jardineras, grandes espacios vacíos que sólo llenan en un lado varios sofás de terciopelo gris azulado y dos mesas de cristal ahumado y metal. Una garita exterior de cambio de moneda (muy parecida a las cabinas de w.c que han puesto en algunas calles y plazas en Barcelona) ha sido “incrustada” en un rincón del vestíbulo. Han montado también en ese hall un puesto “ambulante” de venta de periódicos -sólo rusos- sobre dos caballetes de carpintero sin ningún tipo de faldón, junto al mostrador de mármol de la recepción... Es curioso que sea el único hotel de la ciudad donde reciben europeos, y no haya ni un diario o revista en ninguna lengua europea...

Esperamos un rato en el hall hasta que hace su entrada una señora de unos cuarenta años, morena, de pelo corto y piel blanca que avanza con paso firme hacia Julia y Ania. Parece, por lo que hablan, que ella, Olga va a ser el siguiente eslabón en la cadena de “transfers adoptivos”. Ania nos ha explicado que ella y Júlia son de Moscú y trabajan ayudando a Oxana, que tiene demasiado trabajo. Cuando no puede dar salida en Moscú a las solicitudes de adopción por alguna causa (ahora por ejemplo, está pendiente de que le venga renovada la licencia para actuar en Moscú) manda a las parejas a alguna otra ciudad donde conoce a otra

persona que sí pueda atendernos. Por lo que explica, entiendo que “subcontrata” la gestión con Olga, que es quien hace las traducciones y legalizaciones a las parejas que vienen directamente a esta ciudad. Es otra Oxana pero de aquí.

Nos dice Ania que Olga será quien se persone en el Ministerio, en Nizhi Novgorod, pues ella es quien tiene la autorización en esta ciudad. Nosotros callados.

Se llevan a la otra pareja, Berta y Ramón, a una habitación durante mucho rato. Luego, nos llevan a Alfonso y a mí a otra.

Y allí, en aquella habitación empapelada desde los años setenta con grandes flores ocres, amarillas y naranjas, sentados en el lateral de una cama, mirando fijamente a aquella nueva persona sentada en una silla frente a nosotros, que parecía muy muy nerviosa y contrariada, Alfonso y yo tuvimos que soportar lo que entendimos como una grave humillación. Julia iba traduciendo ante nuestros ojos atónitos, luego llorosos: Olga no sabía siquiera que llegábamos; sólo esperaba a la otra pareja... Oxana sólo le dijo que enviaba a una pareja, Berta y Ramón.

Olga hablaba con Júlia en Ruso y yo, por más que me esforzaba sólo entendía, “probliema” “Nie zsnaiyo, Nie zsnaiyo” (no sé, no sé) y “tak, tak” (así, como...) seguido de silencios... Me arrepentí de no haber estudiado más ruso, hubiera dado mucho por poder entender lo que allí se estaban diciendo ellas, con bastantes aspavientos, pero sin alzar la voz. Olga dice que no cree que pueda hacer nada por nosotros,

hace que nos traduzcan cien veces que Oxana no le ha hablado de nosotros, sólo de la otra pareja... Que nos hemos de volver...

- Quizás, ya que estáis aquí, podamos dejar presentada la solicitud y volver en dos meses, como pronto, como favor, para que entonces, en el próximo viaje, hagáis la asignación, y en un tercer viaje, recoger al niño. Pero nada más. Y como favor.

¿Cómo que no sabían nada de nosotros? ¿Para qué, entonces, nos han hecho venir? ¿Para qué hemos pagado ya las traducciones, y los certificados de todo tipo que caducarán, y...?

¿Ir hasta Rusia a dejar unos papeles presentados en una ventanilla y marcharse? ¿Y como favor? ¿Era eso lo que pretendían?

Sentíamos vergüenza y enfado, tristeza, ridículo y cólera... Querría haber desaparecido en esos momentos, me violentaba incluso tener que seguir allí aguantando las formas... Y las aguantaba porque, a juzgar por su cara, Olga realmente parecía muy sorprendida de vernos allí. Esa fue una de las escasas veces que pensé en qué lío nos habíamos metido sin ninguna necesidad. Y qué malos ratos estaba haciendo pasar a Alfonso, que él ya había admitido compartir su vida conmigo y con Carlota, ayudarme a criarla, luego el aborto, luego Marina, que era muy pequeña... ¿por qué había sido yo tan obstinada en la adopción de un niño, que sería ya el tercero para mí? No lo sé. Si hay Dios, él sabrá por qué.

Sentíamos la impotencia de sentirnos estafados e ignorados, cómo si nada de lo nuestro tuviera la menor importancia para esa gente... La sensación de habernos equivocado estrepitosamente al elegir esa vía para adoptar; de haber caído como estúpidos en una trampa, nunca nos darán un niño, tendremos que volver a empezar en otro sitio, de cero... pasarán uno o dos años más... Me vinieron a la mente las páginas de internet donde criticaban duramente a Aipamer (la entidad en Madrid que nos remitió a Oxana) y donde explicaban adopciones que habían acabado como el rosario de la aurora.

En un momento en que Alfonso y yo nos mirábamos sin saber qué hacer, Júlia nos dijo en voz baja:

- Supongo que se arreglará de alguna manera, siempre hay problemas... Y siempre acaban buscando alguna solución.

Alfonso estaba más indignado aún al oírlo decir con tanta naturalidad que siempre habían problemas; él que es tan organizadísimo, no alcanzaba a comprender una imprevisión de este calibre... Hacernos ir a Rusia a la buena de Dios, sin que la persona que debe trabajar para nosotros sepa siquiera que vamos a ir. Sin que el Ministerio nos haya dado cita... ¡Es increíble!

Pero ya estábamos allí, y era tarde para estrangular a nadie de Madrid o de Moscú. Olga no sabía nada de nosotros, la hemos cogido de sorpresa; estaba enfadada, y con razón, por que Oxana le había “pasado el embolado”.

Sólo nos quedaba jugar la baza de la “misericordia”, no del enfado: Que se apiadase de nosotros. Pedimos, suplicamos, a Olga que nos ayudara; no podíamos hacer un viaje extra, teníamos unas niñas en Barcelona, nos había costado mucho hacer el viaje, ahorrar, acomodar nuestros respectivos trabajos... Y finalmente le pedí a ella, a Olga, mirándola a los ojos, por favor, sólo por favor, con las lágrimas bajando en cascada por mis mejillas, que intentara hacer lo imposible...

Pensó y miró papeles durante un buen rato; habló con Oxana por teléfono, habló con las dos chicas moscovitas, volvió a pensar... hizo otras llamadas... Nosotros callados, esperando, sentados en el borde de una cama, el patíbulo. O el indulto de última hora. Pedí un milagro, recé, aunque nunca rezo y no logro recordar una oración completa de las que aprendí de niña. Alfonso intentaba mantener la calma...

Olga se levanta y dice:

- Sólo se me ocurre una idea: Iremos al Ministerio a presentar la solicitud y yo diré que sólo me conocéis a mí, que me conocéis a través de otra pareja de Barcelona que adoptó conmigo, que venís por libre, libre, sin ninguna relación con Aipamer, Oxana, ni con nadie. Que no sabíais que las parejas que van por libre hacen ahora un viaje más, tres en vez de dos, y que si sería posible, ya que tenéis dos niñas y esos problemas, que os asignen ya un niño en este viaje. Yo lo voy a intentar así, pues ya tuve problemas con otra pareja de

Oxana la semana pasada y la anterior. Y no puedo llegar otra vez explicando problemas con otra pareja de Oxana. Así que mejor, que vosotros digáis que venís completamente por vuestra cuenta.

¿Qué podíamos decir, salvo, bueno, de acuerdo, vale, con la boca pequeña y el corazón encogido? De todas maneras, dijéramos lo que dijéramos nosotros, ella podría traducir lo que le conviniese mejor...

Resuelto el primer problema, se concatena el siguiente: Es martes y el Ministerio no recibe hasta el viernes. Y el lunes siguiente por la tarde tenemos billete de regreso. Si saben que el Ministerio no recibe más que los viernes, ¿por qué hacen ir a las parejas los martes?

Hay que serenarse (no es fácil serenarse y pasar del martes hasta el viernes sin saber qué pasará y sin nada que hacer); el viernes probaremos suerte, y mientras tanto, podemos emplear horas y horas en conocer la ciudad: Pocos coches, muchos tranvías, baratos, y un centro urbano donde orientarse es fácil.

La que fue ciudad cerrada de Gorki, (para proteger altos secretos de la industria soviética), era y es una ciudad histórica, fundada en el siglo XIII sobre un promontorio de bosque en el cruce de dos ríos, el Oká y el Volga. Tiene un recinto amurallado precioso, un “Kremlin” de fábrica de ladrillo rojizo rodeando las antiguas instituciones básicas medievales en un espléndido jardín-bosque; Y ya fuera del Kremlin, fuera del recinto, un casco antiguo muy agradable, con

edificios de estilo imperial clásico, algunos ya restaurados y otros a punto de caerse de viejos y ruinosos, los ministerios y los teatros, comercios a la europea en la calle principal, no muchos; algunos pintores callejeros... tenderetes de artesanía, de ropa de casa... Y un frío que pela. Árboles sin hojas, muchos paseantes que, como nosotros, caminan calle arriba y calle abajo por la arteria principal. Si te metes por alguna callejuela de alrededor de esa calle principal, las casas viejas son de madera, como las del Far West americano, de un marrón muy oscuro, con muchos travesaños vencidos por el paso del tiempo... y se ven ventanas con sus alféizares forrados de metal, parece zinc, para facilitar que la nieve no se acumule y resbale rápidamente, pero muchas de ellas con plásticos en vez de cristales...

La crisis en el país es muy, muy fuerte, y se nota que hay mucha gente venida a la miseria, gente que no fue pobre, ni nunca fue rica, que camina entre la dignidad perdida de aquél pasado del inútil esfuerzo común, y la frustración de un futuro que tanto esperaron y que nunca llegó. La tarta al fin alcanzó al Gigante Rojo. Todos pudieron verla, todos pudieron incluso olerla; pero no hubo ración para todos. Seguirán llegando tartas, pero ya nunca habrá ración para ellos. Es tarde para que se sienten al reparto. Los viejos, los que más lucharon, los que vivieron trabajando sin descanso por la Gran Patria, sólo tienen hoy sus medallas de hojalata, y veinte metros cuadrados de una habitación empapelada de flores y estufa, a compartir con hija y nietos, y muchas historias que

contar a esa patria que les ignora... una patria que ya ni siquiera existe. Les ves pasearse con sus medallas en el pecho, por unas calles que aún se llaman calle de la Revolución de Octubre, calle Socialista, calle de los trabajadores, calle de Marx; les ves mirando los primeros pantalones Calvin Klein que ven en su vida, a precio de tres o cuatro veces su pensión mensual con un mucho de desprecio y un poquito de envidia. Esa es sólo mi visión, Natalia, de tu tierra, la percepción de las cosas que yo tuve... Una tierra bella, dura...

No todo es tristeza, la mayoría de la gente es muy sonriente, es amable con nosotros; los jóvenes especialmente apuestan por “el otro lado”, a veces en exceso, aprecian su libertad estrenada, e intentan imitar los comportamientos, gustos, músicas y estéticas del mundo occidental; las chicas, se arreglan mucho y se pintan de forma llamativa los días festivos. Pasean las parejas agarradas, y se sientan junto al río a tomar cerveza en botellas grandes que llevan asidas de su mano durante el paseo. Salvo en las pocas arterias principales, el suelo de la calle es un puro charco de barro, pues el invierno está acabando y de día, al tibio sol, la nieve se derrite. Aún así, se ven muchas chicas, y no tan chicas, luciendo tacones.

Hay mercados en los interiores de muchas manzanas de los edificios antiguos, y mercadillos; hay bullicio, muchas caras caucásicas que sin razón nos inspiran desconfianza; reuniones de varios hombres de pelo muy negro y gorras oscuras charlando en las esquinas, vaivén de mujeres de piel blanca inmaculada, muchos ojos rasgados de un azul grisáceo en cabezas

de pelos rubios y castaños, como luego así resultará ser mi hijo, un ruso con probables ascendientes tártaros. Hay puestos de comida, de té caliente. Hay vida, nos gusta.

Ania y Júlia nos acompañan en el primer día de paseo. Las dos parejas de Barcelona, sin nada que hacer hasta el viernes, pasean bajo un viento helado por el mirador sobre la zona del “Strielka” (flecha, cruce de dos ríos) para contemplar cómo las aguas del Volga bajan marrones al encuentro de las aguas azules del Oká, para seguir juntos convertidos en un Volga ancho y poderoso, bicolor por unos cuantos metros, en su descenso implacable hacia su destino en el mar Caspio. Tomamos té caliente y buñuelos callejeros. Compramos alguna matrioshka de madera en un enorme almacén de artesanía al que nos llevan... No hay turistas. Ni uno. Nos explican, que sólo en verano, algún crucero fluvial baja hasta Nizhny Novgorod y para aquí unas horas. Son los únicos turistas que ven por estas tierras. Pero son muy pocos, pues la inmensa mayoría de cruceros por el Volga van de San Petersburgo a Moscú o algo más allá pero no llegan hasta Nizhny Novgorod. Muchos cruceros de los que sí bajan hasta aquí son de turistas nacionales, rusos pudientes que empiezan a disfrutar del placer de moverse libremente por su país.

Berta y Ramón han localizado a una chica, Dària, hermana de la novia rusa de un compañero de colegio de Ramón, que, casualidades de la vida, es de esta ciudad y con ella comemos un día en un restaurante muy frecuentado por jóvenes rusos. Somos

los que más chillamos, se nota a la legua que somos de fuera, somos muy escandalosos para ellos, que son en extremo prudentes, educados en las formas, y silenciosos. Comemos sopa de raviolis rusos, y otras comidas típicas que Dària nos recomienda. Nos reímos, nos “ponemos las botas” comiendo y bebiendo, nos olvidamos de la tensión... Salimos contentos, relajados... Caen copos grandísimos de nieve muy lentamente sobre la Plaza de Máximo Gorki. El poeta en su pedestal nos ve jugar y reírnos bajo la nieve...

Al día siguiente, Ramón y Berta aceptan la invitación de Dària y su madre y pasan el día en su modesta casita de madera... Nosotros empezamos a movernos solos por la ciudad. Estamos los dos muy tensos, muy nerviosos, pero no hay más remedio que sobreponerse e intentar pasar los días lo mejor posible. Nos manejamos muy bien con el transporte público, aunque en los tranvías y microbuses nos mira todo el mundo porque nos cuesta un buen rato pedir los billetes y pagar... Nos vamos encontrando a gusto en la ciudad, a pesar del frío, de los charcos helados, del barro de los deshielos... Cuando sale el sol, el oro de las cúpulas de las iglesias ortodoxas y las aguas del Oká saludan al paseante en un espectáculo de belleza que se graba en la mente para siempre.

Recorremos mercadillos de la zona nueva a este lado del puente de Kanabino, la zona donde proliferaron los bloques de viviendas de la época soviética, la zona donde está nuestro bloque, igual a

todos los demás, pero mucho más grande. El rótulo en cirílico anuncia “Centralni Gostinidza” (Hotel Central).

Los espacios que no fueron edificados por los soviéticos, o que no son parques de columpios oxidados, van siendo invadidos poco a poco por casetas y más casetas prefabricadas de aluminio comunicadas entre sí por pasillos y recovecos, empalmes de aluminio que unen los módulos, formando pequeñas galerías comerciales algo destartaladas, algo provisionales, como si no tuvieran claro que el nuevo orden quiere quedarse, donde venden productos cosméticos, baratijas, juguetes de China, algo de ropa. Y alrededor de esas desordenadas casetas de aluminio azul y blanco, en las aceras de barro mojado, vendedores ambulantes de flores de plástico, de comidas y dulces, e incluso varios puestos cuyo único objeto para vender son las bolsas de plástico de todo tipo: bolsas rojas con el logotipo de algún tabaco, bolsas de propaganda de alguna medicina, o de alguna marca de productos de belleza conocida en Europa, bolsas como de supermercados, bolsas sin más, blancas, rosas o azules, de las que se usan por ejemplo para envolver unos zapatos antes de ponerlos en la maleta, o para envolver una lechuga en un colmado. Nunca pensé que una simple bolsa de plástico usada pudiera tener tanto éxito como para ser ella misma el objeto de la venta y no el envoltorio gratuito de un objeto comprado...

Alfonso ya se ha olvidado de sus prejuicios sobre lo mal que le quedan las orejas del gorro de piel, y acaba tirando del lazo que las sujeta sobre su

cabeza y deja que el borreguito le evite una otitis. Yo llevo la bufanda por encima del gorro, y anudada bajo el cuello, de forma que lo sujete fuertemente contra mi cabeza y que sus alas aplastadas por la bufanda protejan mis orejas entumecidas por el frío y el viento helado...

Al llegar al hotel, necesitamos sumergirnos en una bañera de agua hirviendo para recordar con nitidez si somos personas o pingüinos...

XI. El flechazo.

Y el viernes llegó. Costó pasar de martes a viernes sin nada que hacer, pero al fin llegó. Yo no dormí en toda la noche, y creo que Alfonso escasamente dos horas. Ahora pienso en qué sería de ti y dónde estarías tú en esos días... ¿Qué hacías, Natalia, mientras yo estaba en Rusia, paseando ociosa por los tenderetes, pasando las horas, queriendo quemarlas para llegar al viernes? ¿Dónde paseabas tú? ¿Comprabas en otros mercados? ¿te helaba el mismo viento? ¿Quizás anduviste muchas veces por las mismas calles que ahora piso yo? Entonces, claro, yo no pensé en ti, ni en lo cerca que estábamos una de la otra, porque nada sabía de tu existencia. Pero te aseguro que ya miraba los rostros de todos los niños, miraba a sus madres... Yo iba a tener algo en común con toda esa gente que se cruzaba en nuestro camino, por las calles, con todas esas madres... Alguien de aquí, será mío, y pensaba si realmente me pertenecería... Si tenía derecho a irrumpir en la vida de alguien y llevármelo para siempre lejos de los suyos... de sus tenderetes, de sus buñuelos y su té caliente. Si era lícito que unos desconocidos, tocados por la fortuna de llevar una vida mejor, sacasen para sí un tesoro de la cueva del infortunio de una madre...

Viernes. 9.30 horas a.m. El paisaje que yo miro desde la ventanilla del taxi que me lleva al Ministerio es el paisaje de mi futuro hijo, el paisaje que realmente

le “corresponde”, pienso una y otra vez. Porque estoy convencida de que sí nos van a asignar un niño. Esta es su casa, me digo. Me pregunto en silencio si al mirarle por primera vez a la cara reconoceré en él a un niño sin más, a un niño especial, o a mi niño, al que llevo años esperando. Y me asaltan las dudas. ¿Qué pasará si no me emociono o no noto nada particular al verlo?

Llegamos al Ministerio. Un edificio de al menos sesenta o setenta años de antigüedad, sino más. En la planta baja nos hacen dejar, en una pequeña habitación bajo la escalera, llena de barras y perchas, todos los abrigos, bufandas, gorros, etc. Todo el que entra en el Ministerio se quita las prendas de abrigo y las deja allí, así que hacemos lo mismo. Hace calor dentro del Ministerio. Subimos a una planta, atravesamos anchos y altos pasillos vacíos con puertas altas de madera, abiertas a oficinas con mucha carpeta y poco ordenador; algunas funcionarias saludan con un gesto a Olga a nuestro paso. Nos ha explicado durante el trayecto que ella era policía y que ahora ya lo ha dejado (se ve que lo de las adopciones es más rentable) y sólo sigue ejerciendo de policía su jovencísimo segundo marido, Serguei, que es quien nos hará de chófer, cuando no esté de servicio. Si él está ocupado, ella misma conduce su estupendo coche nuevo, que destaca entre la gran mayoría de coches atrotinados. Ella está rondando los cuarenta, por no decir pasados o muy rondados; tiene hijos bastante mayores de otra relación, y tiene un bebé de 18 meses con Serguei. La foto del niño llena un marquito plateado que ha pegado en el salpicadero de su coche, estilo taxi español. Gusta de

aparcar encima de la acera o en cualquier lado, y coloca como salvoconducto “antimultas” en la parte de atrás del coche, bien visible, su gorra de policía que aún conserva... El truco siempre funciona.

Nos enseña en el Ministerio, orgullosa, otra foto de su bebé que lleva en la cartera. Intenta tranquilizarnos y nos deja con Ania, en un extremo del pasillo, ante una puerta cerrada, esperando a que nos llamen. Nos recuerda que hemos de decir que venimos por libre. Asentimos con la cabeza mientras Olga desaparece por los pasillos. La verdad es que aunque en ese momento no lo sepamos, ya vamos realmente por libre, ya que nunca más supimos nada de Madrid, de Aipamer en general o de su director en particular. Nunca más se comunicaron con nosotros, ni nosotros con ellos, ni nunca nos pidieron dinero o cualquier otra cosa.

Somos una pareja que va por libre, Olga es nuestra Traductora Oficial, y Ania su ayudanta. Ese era nuestro nuevo escenario.

Estamos sentados y callados en unos asientos cubistas de skay verde oscuro con el fondo vencido, escuchando sólo cómo late nuestro corazón cada vez más deprisa, notando cómo sudan las manos, tragando saliva, y respirando hondo, intentando mantener los nervios a raya... No sé si esperamos allí diez minutos o una hora, sólo sé que me encontraba mal, que me desbordaba la angustia y que una y otra vez me repetía en mi mente que la persona que había detrás de esa puerta, podía ya, al recibirnos, mostrarnos a un niño, o

a una niña, en una foto, y que aquél que fuese el elegido por esa persona, sería para siempre mi hijo; o también podía despacharnos en un minuto, ya que según todos los indicios, era cosa cierta lo que Olga dijo en aquella habitación floreada en ocre del Hotel Central; esto es, que no teníamos cita, que nadie avisó de que íbamos, y no tienen por qué recibirnos, mucho menos asignarnos un niño. Si era amable la persona que hubiera al otro lado de la puerta, tal vez sólo nos dejase presentar los papeles y tendríamos que hacer un segundo viaje para que nos asignen un niño, y un tercero para recogerlo... Es demasiado... Alfonso no lo aguantará... Yo no lo aguantaré... Sigo callada... Repaso con los dientes una y otra vez el espacio que hay entre las yemas de mis dedos y las uñas, como si me las mordiera.

Las deajo como una patena...

Se abre la puerta.

Dos sillas rígidas con dos españolitos rígidos, asustados, frente a una señora de cabello muy corto negro, a lo garçon, de mediana edad, delgada, con jersey azul turquesa sin cuello y chaqueta tipo “rebeca” a conjunto, en los hombros. No logro recordar qué fue lo que preguntó primero ni lo que respondimos; mejor dicho, lo que tradujo Ania. No entró Olga, como nos habían dicho, sino Ania. Creo que Olga aún no había acabado de atender a Berta y Ramón cuando nosotros tuvimos que entrar. Sí recuerdo que después de unos minutos, ella, la señora de la rebeca a los hombros, miraba un cuestionario que supongo habríamos rellenado en algún momento anterior y que estaba en el

dossier. Miró todos los documentos, esos que cuestan tantos meses de conseguir, recopilar, traducir y mandar, en menos de dos minutos, aireándolos con una sola mano, dejando caer una hoja sobre la siguiente sin interrumpir su caída. Allá estaban los penales, sus renovaciones, los certificados médicos, sus renovaciones y legalizaciones, Hacienda con sus sellos y delegados firmantes, sellos multicolores de varios Notarios, fotos, instancias, y por supuesto el informe original de nuestra idoneidad con la copia sellada y firmada por la “mandamás” de las “mandamases”... Y todo con el súper-sello, la apostilla del Convenio de La Haya.

Después de un silencio, nos preguntó brevemente por qué no habíamos puesto en el cuestionario ruso si preferíamos niño o niña (En España no se puede elegir, pero en Rusia sí se puede indicar qué sexo prefieres e incluso qué características. Cosa distinta es que luego te hagan caso, pero por pedir, te dejan pedir). Le dijimos que no queríamos excluir a una niña, aunque ya tuviéramos dos. Preguntó también por qué habíamos subrayado que debía de ser un menor de cero a tres años sin cumplir, y explicamos que nosotros en principio habíamos pensado en un niño o niña de tres, cuatro, cinco, seis años, no nos importaba la edad, pero que en España, las Autoridades sólo nos permitirían adoptar un niño o niña menor que el más pequeño de la casa. El certificado de idoneidad está condicionado a que se cumpla esa norma, y explico que yo no estoy en absoluto de acuerdo con la norma, pero que debo aceptarla para poder validar la adopción en España. Salvo ese impedimento que nos pone nuestro

país, no tenemos preferencia ninguna. Nos preguntó entonces la fecha de nacimiento de la menor de nuestras hijas, la anotó y nos dijo si podríamos aceptar un menor que fuese sólo un día menor que Marina.

- ¡Claro que sí! -Contestamos al unísono.

Nos sonrió muy levemente, creo que le caímos bien, y nos dijo que volviéramos el lunes y que intentaría “tener algo”. Al levantarnos, nos dijo:

- Podéis decir a vuestras hijas que tendrán un hermano, pues será seguro un varón. Hay muchos más varones disponibles aquí y ya tenéis dos niñas.

Nos emplazó a volver el lunes a las nueve de la mañana. Tenemos billete de tren de regreso a Moscú ese mismo lunes por la noche. Y el martes por la mañana, avión a Barcelona.

Después de todo un fin de semana interminable, imaginando a ese niño de casi tres años paseando con nosotros en pony por la calle principal (los domingos, en Nizhny Novgorod, muchos niños montan en un viejo pony tirado por una pareja de feriantes que para alrededor de la plaza del Teatro), llegó el gran día. De nuevo, abrigos en la planta baja, pasillos desiertos donde retumban nuestras pisadas, sillones derrotados de skay verde y puerta que se abre para nosotros. La responsable de adopciones del departamento de Nizhny Novgorod, la señora de pelo garçon, nos dio la mano, haciendo ademán de que debíamos sentarnos. Se dirigió a una joven ayudanta para que le acercara unas carpetas de la estantería. Abría una, fruncía el ceño, y la mandaba devolver a su lugar. Abría otra carpeta, giraba

la cabeza a un lado y a otro como diciéndose a sí misma que no, y la devolvía a las manos de la solícita veinteañera rubia, que bajaba la cabeza en señal de respeto cada vez que la jefa le ponía un expediente sobre sus manos para devolverlo a la estantería. Un expediente en carpeta verde manzana llegó a su mesa, lo abrió y lo remiró con detalle. Encendió el ordenador, consultó. En nuestras sillas, sólo se movía el corazón al latir, y los pulmones para respirar...

En ese expediente color de esperanza, estaba mi niño, su historia, la historia triste de Natalia, su mamá, cómo llegó al parto, cómo parió, y todo el peso en papel de una corta vida empezada.

- Os podemos asignar un varón, que fue operado, (baja la mirada y consulta un papel), del estómago y con otras dolencias menores y ahora se está recuperando. Su madre nació en junio de 1974, soltera, dependiente, sin enfermedades, mide 1m 68 cm, ojos grises, pelo castaño, ciudadana rusa. Firmó la renuncia del hijo y la autorización para la adopción el 18 de octubre de 2001... Su padre, nació en 1970, mide 1m74cm, conductor, según datos que aporta la madre.

Lee todo esto de corrido, muy, muy rápido y de momento yo sólo retengo “varón que fue operado de algo grave del estómago y de otras dolencias menores”.

Tras unos instantes, rompo el silencio y pregunto qué se sabe exactamente de su estado de salud, qué operación de estómago le hicieron, cuándo...

Consulta papeles y su ordenador y dice que sabe que está en periodo de recuperación post operatorio. Y que evoluciona bien. No sabe nada más. Estoy nerviosa pues no estaba en absoluto preparada para recibir un niño enfermo. Hablamos Alfonso y yo y le explicamos con la traductora que queremos saber cuándo le operaron y de qué exactamente. Nos dice entonces que sí consta que le operaron al nacer, el 13 de octubre de 2001. En ese momento, mi mente se paraliza y no soy capaz de calcular la edad del niño. Estamos tan, tan nerviosos que no logramos hacer un cálculo tan fácil: si le operaron al nacer el día 13 de octubre de 2001 y estamos a 1 de abril de 2002, el niño aún no ha cumplido los seis meses. Nos tiene que ayudar Ania:

- ¡Cinco meses y medio! -aclara atónita por nuestra incapacidad de cálculo.

- ¡Es muy pequeño! -dice Alfonso, y yo asiento, muy asustada.

- Es ¡demasiado pequeño! -dije yo.

No puedo entender ahora, con la perspectiva que da el paso del tiempo, cómo pude decir, eso, y aún peor, pensarlo. Supongo que sólo obedece a que nos había hecho creer que nuestro hijo era un niño de tres años y “eso” era lo que esperábamos. La persona del Ministerio no logra entender, (porque Ania no traduce, gracias a Dios), qué nos pasa. Nos ve hablar pero no nos entiende. En un momento se nos vienen a la cabeza tonterías como que ya hemos dado toda la ropa de bebé y la cuna, cómo organizarnos... pero sólo dura eso, un momento...

Nos preocupa mucho cómo estará de salud, siendo tan pequeño, pues no podremos al verlo intuir su estado mental, físico y psíquico, cómo sabremos si andará, si hablará, si tendrá que comer comida especial o vomitará todo lo que come con eso que le pasa en la barriga... pero decidimos preguntarle si lo podemos ir a ver. Y cuándo.

- Ahora mismo si queréis. Está en el orfanato “Casa de Niños nº 2” de Djerjinsk (no entendimos el nombre, claro) a media hora en coche de aquí. Si queréis, preparo la autorización y los documentos para que podáis ir, entrevistaros primero con el médico, ver al niño y así tomar una decisión.

- Queremos ir ahora mismo si es posible. Y Muchísimas gracias por atendernos a pesar de no tener cita.

Decimos diez veces “bolshoi spasiva”, muchas gracias en ruso, al despedirnos...

Y ya de pié:

- Ah, perdona, Ania, pregúntale cómo se llama el niño.

- Se llama VADIM.

Una funcionaria del Ministerio cuyo nombre no puedo recordar porque nunca lo supe, eligió a tu hijo, Natalia, entre muchos otros, para que fuese mi hijo. Es como una lotería. Alguien selecciona la bola que se le antoja de entre muchas y esa bola es la tuya. ¿Por qué eligió a tu hijo? ¿Qué criterios tuvo en cuenta para pensar que éramos una familia adecuada para él, precisamente para él y no para los niños que debía

haber “atrapados” en las otras carpetas que volvieron a la estantería? ¿Dónde están hoy esos niños que podían haber sido nuestros si la señora de la rebeca lo hubiera querido? Muchas veces nos hemos hecho esa pregunta, ¿por qué lo eligió a Él?, y no tiene respuesta. Y se hace más duro aún pensar, ¿dónde estaría Vadim ahora, si la señora de la rebeca hubiera elegido a otro y el nuestro hubiera vuelto a la estantería?

Recuerdo perfectamente la cara y los labios de la responsable del Ministerio diciendo “V-a-d-i-m”. Yo jamás había oído ese nombre. Salvo el apellido del actor Roger Vadim. Me parecía raro, pero no feo. A Alfonso enseguida le gustó ese nombre. Y repetía “Vadim” una y otra vez:

- Así, sin diminutivos, ni tonterías. Vadim es un nombre bonito, me decía. Por mí se lo dejamos tal cual. ¿No es ruso el niño? Pues ya está, Vadim, un nombre ruso. Es SU nombre, dijo, enfatizando el SU, a mí me gustaría que lo conservase...

Bajando las escaleras del Ministerio, poniéndonos las bufandas y los abrigos en la planta baja, ya íbamos haciendo a ese niño desconocido un poquito nuestro. Nuestra mente no quería decidir hasta hablar con el médico, ver al niño y tener cierta garantía de que el niño estaba más o menos sano... pero nuestro corazón iba abriendo la puerta a ese nombre sin rostro, Vadim, y sin quererlo, ya hablábamos de que si no tiene algo muy grave, bueno, podemos operarlo en España quizás, las niñas nos ayudarán mucho a estimularlo, si vomitará todo lo que coma o se alimentará por sonda, si

esto, si lo otro, ...en el fondo, estábamos ya asumiendo que Vadim sería nuestro hijo y lo empezábamos a querer estuviera como estuviera de salud, sin ver su cara... como en un embarazo cuando avanzan los meses, pero nos decíamos que no, que aún no podíamos decidir y que debíamos conservar fría la mente, el corazón acorazado, y ver las cosas claras con el médico... y a la vez, con frases cruzadas, seguíamos hablando de cunas, de la habitación, de la edad que se lleva con las niñas, otra vez de su nombre...

Peldaño a peldaño de las escaleras al abandonar el Ministerio, tu hijo iba siendo un poquito nuestro...

Al salir del Ministerio, Berta y Ramón nos cuentan emocionados en la calle, que les han asignado una niña de 14 meses, que la llamarán Berta, aunque ahora se llama Valentina. Ramón ya ha visto una foto en el dossier (nosotros no vimos foto) y dice que se le ha quedado clavada en la retina; Valentina tiene la cara muy redonda, como yo, nos dice... también tiene problemas de salud, aparentemente es normal, pero tuvo hace meses unas extrañas convulsiones con fiebre muy alta y no se saben las consecuencias. Puede ser incluso isquemia cerebral... Está en un orfanato a doscientos kilómetros y van a verla. Nos separamos. Cada uno a su orfanato. Cada uno con la angustia de que su niño no está sano...

Media hora de Serguei conduciendo hasta Derzhinsk y música rusa, melancólica, de cantautor... En el coche, tomamos la decisión de fiarnos del médico del orfanato... Si él nos ofrece confianza en que la vida

del niño no será demasiado difícil, pues nos liaremos la manta a la cabeza, y no consultaremos con nadie, ni le haremos ninguna prueba médica, tal como está permitido y muchas parejas hacen. No sabes nunca cómo vas a reaccionar en decisiones tan importantes, que cambiarán tanto tu vida... Nosotros tomamos esa decisión. ¡Bendita decisión alocada!

Cuando ahora le veo correr por mi casa, bruto, golfo, sonriente, dando pelotazos por las paredes y escapándose para evitar el castigo en el rincón... dándome abrazos con mocos y chocolate en las mejillas, para que le perdone... llamándome “mami”, me parece mentira que un día pudiésemos dudar si aceptar a ese hijo o no... Cuando veo que nos quiere con locura a todos, y tantísimo como le queremos nosotros...

Nos recibe el director de la Casa de Niños nº 2 de Djerzhinsk, que a su vez es el médico. En su despacho, un sencillo mobiliario moderno, “pasadísimo de moda”, de melamina negra y un ordenador, Mijail G. y su jersey cuello redondo gris marengo con “pelitos” blancos, pantalón gastado y zapatos de punta redonda y suela de goma con cordones, que habían recorrido muchos kilómetros de estepa, daban toda la pinta de un trabajador cualquiera de cualquier país del Este. Era el look pre-perestroika ciento por ciento.

Esta vez, no es Ania, sino la otra chica que vino en el tren desde Moscú, Júlia, quien nos acompaña y es ella la que traduce. Ania tiene look del Este, como el

médico, y Júlia, todo lo contrario, súper fashion occidental. Y se las da de estar a la última en todo.

El médico nos lee los antecedentes que saben del padre y de ti. Nos dice que eres dependienta, soltera, de la Provincia de Ivánovo, de la ciudad de Puchezh, dice hasta la calle y el número de tu casa; Dice que Vadim llegó al mundo el 13 de octubre anterior, en tu tercer embarazo, y que nació con una malformación de la pared umbilical, mejor dicho, sin pared umbilical, y que al rato de nacer “salieron fuera el intestino grueso y el fino”, fue “transfundido con varias sangres”, que fue sometido a una operación de “reconstrucción plástica”... “o... gástrica”, dice Julia dudando de las palabras que escoge al traducir, y sigue, que después de “volver a poner las cosas en su lugar correcto” ahora, transcurridos cinco meses, se halla en “fase de compensación”...

Todo asustaba mucho y yo no entendía nada... Me desvanecí sobre la negra mesa plastificada de Mijail... No perdí el conocimiento del todo, aunque mejor hubiera sido... Ella seguía cada vez más insegura: “En los controles siguientes, las pruebas detectan que un riñón está desplazado de su sitio y no funciona”... “La... (Júlia no encuentra la palabra en español y calla un rato para pensarla)... vejiga”, creo que es vejiga, tiene “una forma rara”... los músculos de las piernas están “muy blandos” y “los de la barriga nuevos también”

De repente, un dedo del doctor-director cae sobre una tecla del ordenador, y aparece en la pantalla la foto de medio cuerpo de un niño con aspecto de

recién nacido llorando fuerte con expresión de mucho sufrimiento. Esa es la primera imagen que vi de tu bebé, de mi bebé; una foto de cuando entró en el orfanato y era un bebé de nadie. Un rápido clic, y la foto desapareció sustituida por otra del bebé de cuerpo entero; una foto terrible, con la ropita abierta, estirado sobre una tela de flores, mostrando una cicatriz enorme en su barriga recién cosida, aún morada y roja. La imagen, si la ve cualquiera, sólo puede inspirar un ¡oh pobrecito!, un ¡madre mía, la criatura!, o cosas así. La primera imagen de su hijo que una madre espera recibir en sus ojos desde luego no es esa... No dijimos nada. La impresión se tragó nuestras palabras.

El médico sigue la cicatriz en la foto de la pantalla con un bolígrafo y parece que explica algo de la operación. Julia empieza a hablar con el médico y no traduce nada de lo que él dice...

Alfonso y yo respirábamos con escalofríos y sudores al mismo tiempo...

Instamos a Júlia para que nos traduzca todo, le tenemos que recordar que ese es su trabajo, que no le pregunte nada al médico sin que nos lo traduzca inmediatamente... estábamos muy nerviosos...

Como Júlia se atasca en los términos médicos constantemente y no es capaz de ir siguiendo el hilo... le pido que pare.

Miré al médico y le pedí en mi escasísimo, casi nulo, ruso (que por milagro -si hay Dios, seguro que ese fue un milagrito con el que me obsequió- se hizo fluido y extenso en lo más necesario por unos momentos,

momentos cruciales de mi vida) pedí, digo, que por favor me mirase a los ojos, y sólo contestara a mis preguntas con un SI o un NO claro y rotundo, de modo que yo le podría entender sin la intervención de nadie. Y le hice entender como pude que yo sólo me fiaría de su palabra... Se lo pedí por favor. Le pregunté a lo película de indios del Far West:

- ¿Vadim, grande problema?

- Niet.

- ¿Vadim pequeño problema?

- Da (sí).

- ¿Vadim problema cabeza?

- Niet.

- ¿Vadim comer correcto?

- ¡Kanieshna, Da! (¡claro que sí!) Mientras sonreía levísimamente, hizo un gesto de que ese niño comía bien y mucho, llevándose la mano a su barriga.

Gesticulé con mímica preguntando si vomitaba. Es decir,

- ¿Vadim, frecuente, (y dos dedos juntos dentro de la boca abierta)?

- Niet. Casi ofendido por la insistencia, explicó a la traductora y gesticulando él también, que el niño no tenía problemas de estómago.

- No está mal su estómago, -interviene Júlia- dice el doctor que sólo el abdomen, el músculo de la barriga que tenía un agujero grande en el ombligo y han tomado una loncha, creo que de su propio cuerpo para cerrar ese agujero.

Así traducía Júlia las cuestiones médicas mientras su móvil no paraba de sonarle en un bolsillo...

- Niet problema, niet problema en su estómago
-me decían el doctor pre-perestroiko y la moderna Júlia.

Alfonso me dijo que preguntara si creía que caminaría bien ese niño al crecer. Yo alcancé a hacerle el gesto de caminar con los dos dedos, índice y corazón, sobre la mesa, y dije en ruso:

- ¿cuando Vadim grande? más el gesto de los dedos y luego ¿problema?

Resopló... Aquel director de orfanato con aspecto de obrero de los astilleros de Gdansk me hizo saber entre sencillas palabras, gestos y un poco de traducción, que en su opinión Vadim podría necesitar llevar una faja durante unos cuantos meses, o un año, o quizás dos, especialmente cuando empezase a ponerse en pié y caminar, para no forzar toda la reconstrucción que le han hecho en el abdomen. Y que los problemas posibles en el futuro eran las hernias, porque su abdomen podía no aguantar y saltar alguna costura; puede que entonces volvieran a salir los intestinos fuera y eso sería grave... Pero que también era posible que las costuras funcionasen y no necesitase más cirugía nunca. Él creía que las hernias eran una probabilidad bastante cierta al ir creciendo el niño... pero estimaba que podría crecer bien, caminar bien y llevar una vida normal, salvo el peligro de las hernias y de que entonces el intestino vuelva a salir de su sitio. Insistió mucho en que había que seguir los controles en España, pues allí, en Rusia, el Estado se había preocupado muchísimo del niño, quería convencernos de que pasaba muchos controles -no lo dudo, vista la documentación que ahora tengo de allí-, y nosotros

debíamos seguir controlándolo mucho, no sólo su barriga, sino sus riñones.

- Ahora sólo funciona el riñón izquierdo -decía-, pero no tiene problemas para orinar y su orina es normal... pero hay que revisar con el urólogo dentro de poco...

Antes de esto, mientras estaba yo medio desvanecida bebiendo un poco de agua, el médico-director había hecho, en un inciso, una llamada de teléfono cuyo contenido, claro está, nadie nos contó. Con el tiempo, creo ahora que aquél día el Dr. Mijail G. avisó para que fuesen a buscar al niño y lo trajeran a su despacho en unos minutos. Habíamos advertido que no queríamos ver al niño hasta que hablásemos con el médico y tuviéramos claro que lo queríamos conocer, pues si no éramos capaces de asumir sus enfermedades, era mejor no conocerlo y nos marcharíamos a España sin verlo. Ni a él ni a ninguno más. O el que nos toca, o ninguno. Nos habíamos jurado a nosotros mismos que nunca elegiríamos al que habría de ser nuestro hijo, pues eso supone rechazar a otros niños. Conoceríamos los datos del que nos asignasen y decidiríamos si seguir adelante o no en función de que su salud no estuviera seriamente comprometida. Y la decisión la tomaríamos sin verlo, para no hacernos daño. Si lo íbamos a rechazar, mejor ni ver su cara... Yo no podría vivir el resto de mi vida recordando a ese niño que tuve en brazos y al que rechacé.

Ya nos habían “colocado”, sin avisar, esas fotos en el ordenador ante nuestra mirada, para explicarnos la operación, pero no le queríamos conocer “en directo”...

Después de todas esas explicaciones, ni Alfonso ni yo habíamos tenido tiempo de pensar siquiera dos o tres minutos sobre una decisión tan importante... El corazón me ahogaba...

Y de repente, le vimos...

Lo hicieron “a traición”, pero ahora sé que lo hicieron bien.

La puerta del despacho se abrió y una enfermera gorda, de bata blanca, sesentona, tetuda y sonriente, con un diente de oro, igualita, igualita que la camarera del disco “Breakfast in América” de Supertramp, llevaba entre sus brazos un envoltorio de mantas enroscadas del que asomaba una cabecita minúscula y un gorrito blanco con dos orejitas de tela. Para Alfonso fue de verdad un flechazo instantáneo. Los dos dijimos:

- ¡Qué pequeñito, madre mía, qué pequeñito es!

No logro recordar lo que pensé... mi cerebro se paró. Era blanco como el mármol, sin cejas ni pestañas, casi sin pelo... Dos ojos de chino, bien abiertos... El niño sólo miró a Alfonso, curioso, y el cielo quiso que dejara de ser bebé de nadie...

Alfonso le acercó la mano... el niño sacó de entre las mantas que le mantenían semi-momificado, una manita diminuta y cogió con todos sus dedos, un

solo dedo de Alfonso, clavó su mirada inocente en su cara y le sonrió, dulce y limpio... Alfonso se giró para mirarme a mí, y la pequeña cabecita le siguió con la mirada. Su nuevo papá se puso a llorar...

- ¡Jo---! -dijo en voz muy baja- Creo que este tío se va a venir conmigo a Torredembarra. ¿Cómo lo vamos a dejar aquí? -mientras disimulaba como si mirase por la ventana y se secaba las mejillas con el revés de la mano y el puño del jersey.

El médico indicó a la camarera de Supertramp que desnudara al bebé sobre la mesa de melamina negra del despacho y nos exhibió a tu hijo, desnudo, tocó su sexo, creo que quería que viéramos que ya tenía los testículos dentro de la bolsa del escroto, movió sus esculpidas piernas flexionándolas y estirándolas varias veces, presionó la cicatriz de la barriga, dio la vuelta al niño forzándolo para que levantase la cabeza como las lagartijas, aguantando con sus brazos el peso de medio cuerpo, despegando el pecho de la mesa... Parecía que quisiera convencernos (y le agradezco la intención) de que lo que nos ofrecía era buena cosa... y que el chaval estaba bastante recuperado... Pero sentí entonces una sensación muy desagradable, me parecía indigno que se expusiera a ese bebé como una mercancía a un comprador, como se abren los dientes de un caballo en la feria...

Le pedimos que lo tapara, que no lo molestase más... Reconozco sin embargo que nos tranquilizó muchísimo ver la notable diferencia que había entre el niño de la foto del ordenador y el niño real que teníamos delante, especialmente la cicatriz de la foto y

la que veíamos en el cuerpo del niño... Nos habíamos pensado antes, al ver su imagen en el ordenador, que esas fotos eran del niño en esos momentos, pero sin duda debían ser de hacía algún tiempo, pues la cicatriz que ahora veíamos en su barriga, al natural, ya no era tan grande ni supuraba, ni estaba morada, gorda como la de la foto, sino sólo un poco rosada con puntos negros, y el niño tenía mucho mejor aspecto... Era un renacuajo, una cabeza “grande” en relación con un cuerpo muy pequeño, pero un renacuajo precioso... Nuestro pequeño renacuajo...

En un momento en que no miraba nadie, la enfermera, o cuidadora, o lo que fuese, la del diente de oro y enormes pechos, me agarró del brazo y me dijo al oído en voz muy baja en ruso: “No problema, niño bueno, es muy bueno, muy bueno...” y sus ojos se volvieron brillantes por un momento mientras volvía a enrollar a Vadim en la manta.

En un rinconcito de mi corazón está para siempre guardado el buen recuerdo y el agradecimiento a esas palabras que tanto necesitábamos. Y a esa buena persona que nos quiso ayudar. Eso nos valió tanto como un scanner. En el mundo, aún hay un montón de buena gente.

Pasamos a una sala de visitas.

Estuvimos una hora y media con ese bebé en una sala grande que debía ser la sala principal de la Casa de Niños nº 2. Un piano en un extremo con un enorme perro de peluche polvoriento sobre las teclas, un sofá al otro extremo y muchas sillas pequeñas de

madera decoradas en rojo y negro, como las matrioskas, con florecitas y dorados, arrimadas alrededor de la pared. Tomábamos por primera vez a tu hijo en brazos, ahora yo, ahora Alfonso, lo poníamos sobre el sofá sentadito como un señor... pero se caía hacia los lados... No puede aguantar el peso de su cabeza... Tiene casi seis meses, pero parece un bebé de dos. No para de mirarnos y de sonreír. Nos sorprende tanta alegría en su cara. Le sonrío y me contesta con una sonrisa mayor. Le miro serio, se pone serio... Le vuelvo a sonreír y se ríe otra vez. Me escondo detrás de su manta, yo en el suelo, él en el sofá en posición de lagarto. Se queda atento... Cuando vuelve a ver mi cara, se rie... No parece un niño afligido... ni tiene aspecto de sufrir... Aplaudo detrás de su cabeza para comprobar si oye, y se asusta e intenta girarse hacia el ruido... No me gusta reconocerlo, pero yo también le estaba examinando, como los ganaderos comprueban las dentaduras de las bestias... Quería que fuera mi hijo con toda mi alma, pero aún no le sentía como mío. Le pongo un chupete que me han dado y lo chupa tan a gusto; se lo quito, y no llora; me mira y me sonrío otra vez... Me dan ganas de repente de besarlo; le beso. Se derrite en una tierna sonrisa que me dedica especialmente a mí. Le huelo. No huele a mi casa, a mi piel, a mis cosas. Huele extraño. Le aprieto contra mí... pobrecito, se deja hacer todo lo que queremos... Sólo obtenemos de él sonrisa tras sonrisa... ningún mal gesto de incomodidad o enfado.

Estamos solos en la sala, con Júlia, que nos “vigila” desde una esquina, sentada en una de esas sillitas infantiles, indiferente, absorta en el manejo

febril y casi adolescente de su teléfono móvil, un lujo que la mayoría de sus compatriotas no poseen y que parece la hace disfrutar en extremo.

Sacamos la máquina para hacerle fotos... Júlia nos detiene... Antes hay que firmar unos papeles, nos dijo... Y sin pensar nada, ni blanco ni negro, ni bueno ni malo, ni preguntar ¿qué papeles?, firmamos unos cuantos papelitos con unos cuantos sellos... No sabemos qué dicen ni lo preguntamos. Firmamos y punto.

Y le hicimos fotos, y nos hicimos fotos con él... Y le filmamos en vídeo para que lo vieran las niñas y toda la familia...

Le llevaba en brazos. Andando por la sala con él me vi reflejada en el espejo que cubría toda la pared de un lado. Sonreí, le vi guapo..., y un poquito mío. Él miraba el espejo muy sorprendido de verse, con un pijama verde y rosa y unos calcetines de recién nacido que se caían de sus mini-piés, que colgaban en aquellas piernas como sin vida. Las piernas eran exageradamente pequeñas... Su cabeza pesaba mucho para él y no la podía ni sujetar... se le caía para atrás continuamente.

Lo mirábamos. ¡Qué ojos tan rasgados! Es calvo, porque se le debe haber caído el pelo con el que nació, aunque le queda un resto de melenita castaña en la nuca... pero la pelusa nueva que le sale es más clara que el pelo de la nuca... Parece “Chiquito de la Calzada”. Nos reímos... Está tan blanco que se le transparentan las venas en la cabeza; una muy grande

pasa por su sien... No tiene pinta de haber salido a paseo, al solecito, nunca...

Le doy unos juguetes que me han dejado sobre el sofá. (yo había traído de España un coche de bomberos envuelto de regalo en papel infantil para cuando me presentasen a ese niño de dos o tres años que yo esperaba encontrar; el paquete se lo entregué al Director como me indicaron hiciera... Abrió un armario del despacho y metió el paquete dentro. Cerró la puerta de ese armario y nunca más se supo de aquellos bomberos en su coche...)

Camino por la sala del orfanato con tu hijo en mis brazos.

Mi cabeza va y viene de la alegría de sentir a ese pequeño indefenso en mis brazos, que quiero que sea mío, y la desconfianza, el recelo y el miedo a embarcarme en una historia de enfermedad y padecimientos que marque no sólo mi vida sino la vida de mis hijas... ¿Será un niño normal? ¿Y si se me muere? No puedo dejar de mirarlo. Alfonso lo toma en brazos y bromea, le llama Yuri Gagarin y le dice que será cosmonauta, porque los rusos no son astronautas, sino cosmonautas... Lo encuentra “bastante majo”. Supongo que era un incipiente amor de padre que empezaba a dar sus frutos sobre ese pequeño extraño...

Lo que sí te aseguro, Natalia, es que tu hijo no pareció sentir desconfianza alguna hacia nosotros; muchas cosas me podría reprochar a mí misma, a cómo reaccioné, pero a él desde luego no. Fue un auténtico angelito. Ese chiquitín peloncete y achinado,

convaleciente aún, sonreía a un par de atontolinados extranjeros que no paraban de sobetearle, de marearle, de darle besitos, de hablarle sabiendo que es otro idioma muy distinto el que oye cada día...

Siento ganas de acunarle, camino y camino por la habitación moviéndole como lo hacía con mis hijas cuando eran bebés, meciéndole un poquito con los brazos. Le aprieto contra mí hasta que su mejilla escucha mi corazón... Me sonrío y cierra los ojos tranquilo, relajado. Sigo caminando... Canturreo un poquito, muy bajo, porque Júlia está en la habitación y me da vergüenza. Se ha quedado dormido.

Entra una bata blanca y flaca y se lo lleva... Le beso... Le prometemos que vendremos a buscarlo en cuanto nos dejen...

Se va mi hijo en brazos de alguien que no conozco...

Era el uno de abril de 2002. Cuando te escribo estas líneas justo es día uno de abril de 2005. Tu hijo tiene tres años y medio. Le he acompañado esta mañana al colegio, con su hermana Marina, que ya tiene seis y medio. Carlota tiene doce y ya va sola. Alfonso les ha recogido por la tarde y han visto un vídeo de Shrek mientras merendaban pan con Nocilla; han jugado en la terraza un poquito, aprovechando los primeros días de primavera después de un invierno muy frío. Se han cansado de jugar y los dos pequeños de la casa han llegado hasta mi despacho, están peleándose a mi alrededor, riendo, tocándome los bolígrafos y papeles, se me echan encima del ordenador, no puedo seguir

escribiendo...Es imposible. Esa es la dulce rutina de mi felicidad cotidiana... Parte de esa felicidad, a ti te la debo, Natalia. No lo olvidaré.

Antes de abandonar la sala, ya vacía, sin el bebé, aprovechando un despiste de Júlia, que seguía enfrascada en su maravilloso teléfono celular, miré la mesita que había junto a ella con el expediente del bebé encima. No lo pensé dos veces: estiré rápido varias hojitas, como de medio folio, de entre todos los papeles que había en ese expediente. Los metí corriendo en mi bolso. Pensé que en España los haría traducir y a lo mejor, me enteraba de algo más. Habíamos pedido que nos entregasen antes de irnos un informe completo del niño, para tener por escrito el diagnóstico de todo lo que tiene, pero como no nos dijeron si nos lo entregarían o no, pues por si acaso, nos llevamos esas hojitas, que no sabíamos si se referirían a algo médico o a un trámite administrativo, como un traslado de hospital a orfanato, o algo así. Taquicardia súbita y sofocón mientras mi mano estira los papeles y los traslada al bolso, pero la del móvil no me vio. Nos hacen esperar unos minutos y firmamos algo más, mientras nos entregan dos folios con no muchas líneas, bien separadas, escritas en cada uno, y en el margen superior un sello. Leo fácilmente:

“Dom Ribionka Namer 2” (Casa de Niños nº 2)
y la dirección.

Debajo:

S-----v, Vadim Nicolaievich, una fecha, 13 de octubre de 2001, que es la de su nacimiento.

“Mater”: (madre): S-----va, Natalia Nicolaevna, y el año 74, de su nacimiento.

“Atiedz”: (padre): ---- no consta.

Y diez o doce líneas más en cada uno de los dos folios, que ya no entiendo.

Pido si nos las traducen y me dicen que no es posible, pero que ese es el informe del niño, que contiene todo lo que hay que saber, y copia de lo que hemos firmado como candidatos a la adopción de ese niño concreto. Logro ver que efectivamente aparecen nuestros nombres con caracteres cirílicos pero, a priori, no entiendo nada más. También lo metemos en el bolso. Nos vamos.

La puerta metálica del orfanato se cierra. Mi hijo se queda dentro.

Nuestros pasos caminan en el silencio de aquél callejón desierto, se hunden en el barro, bajo un cielo gris plomo, llevando nuestros cuerpos sin cabeza (está aún al otro lado de la puerta) hacia el coche de Serguei, que nos espera al volante.

Un nudo en la garganta. Volvemos la vista atrás, para ver la puerta cerrada.

- ¡Adiós, cariño! ¡Hasta pronto! -decimos muy bajito, para que el mensaje le llegue sólo a él directo a su corazón, sin que nadie más se entere...

No lloramos... Los ojos se quedan clavados en esa puerta cerrada que se aleja de nosotros cuando el coche arranca.

Casa de Niños nº 2, así reza el cartel de la puerta metálica. Mi niño estará durmiendo...

Serguei, que debe estar acostumbrado a llevar a otros españoles en parecida situación, y hecho ya a que no le digan ni palabra, no por nada, sino por la dificultad del idioma, saca su cassette de éxitos de Alejandro Sanz, supongo para aliviar la tensión, y nos mira sonriente por el retrovisor... Lo siento por él, pero no le hicimos ni caso... Julia y su telefonillo en permanente actividad iban en el asiento del copiloto.

Por primera vez pensé en ti. Sí, esa fue la primera vez. En el coche de Serguei. Me repetí el nombre que acababa de saber... Natalia Nicolaevna S--va. Su mamá se llama Natalia... me decía yo, mientras miraba por la ventanilla del coche. No es una adolescente poco cauta como me pensaba... Natalia... Y nació en junio de 1974, así que ha sido madre con 27 años... Y dicen que es dependienta... Natalia... pero no debe tener trabajo. Y es soltera... ¿Qué le habrá pasado? Recuerdo que nos han dicho: Ojos grises, el padre y la madre... claro... como los del niño, pienso... Ha salido a ellos (luego comprobé que la inmensa mayoría de la población de allí los tenía también grises...) Natalia... es un nombre bonito. ¿Qué le habrá sucedido a esa chica para no quedarse con su bebé? ¿Qué te ha pasado, Natalia? Me acababa de costar tanto dejar a ese pequeño desconocido al otro lado de la puerta metálica de la Casa de Niños, que me resultaba muy difícil imaginar cómo su madre, después de llevarlo consigo todo el embarazo, lo había

abandonado. No, la palabra no es abandono, me decía; nunca Esperanza uses esa palabra maldita; Natalia en realidad no lo ha abandonado; ella lo ha entregado a las autoridades, que no es lo mismo; no lo ha dejado a su suerte tirado en una calle, o en un container... ella ha querido que viva, pues lo ha gestado y parido, ha ido a un hospital, para que nazca bien cuidado, y sin secretos, ha dicho quién era ella, y después lo ha entregado, a quien puede ocuparse de encontrarle una familia... No, nunca jamás pensaré que eres mala, Natalia; como mínimo sé que eres responsable, pensé.

Cuando el coche llegó de vuelta a Nizhny Novgorod y se paró delante de nuestro hotel, ya te tuteaba, porque Natalia era ya una parte muy importante en mi sueño que se estaba cumpliendo. Miré al infinito buscando un lugar donde pudieras escucharme sólo con el pensamiento y por primera vez te di las gracias. Desde entonces hasta hoy y hasta siempre, te llevaré conmigo. Más allá de mi propia vida, si es que voy a alguna parte. ¡Te siento tan cercana! Le miro a él y mi mente te habla. Tengo necesidad a menudo de explicarte lo que hace... Y le hablo de tí. La mami Natalia, le digo, te llevó dentro de su barriga... para que salieras así de guapo... Sí, quizás yo esté loca... puede que sí... pero como no lo voy pregonando... pues no pasa nada... Si algún día la suerte permite que nos conozcamos, no seremos extrañas, espero que no. Y si yo no llego, al menos sí deseo que él pueda abrazarte un día y nunca más haya distancia entre vosotros. Tú formas parte de él y él de ti.

Y esa fue también la primera vez, al volver del orfanato, en que empecé a escribirte cartas imaginarias. Cartas que podrían intentar llegar a su destinataria. Casi todos los días, desde entonces, le doy vueltas a lo mismo: Si tengo tu dirección, ¿Podría escribirte? ¿Qué pasaría entonces?

¿Qué pasaría si Esperanza le enviase una carta a Natalia?

¿Ella contestaría?

Hasta ahora el miedo es lo único que me frena. No el miedo a ti, sino a hacer algo que no sé si está permitido. Y que tal vez pudiera perjudicar al niño. Pero un día lo haré. Cuando entienda que él está totalmente a salvo... Sé que lo haré. Más pronto o más tarde recibirás mis cartas...

XII. Volvemos sin él

Hotel Central. Nizhny Novgorod. Tarde del 1 de abril de 2002.

Hemos llegado al Hotel, y sólo pensamos en el niño que acabamos de conocer en Djerzhinsk, en el Orfanato número 2. Vadim Nicolaievich, un bebé que cumplirá seis meses dentro de unos días... Nuestro bebé... Es un impacto muy fuerte.

Cuando una madre está embarazada, sabe que, llegada una fecha aproximada, tendrá un bebé, puede calcular más o menos el tamaño, y hasta aventurarse un aspecto, puede ponerle un nombre. Sabe por la experiencia de todas las parteras recientes y no recientes que gustan tantísimo de explicar su experiencia, cómo se comportará su bebé recién nacido, y aún así, el nacimiento del bebé esperado siempre es una sorpresa... el recién nacido nunca tiene la cara que habíamos imaginado, ni se comporta conforme a lo previsto...

Pero ir a la asignación de un hijo adoptivo, cruzando tierras y lenguas, dominando con esfuerzo un difícil triángulo de ilusiones, temores y desconfianzas, te aseguro que es un impacto considerable... un impacto bestial...

Cuando esta mañana nos hemos despertado en el Hotel Central para ir a la asignación al Ministerio, sin saber con seguridad si ni siquiera nos asignarían a alguien, pensábamos e imaginábamos, si a caso, a un niño que nos llegase por la cintura, que hablase ya un

poco (aunque no le entendiéramos) y que nos lo llevaríamos de la mano a pasear por un parque cercano al Orfanato... Yo incluso llevaba apuntadas en una libreta frases en ruso que podría utilizar para relacionarme con él: "Eres muy guapo", "Qué grande estás", "¿Quieres ir a pasear al parque con nosotros?", "En una casita, muy lejos, tenemos dos niñas que jugarán contigo y serán tus hermanas", más otras tonterías parecidas. Las parteras han ido a clases de preparación al parto, y tampoco les sirven para nada o casi nada en el momento de dar a luz. Les sirven, como a mí las frases, para ir haciendo el camino más corto, para sentirte más cerca del final.

Imaginaba al niño en la primera visita, arisco, temeroso, negándome el beso, o dándomelo siguiendo órdenes de alguien, asustado de ver a unos desconocidos intentando ganar su confianza...

De vuelta al Hotel, a mediodía, sólo unas pocas horas después, la realidad ha sido bien diferente: No hay parque a donde llevar a los niños en Djerzhinsk, pues los niños no salen jamás del Orfanato, que es un piso en los bajos de un edificio con un pequeño patio posterior donde cuelgan para secarse, montañas de trozos de tela con aspecto de balletas (quizás los pañales de los niños). El niño asignado no nos llega por la cintura, creo que casi ni a la rodilla... No anda, claro, (incluso puede tener problemas para andar en el futuro aunque al estar con él nos hemos querido convencer de que no los tendrá); no habla, obvio también, y no ha estado con nosotros nada temeroso, sino juerguista y cariñoso hasta hacernos derretir de gusto... Es un bebé muy pequeñito y que está enfermo. Nunca hubiésemos

sido capaces de imaginarlo así... Tiene pinta de chino, pero con pelusa rubia asomando en su espléndida calva... No, nunca me hubiese imaginado ese día así, ni ese niño así... Qué “parto” tan difícil... Qué parto tan bonito...

- ¡Tenemos un bebé! Sí, ¡Tenemos un bebé! (más bien sorprendidos que eufóricos), nos decimos uno al otro al cerrar la puerta de la habitación del Hotel Central de Nizhny Novgorod.

Estamos contentos, asombrados y asustados a la vez...

Nos estiramos en la cama y mientras hablamos mirando al techo, siguiendo con la vista las columnas de flores del papel pintado de las paredes, vamos asumiendo una paternidad que nos ha casi desbordado emocionalmente... Vaya... ¡un bebé! Momentos de alegría se aplastan bajo silencios cargados de pensamientos negros...

Vamos viendo las ventajas y los inconvenientes de la nueva situación que se nos ha planteado. Esperábamos un niño y nos han asignado un bebé... pero está enfermo...Tenemos miedo por su salud, por imponerles una carga a nuestras hijas...

Miro los papeles que he “robado” del expediente en el orfanato. En uno había dibujado un logotipo de un cráneo en sección de perfil en el margen izquierdo. Parecía una prueba médica. En otro, la hoz y

el martillo y muchos números y fechas... En otro, un membrete desconocido.

Allí, tendidos en la cama, nos vamos convenciendo el uno al otro de que el niño no tenía aspecto de sufrir, aunque es cierto que estaba demasiado pequeño. Las piernas tan menudas debe ser por no haber podido moverlas a consecuencia de estar quieto mucho tiempo tras la operación, nos decimos... ¡Estaba tan contento con nosotros! Nunca me imaginé en mi vida un bebé de orfanato tan alegre. No puede ser cosa grave lo que tiene, pues si fuese grave, estaría sufriendo y no se mostraría tan contento... Le llevaré el vídeo al pediatra de las niñas para que lo vea. Traduciremos esos papeles... y así seguimos, hablando y dudando, pensando entre las cuatro paredes de aquella habitación de hotel... Asumiendo la realidad que nos ha tocado vivir, la realidad de Vadim, que era tan distinta a la que esperábamos...

Alfonso saltó de la cama y dijo:

- Se acabó de darle vueltas al asunto. Vamos a ducharnos, a arreglarnos, y nos iremos a comer a un buen restaurante a celebrar que ya tenemos hijo.

En el “Salón de Michel” vivimos momentos tiernos de felicidad como pareja, que nunca olvidaremos... En un salón verde oscuro, estilo centroeuropa, una mesa pequeña, junto al ventanal, raviolis de caviar y besos viendo pasar madres y bebés rusos por la calle principal...

Por la tarde de ese mismo día tan intenso en que hemos conocido a Vadim, prisas, nervios y maletas

suben al tren para pasar la noche en vela y llegar a Moscú a las 5 de la mañana del día siguiente...

Moscú.

El tren se detiene en Moscú. Final del trayecto. Júlia se despide. Se va a ir a su casa a descansar y dice que debemos estar a las diez de la mañana en el Notario (el mismo ex diplomático al que ya habíamos ido nada más llegar a Moscú desde Barcelona). Nos quedamos solos con nuestras maletas en un Moscú de frío endiablado, aún de noche, noche negra como el fondo de un pozo, en medio de una fortísima nevada... Todo cerrado. Todo absolutamente todo... Como no sabemos dónde ir, y a Júlia le importa un pimiento dejarnos tirados, cansados y cargados, de noche, en medio de la nevada en una ciudad desconocida, no se nos ocurre otra que pedirle al taxi que se llevaba a Júlia, que nos lleve después de dejarla a ella en su casa, a un hotel que vimos la otra vez junto al Kremlin, cuando fuimos al Notario. Si no se nos llega a ocurrir eso, nos hubiera dejado en esa pequeña estación de tren donde no hay hall, ni tiendas, ni bares abiertos, y sólo funcionan las vías del tren. Hay borrachos y mendigos acurrucados por los rincones. Pienso en lo durísimo que debe ser malvivir sin techo en estos países tan fríos... Los hoteles de cinco estrellas seguro que no cierran de noche... Entraremos chulos como si tal cosa, y directos a la cafetería a esperar a que amanezca, para no morir congelados en la calle...

Hotel “Rossiya” (Rusia): Un té cuesta 15 veces más que en Nizhny Novgorod. Pero con la nevada que está cayendo, y la noche oscura y gélida, sienta que ni te cuento... Me acaba pareciendo muy barato ese “chaí sajaram” (té con azúcar)... de unos 8 o 9 euros, no recuerdo, con derecho a techo, silla, iluminación y calor, aunque en Nizhny costaba sólo unos céntimos... Bebemos muy despacio esperando al menos a que amanezca.

Amanece y la nieve cae ya con menos mala leche... Nos aventuramos a salir del hotel.

Turismo al alba por el corazón de Moscú, fotos, risas, nadie en la Plaza Roja... Sólo Lenin que hoy, visto el tiempo que hace, tampoco piensa levantarse y sigue tendido tranquilamente en su mausoleo con su piel tersa, algo demacrada, eso sí, expuesta al público...

¡Qué bonito es Moscú! Rojo y nieve, amarillo y nieve, plateado de zinc y nieve, cúpulas doradas, cielo claro, fuentes heladas, aguas que quedaron prisioneras del frío, estatuas con nieve en sus hombros, murallas vermellón que emergen del blanco, puntas de la catedral multicolor, torres con relojes...

Ya no nos da vergüenza llevar gorros tipo Breznev, y nos reímos, y corremos para abrir pisadas en la nieve cogidos de la mano, y nos besamos, nos abrazamos, y nos filmamos para la posteridad...

A la hora señalada estábamos en nuestra nueva cita con la legalidad. Esperamos en la Notaría casi dos horas en una sala con muebles de los cincuenta, en estado acorde a los muchos años de servicio a la patria, para pasar a firmar la solicitud definitiva de adopción del ciudadano ruso menor de edad, S-----v, Vadim Nicolaievich, hijo de Nicolai y de Natalia, actualmente bajo tutela del Estado, con petición de juicio para ser acordada por los Tribunales, de conformidad con el Convenio de la Haya sobre Adopción Internacional, y con solicitud también de que, llegado el momento, se le sustituyan su nombre, su patronímico y su apellido por el nombre de elección de los adoptantes (Vadim-Nicolai) y los apellidos de éstos. Pensamos que sustituyendo su único nombre, Vadim, por el compuesto Vadim Nicolai, podría conservar no sólo su nombre sino también su patronímico. Nicolaievich, que pasará así a ser sólo Nicolai. Es todo lo más que podemos conservarle.

Durante la espera para la firma, pido a Júlia que nos traduzca lo que pone en aquel informe médico que nos dieron en el orfanato y que ella no nos pudo traducir entonces porque no tenía tiempo...

Ahora tampoco es que nos pueda dedicar mucho...

Va traduciendo, a trancas y barrancas, con pocas ganas y menos interés, mientras va y viene de la sala de espera donde estamos, a otra sala con empleados, con los que charla distendida, se ríe y hace gestos que acompañan a una narración de algo que debe ser sin duda muy divertido... Yo voy buscando palabras en un diccionario... y le voy preguntando otras, cada vez que

asoma su cabeza por nuestra estancia... “ventana abierta en el corazón”, “hipertensión intracraneal”, “*algo* en la retina de sus ojos”, y así, a trompicones, van saliendo cosas que nadie nos había comunicado antes y Julia se va poniendo roja y nerviosa... Nosotros mucho más nerviosos... Ella deja de reírse con los empleados de la sala vecina...

Discutimos con ella porque nos sentimos traicionados... No nos dijeron toda la verdad...

Nos intenta convencer Julia, con forzada sonrisa de camaradería, de que lo que pone en este informe y que no nos dijeron de palabra antes, lo “extra” que tiene el niño en definitiva, no es de importancia... que son pequeñas tonterías normales en los niños, que no sabe por qué nos preocupamos tanto...

¿Y cómo lo sabes tú, Júlia, le pregunto, cómo sabes que esas enfermedades no tienen importancia... tienes algún conocimiento médico? ¿lo intuyes? ¿acaso tienes tú hijos y tienen todas esas banalidades? A mi, desde luego, nunca el pediatra me ha dicho que mis hijas tuvieran esas “tonterías” ¿te ha dicho alguien a ti, Júlia, que esos diagnósticos no tienen importancia? ¿por qué no nos lo han dicho a nosotros, que vamos a ser sus padres, y sí, en cambio, te lo han dicho a ti, que no lo vas a volver a ver en tu vida? Le hubiera dado dos bofetones allí mismo, en la sala de espera de aquél Notario ex soviético bajo su foto en blanco y negro, bien encorbatado, en las Naciones Unidas, sentado tras el cartelito de CCCP, y después del bofetón, la hubiera dejado caer sobre uno de esos sillones vencidos a punto

de ser bajados a un container. Al container con ella encima... (Ahora pienso que ella no tenía tanta culpa, que sólo era una joven y novata empleada de la gran jefa Oxana de Moscú, y que trataba de trampear la situación con nosotros para que no se le fastidiase la adopción... y el negocio... Para ellos, notarios, traductores, guías, chóferes, hoteles, etc... mi adopción es un negocio... Si no nos convencen de que el niño está bien, es posible que nos echemos atrás, y no habrá más entradas de dinero por ese concepto en los bolsillos de cada eslabón de la cadena. Una cadena legal en la que año tras año van dejando dinero muchos adoptantes... Si con nosotros no concluye la adopción, correrá la voz en otras posibles parejas, que preferirán utilizar a otros mediadores, o ir a otros lugares...

Tenemos muchísimo miedo de que Vadim esté seriamente enfermo y que de verdad nos hayan engañado...

El avión sale dentro de cuatro horas, no tenemos tiempo de más discusiones. Ese revés inesperado nos ha hecho volver a dudar muy seriamente de si debemos quedarnos con el niño, o este es el punto en que, aunque duela mucho, hay que dar marcha atrás. Si damos marcha atrás, nunca nadie lo sustituirá. No habrá otro... Y me recorre el cuerpo una sensación muy, muy desagradable... Veo en la cara de Alfonso que por primera vez tiene serias dudas sobre seguir adelante con la adopción...

Lo único que se nos ocurre hacer es decirle a Julia que firmamos, pues ya no hay tiempo de nada, el Notario espera, y el avión se va, pero que

aguardaremos en España a recibir más información de cómo va evolucionando el niño y de cómo está ahora su corazón, si el agujero es auricular o ventricular (había aprendido eso cuando Berta y Ramón iban a ir a buscar a aquella niña del soplo en el corazón, sabía que una cosa era de escasa importancia, y otra era una dolencia grave... me lo explicó Ramón) y que queremos información de si su cerebro ahora está bien. Si no recibimos los informes, no volveremos nunca más por allí aunque hayamos firmado... Es duro reconocerlo, pero eso fue lo que dijimos...

Taxi y al aeropuerto. Lloro con una tristeza que me llega al centro mismo del alma. Quiero volver a por mi niño, pero no sé si eso es lo que debo hacer. No sé si podré asumir un hijo enfermo, y verle sufrir, o morir. ¿Debo quedármelo esté como esté? Si lo hubiera parido, me lo quedaría ¿no? Ni me lo plantearía... Me repito eso una y otra vez. Camino como un zombi por los pasillos del aeropuerto, no sé qué hacer... No quiero comer, ni beber, ni hacer pipi siquiera... Pienso que nos hemos metido en un tremendo lío y me gustaría desaparecer con un simple chasquido de mis dedos...

Yo ya tengo dos niñas preciosas...

La mujer de mi primo, que adoptó una niña siberiana, ya me advirtió que, en Rusia hacen constar, en los informes médicos, enormes padecimientos que la mayoría de las veces los niños no tienen. Y que por ejemplo, en una región concreta siempre ponen, en casi todos los informes de niños a adoptar, un término que

en España equivale a parálisis cerebral, pero que para ellos no es lo mismo... que debía tomarme los informes con cierta dosis de cautela pues los niños están mucho mejor de lo que se redacta en los informes... Sí, claro, pero y si te toca... Yo sé de una chica que le pusieron en el papel que su niño tenía enanismo, y el niño es efectivamente enano. Es muy guapo y ella lo adora, pero el diagnóstico era cierto, no una fantasía, le ha operado ya un montón de veces para estirarle los huesos...

El avión vuela, y vuelan mis amargas dudas por los cielos que vamos cruzando... Mi butaca va cargada de tristeza... Puede que mi sueño se acabe aquí; puede que se convierta en una pesadilla para siempre... Si no volviera a buscarlo... jamás me lo perdonaría...

¿Pero debo obligar a mis hijas a asumir un hermano que quizás esté muy enfermo? ¿Y si es cierto que los informes rusos son muy exagerados?

Lloro en mi asiento de la KLM, por encima de las nubes, hasta Barcelona. Dejo lágrimas en la escala en Holanda.

Vadim está en Djerzhinsk. Debe estar tranquilo, ajeno a todo. Le prometí que iría a buscarle. Aunque no me entendió, yo sé que se lo prometí... Lloro en silencio. No sé si cumpliré la promesa que le hice. Pienso en todas las sonrisas dulces que nos dedicó ayer, y mi tristeza se hace infinita...

XIII. Segunda espera

(Hemos llegado a Barcelona)

Escondo mi pena bajo la excusa del cansancio y de la emoción cuando abrazo a mis niñas al verme en casa otra vez. Nos abrazan y lloran de alegría; lágrimas dulces de mis niñas pisan mis mejillas mojadas...

Enseguida, como hacen todos los niños, se pelean por explicarnos todo lo que han hecho en nuestra ausencia, y dos minutos después ya nos bombardean a preguntas:

-¿Cómo es nuestro hermanito? ¿Es guapo? ¿Qué hace? ¿Le habéis grabado en el video? ¿Sí? ¿Queremos verlo! ¿Queremos verlo! -Saltan y gritan excitadas a nuestro alrededor...

No sabíamos qué decir...

Mi madre y mis hijas querían ver el video del niño, aunque ya era muy de noche, ya de madrugada, sin esperar a mañana... Tratamos de explicarles que no teníamos la certeza total de que iba a ser adoptado por nosotros, que faltaban ciertos datos médicos que aún no teníamos y que la decisión última... De nada sirvieron nuestras explicaciones... Ni nos escuchaban... estaban muy nerviosas las dos niñas y la abuela. Querían conocer a Vadim.

Y pusimos el video en marcha y Vadim apareció sonriente junto a nosotros en la pantalla del televisor de nuestra casa... Vadim en nuestro salón por

primera vez... Con su enorme cabeza desproporcionada, con su mini cuerpo, con sus lindos ojos grises achinados, sonriendo sin parar, mirando a la cámara...

Nunca podrá imaginar mi madre de cuánto me valió su opinión en ese momento tan difícil. Ella que en principio es más bien desconfiada y no se apresura a optimismos infundados, más bien todo lo contrario, ese día me dio lo que yo necesitaba. No entendió que dudáramos lo más mínimo, enseguida tuvo claro que ese niño era ya nuestro, y no paraba de repetir:

- ¡Pobrecito mío! ¡cómo lo vais a dejar allí! ¡míralo qué chiquitín! ¡madre mía, si es un angelito...! ¡Jesús, si es muy pequeñín! Seguro que todo lo que tiene se puede arreglar más o menos, pero no lo dejéis allí solito... ¡Pobriño! ¡Pobriño! (ella es gallega y le salió su raíz).

Ya no me importó casi nada. Alfonso se quería arriesgar, y mi madre me apoyaba. Ya no hice caso de la primera “opinión estética” de mis hijas sobre su nuevo hermano al verlo en el vídeo:

- ¡Qué feo! ¡Es feísimo! ¡Y es muy raro! ¡Más que feo! ¡Parece un marciano, es de un color muy raro, blanco verdoso, y tiene rayas por la cabeza! (querían decir que se le transparentan las venas)...

La mayor, intentaba razonar,

- No sé, “mami”, a mí me parece un poco raro ese bebé, no sé, me lo imaginaba diferente, más mono...

Es raro; esa fue la conclusión de las dos; no paraban de decir que el niño era muy raro. Caso de que

no fuese marciano, entonces, subsidiariamente, es que era muy feo.

Mi madre lo encontró precioso. Ni raro ni nada, precioso. Ella no es de términos medios... Alfonso le decía:

- No hay para tanto, pero sí es “majete”, yo ya lo dije desde el primer momento.

- Que sí, Alfonso, créeme, decía mi madre, este niño es muy guapo, que lo digo yo, ¡pobriño...! Y cuando ella dice algo, eso va a Misa.

Al día siguiente revelamos las fotos. Con asombro descubrimos que en los primeros planos de su cara, sin el cuerpo, y con un gorro en la cabeza, se le veía francamente espléndido. Muy blanco, pero espléndido.

Me pongo la mejor foto en la cartera. La de su cara junto a la mía, de frente, con el gorrito. Luego pongo dos más. Dejo en casa las que se le ve de cuerpo entero, o las de perfil con todo el entramado venoso de su cerebro a la vista; reconozco que me daba reparo... Y empiezo a enseñar las fotos de su carita, con el gorrito de “Winnie The Pooh”...

Días después, revisando las fotos, voy ampliando el número de las que considero visibles por terceros, me va dejando de parecer un niño raro a mí también. Antes de una semana llevo ya un pequeño álbum que Alfonso ha hecho con muchas fotos y mucho cariño; ya no me importa enseñar las que se le ve desproporcionado, pues yo misma voy siendo

absorbida por el instinto maternal y le voy viendo cada vez más guapo, guapísimo, estupendo, genial... Y lo exhibo orgullosa a todo el mundo...

Nadie se atreve nunca a decirte que tu hijo es feo, mucho menos, raro, así que no hubo problema... Todos lo encontraban bien. Yo más. Cada día más monísimo. Incluso por las fotos, adivinaba en su mirada que no sólo no tenía nada malo el niño en su cerebro, sino que iba a ser muy listo...

Así somos las madres... El amor de madre se funda en una visión “adaptada” de la realidad, y así consigue superar cualquier obstáculo...

Nosotros, Alfonso y yo, ya habíamos caído en la trampa. En la trampa celestial en la que nos hizo caer ese bebé con cara de marciano...

Hoy sí puedo decir que es un chico guapote de verdad... Mi chico, el príncipe de mamá...

He llamado al pediatra que atiende a mis hijas para pedirle el favor de que mire el vídeo que hemos grabado del niño... Me recibe al final de todas las visitas de ese mismo día. De noche, pasadas las diez, en su sala de espera, en la tele donde siempre hay videos de dibujos animados para entretener a los niños, el protagonista es un bebé del orfanato de Djerzhinsk... El Dr. López A. mira el video con atención, con el ceño fruncido; se da cuenta enseguida de que el bebé apenas utiliza uno de sus brazos. Yo no me había fijado, pero ahora que lo dice, veo que es cierto, que todos los juguetes que le acercamos, los quiere tomar con la misma mano... La pierna de ese mismo lado está

quieta... y sentado, se cae siempre de ese lado; de todos modos, no se muestra muy preocupado... dice que en los orfanatos no se molestan en irlos cambiando a cada rato de postura en la cuna... que puede ser de estar siempre volcado del mismo lado... Lo ve muy, muy pequeñito, eso sí, pero lo que hace se corresponde con parámetros “normales” de un niño de esa edad que no ha recibido nunca ninguna estimulación... acorde, en fin, con un niño de orfanato, que además ha sido operado de una cosa grave, ha estado inmovilizado y sondado en todo el post operatorio y lleva por tanto más tiempo “perdido” que los demás. Los niños de orfanato van adquiriendo las habilidades propias de cada mes de vida, con dos, o tres meses de retraso respecto a un niño criado en familia, y ese retraso va aumentando con la edad del niño. Cuánto más crece el niño, más se amplía la distancia con respecto al desarrollo de un niño “Standard”. Sólo quiere saber ahora el pediatra exactamente lo de la operación que le hicieron al nacer y le enseño lo poco que tengo: “operado de gastrosquisis con reconstrucción al.loplástica (así traducía Julia) del abdomen”. Eso iba complementado de “ventana abierta en corazón” e “hipertensión intracraneal perinatal”, “pieloectasia derecha”, “hipotonía muscular”, “desarrollo psíquico: 1-2 meses” (cumplía seis meses en los días de ese informe) y otras “banalidades”, como Julia las llamó. El Doctor López me repite una y otra vez al notarme angustiada cada vez que releo el dichoso informe:

- Este es tu niño ya. Así es que cuando venga aquí, ya lo miraremos con calma...

Y añade:

- Y lo que se tenga que arreglar... pues lo arreglaremos... en cualquier caso lo más importante parece su malformación, de la que ha sido operado... su malformación es “de carrocería” Si la ausencia de pared umbilical frontal le provoca alguna hernia... pues la corregiremos cuando aparezca... Hay buenos cirujanos en España...

Me fui algo más tranquila. Caminando por la calle hacia mi casa, con el video en la mano, sólo me repetía que lo que tiene mi niño es “de carrocería”, lo cual implicaba que lo básico del motor parece que funciona... Si hace más o menos lo normal de un niño no estimulado de cinco-seis meses, es decir, lo normal en un niño de dos o tres meses en familia, debe ser que su cerebro está bien... Y calle abajo, de reojo iba echando una mirada furtiva a todas las tiendas de ropa de bebé...

Pasan los días, y se acumulan ya varias semanas... La información sobre el niño no llega.

Miramos a diario nuestro correo en el ordenador, mandamos correos a Ania y a Julia, que son las únicas que nos han dado una dirección electrónica. Ellas sólo dicen que Oxana ya nos avisará cuando haya algo. Pero los días siguen pasando y la pelirroja sonriente de Moscú no da señales de vida...

Berta y Ramón ya han recibido el aviso y a final de mayo tienen que estar en Nizhny Novgorod para el juicio de adopción de su pequeña. De tanto ver sus fotos y decir: “a Valentina la llamaremos Berta”, ha

acabado imponiéndose el nombre que ya tenía la niña, Valentina. Así se seguiría llamando cuando se convirtiese en la hija deseadísimas, esperadísimas y tan amada de esta pareja que, desde hace tantos años buscaba poder al fin abrazar a un hijo, dar rienda suelta a sus ganas de ser padres...

En pocos días preparan todo y se van. Nosotros seguimos sin noticias. Hemos pasado todo el mes de abril y todo el mes de mayo esperando. Dos meses son una eternidad. Todo el mundo pregunta cuándo nos vamos... y se asombran de que no sepamos cuándo viajamos a por el niño. Nosotros estamos angustiados de nuevo...

Llamamos a Oxana a Moscú por teléfono, ya que por e-mail las dos chicas que nos acompañaron en Nizhny Novgorod dicen que no saben nada de nuestro niño, ni de si hay fecha de juicio; sólo dicen que Oxana ya nos avisará...

Con la natural alegría con la que trataba los problemas ajenos, Oxana me hizo saber que estaba todo paralizado hasta que nosotros “confirmásemos que queríamos adoptar a ese niño”. Casi me da un soponcio a este lado del auricular, y me dieron ganas de retorcerle el pescuezo al adivinar la impasible sonrisa hiriente que seguro tenía al otro lado de la línea, allá en el frío primaveral de Moscú. Nadie nos había mandado información, es cierto, y cierto es también que comentamos con Julia el día de nuestra partida, que si no nos mandaban información, no volveríamos... Pero era sólo una pataleta... un comentario lanzado al viento... sólo queríamos que se sintieran forzados a

irnos poniendo al corriente de lo que le pasaba al niño... estaba enfermo, nos creíamos con derecho a saber qué le iba pasando...

Es verdad, lo dijimos. Que sin información, no volveríamos. Pero tan cierto como eso, lo es también que legalmente habíamos dado ya todos los pasos necesarios y que habíamos dejado firmada hacía dos meses la solicitud definitiva de adopción de Vadim y la petición formal de juicio... Legalmente, pues, debería seguir activa nuestra solicitud, y seguir su curso hasta el juicio...

Pues, según Oxana, todo estaba parado por nuestra culpa, porque no confirmábamos que queríamos adoptar a ese niño.

¿Y el contenido de los montones de correos que habíamos enviado desde nuestro regreso pidiendo si se sabía ya fecha de nuestro juicio? ¿Y las contestaciones de que había que esperar? Si era cierto que faltaba alguna confirmación de nuestra voluntad... ¿No servían esos e-mails? ¿Por qué no nos decían que el proceso estaba parado por culpa nuestra, en vez de decirnos que había que esperar?

¡Al diablo ya con la información médica! No habían mandado nada y teníamos miedo hasta de que el niño ya lo hubieran dado a otra familia, o que hubiera muerto, o ¡qué sé yo! Lo que queríamos ahora era irnos lo antes posible y verlo con nuestros propios ojos. ¡Y traerlo a casa!

(Yo había hecho traducir, en los días siguientes al regreso de Rusia, los papeles que robé del expediente

del orfanato, y gracias a una estudiante de la Escuela Oficial de Idiomas a la que abordé a la puerta de sus clases, supe algunos datos más. Un papel era el certificado de vacunas, por cierto muy numerosas y de cosas muy raras... Otro, una prueba del cerebro: ¡¡¡Normal!!! Y otra, una revisión de varios órganos: Un riñón no funciona y está desplazado hacia la derecha, como ya sabíamos, la vejiga con unas anormales posición y forma, y el resto “sin patologías graves”...)

Justo después de colgarle a la pelirroja moscovita, mandamos un correo donde de forma explícita confirmábamos, reconfirmábamos y “requeteconfirmábamos” de todas las maneras que el lenguaje permite, que SÍ queríamos adoptar a ese niño, a Vadim Nicolaievich S-----v y volvimos a llamar al otro día para que Oxana telefónicamente confirmase que esas confirmaciones a su vez se habían recibido en Moscú.

Pero los días seguían pasando...

Entrado ya el mes de junio, se me ocurrió una idea mejor, al margen de Oxana, de Julia, de Ania y de la madre que alumbró a cada una...

Gracias a mi manía de no tirar nada, dentro de un pantalón, tenía aún un papel, superviviente al lavado y posterior centrifugado, donde Júlia me había anotado unos datos; y en un extremo había anotado también el número de teléfono de: Iudina Olga -----.

Rápidamente advertí que esa era Olga, la ex policía subcontratada o “concertada” de Oxana que nos atendió casi por caridad en Nizhny Novgorod. Yo sabía que ella no hablaba ni una palabra de español, ni inglés ni francés, pero aún así decidí llamarla...

Me pasé, antes de hacer la llamada, más de dos horas buscando palabras en el diccionario y escribiéndolas tal como se pronuncian (o como yo pensaba que se pronuncian) en ruso, una al lado de la otra en un papel, hasta tener todo lo que creía podía necesitar. Anoté todos los números de un mes entero, del uno al treinta y uno tal como se pronuncian, en una fila. Al lado, otra fila con todos los meses del año.

Pedí a Telefónica los prefijos necesarios para esa ciudad y marqué. Olga no estaba en casa. Un hombre, quizás un hijo mayor, o quizás Serguei, logró que yo entendiera que Olga estaría en casa en dos horas.

Dos horas mirando el reloj a cada minuto.

Y vuelvo a llamar.

Era ella.

Con los rudimentos del lenguaje anotado en mi papel, le digo:

- Entiendo muy, muy poco ruso. No hablar, por favor, sólo escuchar: Yo familia De la Plaza-Reig. Nosotros quiero adopción Vadim Nicolaievich, casa de

Niños 2 ,Djerzhinsk. No noticias. Por favor, por favor, muy por favor: ¿Usted saber cuándo juicio?

Y ella dijo:

- Da (Sí)

Y mi corazón se aceleró tanto que ya no entendí nada más. Ella decía algo, lo repetía, y al final creí oír algo como “iun” (junio) y de nuevo pregunté:

- ¿iun?

- Niet, iul.

- ¿IUL?

- Da, más alguna palabra, seguida de IUL.

- ¿suzdanie iul? (juicio julio) -pregunté yo.

- Da (sí)

Y entonces fui leyendo los números que tenía en la lista, empezando por el uno seguido de la palabra iul y tono de interrogación y ella iba respondiendo niet después de cada uno, hasta que llegamos al diez. Ella dijo:

- Da

El juicio era el diez de julio. Yo lo había entendido. Lo repetimos ella y yo una y otra vez hasta que las dos tuvimos claro que nos habíamos entendido.

- ¿Oxana saber? -dije yo.

- Da -contestó Olga.

Usé entonces todas las palabras que tenía anotadas de agradecimiento por si las noticias eran buenas:

- Yo muchas gracias, yo contenta, yo mucho contenta, grande contenta, yo gracias, gracias usted

muy amable, usted grande amable, yo muchas gracias... Dieciat iul, diez de julio, muy gracias Olga.

Colgué el auricular. Respiré. Tengo fecha. Fecha para la historia. Para nuestra pequeña y particular historia. El día a partir del cual un niño ruso llamado Vadim pasará a ser hijo de Alfonso y Esperanza, hermano de Carlota y de Marina... La fecha de los sueños cumplidos... El día en que legalmente dejaría de ser tu hijo, aunque nunca dejarás de ser su mamá en nuestros corazones...

Tú, Natalia, habías renunciado a tu hijo el 18 de octubre de 2001, unos días después de su nacimiento, pero seguía siendo tu hijo a los efectos legales, y llevaría tu patronímico y tu apellido hasta ese diez de julio de 2002.

Iba a llamar entonces a Oxana para recriminarle el hecho de no comunicarnos inmediatamente que ya había fecha de juicio, pero Alfonso me hizo desistir. Él quería comprobar hasta cuándo quería esperar Oxana para avisarnos. Y vaya si esperó. Cuando envió, a través de "sus niñas" el e-mail diciendo que teníamos que presentarnos en Nizhny Novgorod para el juicio, que iba a celebrarse el día diez de julio a las nueve y media de la mañana, nosotros ya teníamos los billetes comprados. Y menos mal que nos anticipamos a su aviso, pues de lo contrario no hubiéramos encontrado billetes de avión, porque en pleno verano ya estaba todo completo.

Tuvieron el detalle, eso sí, de mandar un último correo diciendo que ya tenían la información del niño: medía tantos centímetros, pesaba tantos kilos y su perímetro craneal era tal. De sus dolencias, nadie dice nada.

De todos modos, esa línea y media escrita de información nos supo a gloria bendita, y combinamos una y otra vez los datos hasta casi lograr verle con la imaginación. Había crecido algo y había engordado un poco. Seguía siendo cabezón.

Esas medidas fueron además el detonante de que, inmediatamente, me pudiera lanzar a la calle a por ropa para nuestro canijo. Me había preparado prendas de cuando mis hijas eran pequeñas, de varias tallas, para cubrir todas las posibilidades; si Vadim hubiera crecido mucho, o si Vadim estuviera casi como cuando lo vimos, y me había negado a mí misma la compra de ropita hasta tenerlo aquí y ver lo grande o pequeño que era. Y en parte también por no tener noticias durante tanto tiempo de él y del juicio, lo que provocó la angustia de pensar incluso que quizás no volviéramos a verlo... Eso me frenaba cada vez que pasaba por un escaparate de ropa de niños...

Pero ahora, con fecha de juicio, y ya con las medidas del bebé en mi poder, a mi niño, que tendría nueve meses cuando lo recogiera, le podía ir a comprar toda la ropita, de talla tres meses, que quisiera... Bueno, compré la de tres a seis meses, para no desanimarme...

Pantaloncitos cortos con sus polos a juego, como de mayor, zapatitos de deporte sin suela, con sus calcetines, chaquetas, pijamitas, bodys, gorrita para el

sol... Todo en un día ¡Qué ilusión! Me recuerdo comprando, con subidones de adrenalina, como una cleptómana cuando consigue burlar la vigilancia. Una madre adoptiva espera mucho más tiempo que otra madre cualquiera este momento... Una embarazada puede ir comprando cositas, poco a poco, cada mes; Pero una madre adoptiva pasa de la nada al todo, no puede comprar nada hasta saber qué edad tiene su hijo, si es un bebé o un niño, cómo es etc. Y entonces, nada más saberlo, tiene que comprar todo lo fundamental a toda prisa.

¡Que nos vamos! ¡Nos vamos a por él!

XIV. Strielka (flecha, lugar donde se juntan dos ríos):

Volamos vía Zurich hacia Moscú, con dos maletas cargadas de ilusión, de potitos de comida, cereales, leche en polvo, pañales; llenas de esperanza, de ropita, medicinas, cariño, biberones, juguetes pequeñitos. Y con un flamante carrito de bebé a estrenar.

Quieren en el aeropuerto que facture el carrito pero yo me niego, pues quiero llevarlo en cabina. Ahora me parece una estupidez, pero yo no quería que nadie maltratase ese carrito, que llegara roto, rayado o sucio... No quería que lo trataran como a las maletas... Mi niño debía estrenar ese carrito impecable, impoluto, en perfecto estado...

No se salieron con la suya los de Swiss Air pues les vencí con sus armas. Una victoria pírrica, pero una victoria: Legalmente, si llevas niño, puedes subir a bordo el cochecito. Si no llevas niño, debe ir en bodega, con el resto del equipaje facturado... No contaban con la pesadez de una madre que tuvo que pelearse con varias compañías aéreas y ninguna le aceptó comprar dos billetes de ida de adulto y tres billetes de vuelta, dos de adulto y uno para el bebé, su nuevo hijo adoptado. Desde Barcelona, el niño no podía adquirir un billete sólo de vuelta, de Moscú a Barcelona. O el niño hacía los dos trayectos, ida y vuelta, o bien no podía sólo hacer la vuelta como bebé, y había que

comprarle un billete de adulto de regreso, pero en ese caso necesitaríamos el número de DNI o pasaporte de ese adulto (un bebé que aún no era nuestro, y por tanto no era español, ni tenía DNI, ni pasaporte, siquiera ruso). Tuvimos que salvar el tema pagando, que es como se arreglan todos estos problemas... Y pagar, al final de muchas discusiones, a Swiss Air, tres billetes de ida y tres billetes de vuelta, dos de adulto y un bebé que iban y venían juntos.

Vadim, por lo tanto, figuraba que volaba hacia Rusia con nosotros... Y si habíamos pagado un billete de bebé de ida... Pues yo podía llevar mi cochecito para el bebé fantasma, en cabina, sin facturar...

“Bebé transparente en carrito opaco” ¿Dónde está el problema? El niño legalmente viaja conmigo, y legalmente también quiero llevar su cochecito conmigo, sin dejar que lo machaquen y lo estropeen las cintas de facturación. Como puedo, pues lo hago.

Supongo que por tantos nervios pasados, yo aparecía entonces a los ojos de quienes me debieron observar en el aeropuerto, como una absurda mujer medio trastocada defendiendo la integridad de un carricoche nuevo de bebé, pero sin bebé, argumentando que su bebé inexistente pagaba billete de ida...

El cochecito disfrutó de un excelente viaje en cabina, junto a las azafatas... Y llegó impecable, impoluto, en perfecto estado.

Pero la maleta principal no llegó.

Era la maleta que llevaba toda mi ropa y casi todo lo del niño (salvo los pañales y algunos juguetes que iban en la de Alfonso). Miraba y miraba la cinta vacía, que paseaba sólo tres maletas ajenas, de esas que nadie recoge y todos vemos pasar y pasar, cuyos dueños quizás las estuvieran esperando en Melbourne... No me lo podía creer... No tengo nada...

Reclamación en ruso-inglés en el mostrador, dificultad grado 10, para explicar que sólo estamos esa noche en Moscú, y que si apareciera la maleta después, que estaremos en la ciudad de Nizhny Novgorod, en el Hotel Central. Fue muy difícil que la azafata de tierra nos llegara a entender, y mucho más difícil rellenar el formulario de extravío de equipajes, que venía en cirílico... Oxana no nos podía ayudar, pues las reclamaciones siempre se hacen antes de pasar el control de pasaportes... antes de salir y verla...

Estaba en Moscú con lo puesto, sin nada para mí, ni para el niño.

Alfonso, tan práctico siempre, me repetía una y otra vez, que si no recuperábamos la maleta, pues compraríamos lo imprescindible... que me dejaría sus cosas de aseo, parte de su ropa... Hoy todo me parece mucho menos grave... pero entonces, eso me impidió dormir la primera noche en aquel Hotel de Moscú. Un Moscú que yo nunca hubiera imaginado a 40 grados sobre cero, un calor terrible, incluso de noche...

Oxana nos recogió al salir del aeropuerto, tres horas después de llegar, por lo de la reclamación. Se

repitió la operación “dólares al bolso”, versión segunda parte del importe de las traducciones, gestiones y acompañamientos; volvió la sonrisa de anuncio de dentífrico a su lindo rostro enmarcado de butano rizado, y de nuevo el traslado al hotel; palmadita en la espalda, un “no te preocupes, que yo ya me ocuparé de la maleta y te la mandaré a Nizhny Novgorod” y hasta la vista...

Esa noche, a las tres de la madrugada, sonó el teléfono en nuestra modestísima y despedazada habitación del Akademicheskaya Hotel. Desde la recepción, una dulce voz en ruso emitía sonidos conexos que parecían frases. ...Sólo entendí una palabra: “chemadán”. Y eso sabía segurísimo que significaba maleta, pues en el aeropuerto tuve que buscar esa palabra en el diccionario y usarla un montón de veces ante la sesuda señorita del mostrador de reclamaciones...

Bajé a toda prisa a la recepción, no podía esperar al ascensor, por las escaleras a saltos de tres en tres, cantando... ¡mi maleta! ¡tengo mi maleta!

Pero duró poco el alborozo... No era mi maleta.

Era la maleta de una española con la que coincidí en el mostrador, reclamando cada una su pérdida... No obstante, me la quedé.

Pensamos que probablemente, a la otra señora le hubieran dado la mía, y que el repartidor de maletas llevaría las dos y, al no saber leer nuestros caracteres, no podía saber de quién era cada una.

Oxana apareció al amanecer y su aparición fue para mí como la de la Virgen María... Mil y una gestiones reconozco que hizo, con todo el interés que se le puede exigir, y aún mucha más buena voluntad... Se portó muy, muy bien, en contra de lo poco que yo esperaba de ella a esas alturas de la película. A veces prejuizas, y luego te sorprenden agradablemente...

Localizamos con mucha dificultad el Hotel donde se alojaba el grupo de turistas en el que iba la señora de la otra maleta. Fuimos allí. El grupo se había ido de excursión todo el día. Discutiendo mucho, consiguió incluso la pelirroja que la dejasen entrar en la habitación de esa desconocida española... Pero mi maleta no estaba allí.

Dejamos su maleta dentro de su habitación para que se la encontrara al llegar (supongo que se alegraría al verla, aunque nunca supo que nosotros, otros españoles, se la llevamos hasta allí).

Y de la mía, nada de nada.

A la mañana siguiente, ocho de julio, sin maleta, viaje en tren, y de nuevo al Hotel Central de la antigua ciudad de Gorki.

Esta vez es Ania, una de las dos pupilas de Oxana la que desde Moscú, se ha trasladado con nosotros hasta Nizhny Novgorod. Durante el trayecto en tren conversamos durante horas con Ania sobre la vida en Rusia, sus experiencias con los españoles que iba conociendo desde que ayuda a Oxana con las

adopciones, y le hemos pedido si podemos visitar al niño nada más llegar.

La víspera del juicio, 9 de julio, le volvimos a ver...

Había cambiado mucho, lo encontramos mucho más grande, muchísimo más inquieto, incluso revoltoso, con mucho mejor aspecto. Y su sonrisa de siempre, confiada y franca, ahora se acompañaba de pequeñas carcajadas, y dulces babas, que rápido se mezclaron con las nuestras... A pesar del cambio ¡lo hubiera reconocido entre mil!

Esa mirada gris limpia en sus ojos de almendra era sin duda la que yo llevaba clavada en el alma desde el primer encuentro.

Me emocioné al ver que seguía sin mostrarse extraño con nosotros... En el suelo, en la sala de visitas, Vadim se arrastraba como un soldado, lagartijeando con los brazos, dominando los límites fronterizos de la vasta alfombra... Lo dejábamos en un extremo, y al segundo, había alcanzado la otra orilla de su pequeño territorio a explorar... Y con él, a todos los trayectos, le seguía su inseparable compañera de fatigas, su “butilka”; un biberón de infusión de té, hecho con una botella de “Mirinda” con los contornos del cristal pelados por años de roces; una botella vieja de solemnidad, en cuya embocadura habían colocado una tetina de goma agrietada y pegajosa, anudada al cuello con un alambre retorcido que dejaba las dos

puntas al aire... En el té de mi niño viajaban docenas de partículas flotantes de origen incierto... Pero a él le gustaba mucho su té. Llevaba la “butilka” asida a una manita, y quien osase quitársela, se las vería con él.

Luego me explicaron que no era nada raro, como a mí me parecía, ver a los niños tomando té. Que es muy común en Rusia, tomar té desde casi el nacimiento; pero entonces, me quedé muy sorprendida... El niño estaba “como una moto”, no paraba de moverse, se excitaba con mucha facilidad a la mínima muestra de atención que le prestábamos, gritaba, se reía. A pesar de mostrarse tan activo, a sus casi ocho meses, sus piernas seguían siendo muy pequeñas. No podía mantenerse en pié ni un momento agarrado por las axilas... se le doblaban las piernas... Pero nos miraba... y parecía que le gustábamos mucho... Como él a nosotros...

En media hora, llenó de babas y regurjiones mi polo y el pantalón de punto que en esos momentos constituía la totalidad de mi equipaje y vestuario. Con ese polo y ese pantalón de punto salí de Barcelona e hice todo el viaje, me paseé por Moscú en pos de mi desafortunada maleta, sin tiempo a parar un minuto a por una pastilla de jabón o una camiseta nueva, o un cepillo de dientes; con ese polo y los pantalones dormí en el destartado Hotel de Moscú (dormí vestida, asfixiada de calor, por evitar el contacto de mi piel con unas sábanas, colchones y mantas en estado de total decrepitud); con ese polo y esos pantalones, que iban acumulando un suave olor a humanidad, viajé en tren hasta Nizhny Novgorod. Dormí allí sin ropa, y al

amanecer, me volví a encasquetar el mismo polo, con las axilas aún muy húmedas después de un no muy exitoso intento de lavado nocturno, y ese mismo pantalón, para ir a ver a mi hijo... Y va mi niño y me regurgita..., me babosea abundantemente... Y con esa combinación de olores y “condecoraciones” ya no hay ruso, sobrio o ebrio, que se acerque a mí... Pero he visto al niño, y estoy contenta.

Hay que volver al Hotel, mañana por la mañana se celebra el juicio, y antes hay muchas cosas que solucionar: No tengo ropa adecuada (me han indicado que hay que ir bien vestido, y supongo que ello incluye “bien olido”). Tenemos que comprar algo con que presentarme ante el Juez, y algo con que asearme (en nuestro Hotel no dan muestras de jaboncitos, ni monerías de esas; en el lavabo, hay grifo y toalla, la taza propiamente dicha, papel escaso y ducha. Punto).

Doy a la llave que abre la puerta de nuestra habitación, y de repente ... ¡se hizo el milagro! Mi maleta está allí.

Oxana recibió una llamada del aeropuerto notificando que habían localizado en Zurich mi maleta y volaba ya hacia Moscú, la recuperó en Moscú, la llevó a la estación de Tren, se la encomendó a la maquinista, y ésta la dejó en la estación de Nizhny Novgorod. Allí Serguei la recogió y la llevó hasta el Hotel. Y la vigilante de la planta con la recepcionista la metieron en nuestra habitación.

Me parecía increíble...

Oxana, además de traducir documentos, cobrar y sonreír, se había preocupado de verdad de mi maleta. Lo dicho... No se puede prejuzgar... No me lo podía creer. Ya tenía de todo.

Me sentía feliz, relajada, y no me preocupaba en absoluto el juicio.

Saqué mi ropa a toda velocidad, mis jabones, la ropita de mi niño... Y la lata de 1kg de leche infantil en polvo, con signos de haber sido abierta, y que habría levantado las sospechas en nuestra escala en Zurich...

Llamamos a Barcelona para explicar lo bien que hemos encontrado al niño, lo guapo que está... Mi madre nos escucha impaciente, contenta...

Pero debe darnos una pésima noticia: La madre de Alfonso murió mientras volábamos hacia Moscú, hace ya dos días... Ya la han enterrado. Estaba muy enferma, sabíamos que el final estaba cerca... pero si no tomábamos ese avión a Moscú, y decidíamos quedarnos a su lado en el momento de su muerte, Vadim nunca llegaría a ser nuestro hijo. No se permiten aplazamientos de los juicios por esa causa... Y optamos por la vida que llegaba, y no por la que se iba, porque así creímos que debía ser, a pesar de todo.

Las cuatro hermanas de mi marido habían decidido no avisarnos, para que nada impidiera que tu niño tomase rumbo a nuestra familia...

¿Tú tienes madre, Natalia? ¿Tiene abuela mi niño?

Esa otra abuela que murió mientras su último nieto estaba a punto de venir a conocerla, se fue al menos habiéndolo visto en el vídeo, en las fotos del primer viaje... Lo encontró muy lindo...

Tu hijo hubiera tenido una abuela estupenda... No una abuela al uso normal de su época, sino una abuela independiente, nada quejosa, abierta de mente, capaz de entender, de no molestar... Sobretodo de no molestar a nadie... Murió de cáncer, la enfermedad se la devoró en unos pocos meses, y todos los que tuvimos el placer de conocerla y quererla observamos impotentes el deterioro físico, que no mental, de esa mujerona valiente. Ella creía en el paraíso eterno; yo querría creer que tal vez mientras volábamos su hijo y yo hacia Moscú ella se cruzase con nuestro avión, camino del cielo...

Mañana por la mañana es el juicio. Son casi las doce de la noche. Alfonso pasa por la nuez sus lágrimas y no las deja salir. Hay que aprenderse el guión que nos han dado para el juicio.

(Esas lágrimas que se tuvo que tragar allí tardaron luego semanas en salir. Bastó pisar, con nuestro ya hijo en brazos, la calle de Valencia donde vivió la abuela Maruja sus últimos años, para que la emoción y la pena abrieran la puerta de una despedida amarga y aplazada...)

Y el día del juicio al final, como todos, llega. El diez de julio; “dieciat iul”. Un juicio con la misma pinta que los juicios en España, misma “ambientación”,

mismas togas, y todo igual salvo la puntualidad, que fue extrema.

Estoy tumbada en el banquillo. Me he desmayado por la combinación de fuerte calor (40° C) y los nervios, sin dormir, sin desayunar..., pero el juicio no se detiene.

Desde mi horizontalidad accidental escucho cómo Alfonso, en pie, con las manos caídas y unidas delante, el cuerpo tieso, y la voz trémula, va trampeando como puede ambos papeles, lo que le tocaba decir a él y lo que me tocaba decir a mí. Lo que nos habían sugerido que debíamos decir, según el guión escrito que nos entregaron para estudiar... Bueno, al final ni lo mío ni lo suyo, él explicó a la Juez, a la Fiscal, a la Representante del Ministerio y a la asistente o funcionaria que tenía la tutela del niño, todas mujeres, en lo que más parecía una charla (eso sí, con traductora) que un interrogatorio, que yo me desmayaba con muchísima frecuencia y que no se preocuparan... Así es que no se preocuparon... y se dispusieron a conversar todas ellas, muy amigables, con el único hombre, mi hombre. Le hacían bromas de cómo se sentía entre tantas mujeres... Se reían cursis y educadas... alguna tapándose las imperfecciones que la naturaleza dio a su dentadura con una mano llena de uñas rojas. A los rusos les chifla el rojo. La misma palabra que designa el color rojo, sirve de base a la palabra hermoso, precioso. Y ahí él, en ese territorio femenino de labios y uñas rojas, encontró su filón: Es el único varón de cinco hijos, criado en un casi total matriarcado feliz, con abuelas y tías que “cortaban el

bacalao”, y estando acostumbrado a tanta hembra, ese hombre siempre gusta mucho más de la conversación con el grupo de las chicas que con los clásicos temas “de chicos”. No le gusta el fútbol, ni le entusiasman los coches como para hacer de ellos un tema de tertulia. Se diría que, conversando, parece mucho más una mujer que un hombre. Mi hombre explicaba al mujerío administrativo-judicial pinceladas de su vida familiar, un poco de sí mismo, de mí, de las niñas... A Su Señoría, para completar el acto del juicio le pareció oportuno preguntarle a él, por último, si encontraba afinidad de caracteres entre los rusos y los españoles...

Yo seguía yaciendo en el banco, con el pañuelo impregnado en colonia que, muy solícitas ellas me habían puesto en la frente, pero al oír semejante pregunta traté de recuperar de un brinco la verticalidad perdida por el mareo. Fiscales, tutoras y representantes ministeriales, gorditas y enjoyadas, me hacían elocuentes gestos cariñosos de que ni osara moverme, me sonreían acompañando a sus sonrisas movimientos de brazos para que no me levantase y señalaban a Alfonso... Era obvio que con él tenían suficiente...

El hombre nervioso del banquillo encontró, pese a los pocos días de contacto con el pueblo ruso, una enorme similitud en los sentimientos de los rusos y los españoles... en la sensibilidad... “Los dos pueblos somos muy sensibles” ¡Toma geroma!

Me senté de golpe y lo que quedaba del mareo se me pasó del mismo impacto de tanta soltura con la que me sorprendía mi chico en aquél juicio... Él ya estaba metido en faena... y parecía tan a gusto charlando con las alegres mujeres de la Sala... Para

amenizar, sacó de mi bolso un pequeño álbum que llevábamos con fotos del primer viaje, del primer encuentro con Vadim en el orfanato, y alguna foto de nuestras niñas en Torredembarra. Se lo pasaban unas a otras, cotorreando chismosas y divertidas.... Vadim era nuestro.

Mi intervención, ya al final, se limitó a lo más desagradable, a jurar, ya en pie, que conocíamos todos los enormes padecimientos y enfermedades que tenía nuestro niño, y que nunca jamás reclamaríamos al Estado ruso por ello, y que queríamos llevarlo urgentemente a España para tratarlo adecuadamente.

La víspera nos habían incrementado la lista de enfermedades y malformaciones del niño y habían agravado sobre el papel del guión del juicio, la situación de las dolencias que ya sabíamos, dijeron que para favorecer que el Estado, al estar muy enfermo el niño, permita la adopción y la salida de ese maltrecho ciudadano de su país... Sí, claro, pero yo juré que conocía que el niño tenía tantas cosas, que se me encogía el corazón sólo de repetirlas y pensar que si luego resultasen ciertas...

Juramos los dos, como colofón, de pie, serios, y por separado, que nunca maltrataríamos a nuestro hijo, que no le pegaríamos nunca jamás y que remitiríamos a la Federación de Rusia los informes de seguimiento. Visto para sentencia.

Salimos de la Sala, la Juez sale detrás y para nuestra sorpresa, nos abraza... Yo me pongo a llorar y le doy las gracias... “Bolshoy Spasiva”... Y sus ojos se

humedecen... es uno de los mejores momentos de toda esta experiencia que estamos pasando... No sé si una partera normal lo entendería... Es como si el niño ya hubiese salido de tus entrañas y descansa ya, aún sucio, encima de ti en el quirófano... Una sensación así...

Llamo a Ania que está unos metros detrás para que me traduzca lo que quiero decirle a la Juez:

- Le agradezco de todo corazón a todos y especialmente a usted, el trato recibido, y estoy muy feliz de que me haya ayudado a ser ya la mamá de Vadim. Prometo que lo cuidaremos siempre, que lo querremos mucho.

Ania saca una caja de bombones que nos había hecho traer para regalársela... Nosotros nos negamos en principio, pero ella dijo que debía de hacerse...

- No tengo duda ninguna de que será así, que lo cuidaréis, que lo querréis, respondió, lo he visto en vuestros ojos... Con eso me basta, yo también estoy muy contenta. Y mis dos manos apretaron las manos de Su Señoría mientras la emoción transitaba dulcemente de piel a piel... (No quiso los bombones, que pasaron rápidamente a las manos de las otras mujeres de la Sala, que sí los aceptaron).

Hizo la juez el gesto de despedirse, se alejó un poco, pero al instante retrocedió:

- ¿Querriais tener la sentencia ahora?

(Normalmente, acabado el Juicio, la Sentencia puede tardar unos diez o doce días en dictarse; luego de tenerla, puede ya recogerse al niño y empezar a tramitarse su nueva documentación con su nueva identidad para que pueda salir del país. A nosotros nos

habían casi prometido que, al llevarnos un niño enfermo, nos darían antes la sentencia, no nos harían esperar tanto, y la tendríamos en unos dos, tres o cuatro días...)

- Seichás? (¿ahora?) -dije yo.

Nos indicó que nos esperaríamos media hora y que iba a su despacho a redactarla y que saldría a entregárnosla.

Antes de la media hora tuvimos la sentencia en nuestras manos.

Y nos despedimos para siempre de la Juez S. V. Yajánova.

Quien ha acordado:

“Conceder la adopción del ciudadano de la Federación de Rusia S---v Vadim Nicolaievich, nacido el 13 de octubre de 2001 en la ciudad de Nizhny Novgorod, a los cónyuges Alfonso E. de la Plaza Cimino y Esperanza Reig Vázquez.”

Vadim Nicolai de la Plaza Reig. Este es nuestro niño.

Este es el punto en que tu vida y la mía se cruzan. La vida de Natalia, la vida de Esperanza, dos madres que cruzan sus rumbos en ese momento, en ese lugar. Sobre la “Strielka” de Nizhny Novgorod nació nuestro hijo, sobre el cruce del Volga y el Oká. Tú eres el Volga, que viene desde el origen; yo soy el río que viene a su encuentro y se une a un curso ya iniciado. Sobre la unión de las aguas juntamos nuestras vidas en una vida distinta que viajará con las dos aguas siempre, pero siempre Volga, hasta el final del curso de

sus días. Vadim llevará tu sangre, tus rasgos, quizá algo de tu carácter; pero llevará también alguno de mis gestos, muchos de mis pensamientos grabados en su mente y en su alma, y todo el amor que yo sea capaz de darle. Nunca podrá separar las aguas de los dos ríos, las dos llenan el caudal del río de su vida.

Y a mí, me gusta que sea así.

XV. La puerta cerrada

Ania trabajaba a escondidas de Oxana para la competencia, y según vimos, después de nuestro juicio, iba a entrar a otro con otra pareja. Por eso se puso nerviosa y roja cuando vio que teníamos la sentencia en la mano y que queríamos ir a recoger al niño al orfanato. Ella no nos podía acompañar. No había previsto la posibilidad de sentencia inmediata y tenía pensado meternos en el coche de Serguei y mandarnos al Hotel a esperar dos o tres días a tener la sentencia mientras ella, esos días que estaba en Nizhny Novgorod sin nada que hacer, a cuenta de Oxana, y en definitiva a costa nuestra, que le pagábamos la estancia, pues aprovechaba y se sacaba un extrilla traduciendo para parejas “de otra jefa”. Cuando le dijimos que nos tenía que acompañar ya a buscar al niño, “se le mudó la color en el gesto”, como diría Góngora...

Pero nosotros no teníamos ya ganas de discusiones, ni de delatar a nadie... Teníamos niño... Y podíamos legalmente ir a por él.

Así que sin traductora nos montamos en el coche de Serguei (que no habla ni palabra de nada distinto al ruso) y nos fuimos al orfanato...

Timbre. Puerta de metal. Enseñamos la sentencia y dos sonrisas como toda explicación. Lo entendieron perfectamente y nos pasaron a una salita. Firmas, sellos. Esperamos. Nos pasan a la sala principal, la del piano y las sillitas alrededor de las paredes. Nadie dice ni palabra.

Y llega nuestro hijo con pantalón de pana (39 grados de temperatura), camisa rosa de manga larga y calcetines largos de lana colgando la mitad vacíos. Nos lo da una chica, y esa entrega física, tiene para ella, o al menos eso me pareció, una emoción similar a la de la encargada de una Bolera al entregarte el par de zapatos de tu número; una emoción digamos más bien escasa...

Nos dice algo señalándole, pero como no entendemos nada, viene otra y nos da a entender por señas que lo desnudemos completamente y dejemos su ropa en el lugar que nos indica su dedo.

La ropa de mamá-patria va arrinconándose mientras su nuevo polo blanco y su pantalón corto de cuadritos azul marino, le acercan un poco más a nosotros... Y contribuyen a que paren de caerle chorretones de sudor por la frente... Me he olvidado de quitarle el pañal del orfanato. Me riñen. Los niños llevan desechables sólo para las visitas; los demás días van con esas bayetas gris-marronáceas que había visto tendidas en el patio trasero del orfanato. No me imaginé que no me pudiese llevar el pañal desechable que el niño llevaba puesto en el momento de la entrega. ¿Lo querrán aprovechar?

Rectifico y le quito el pañal. Le quitan el chupete. Yo le ofrezco a la cuidadora-vigilante un chupete nuevo a cambio de llevarme el usado, para que el niño pueda llevarse algo de allí y no sufra con el cambio tan brusco que va a hacer en unos instantes... Imposible. El chupete no es de mi niño, es un chupete “del orfanato” un chupete “de la patria”. Vadim puede sacar de allí su piel, músculos, órganos y huesos, y si

acaso los restos de alimentos del orfanato que se hallen aún en su cuerpo... Nada más. Ni su amada butilka de té con “inquilinos” flotando.

Me pareció muy duro. Sobre todo pensando en la salida de niños más mayores, que dejan atrás un buen trozo de su vida sin llevarse nada más que los recuerdos... Ni un peluche viejo, nada.

Pero sólo me pareció duro a mí. A Vadim pareció importarle un pito. Estrenó su chupete, su ropa, sus zapatos, la colonia que peinaba su calva, y sentado en mi antebrazo abandonó la sala principal con una sonrisa en los labios. El director ese día tenía fiesta. Esperamos en su despacho y creo que firmamos algo más... ante alguien desconocido que iba hablando cosas que no entendíamos. Supongo que a él le daba igual, tenía que decir esas cosas, y las decía. Nosotros, como los bebés, sólo entendíamos el tono de su voz, y no parecía alterado; no hacía falta preocuparse...

Intentamos preguntar a qué hora había hecho la última comida y qué había comido el niño. No nos entendieron. Nos dijeron que Vadim come muy bien y duerme muy bien. A eso es lo único que llegó nuestra comunicación.

Y con esa información tan precisa, nos acompañaron a la puerta.

Empezamos a filmar dentro del orfanato y nos riñeron. Detuvimos la filmación.

Nadie le dijo adiós, ni con la mano; nadie le dio un beso. No vimos a la camarera de Supertramp. El “par de zapatos de la bolera” ya ha sido entregado a los que han presentado el ticket. Simplemente nos abrieron la puerta y nos marchamos. Así de simple y así de frío.

Tengo el sonido seco y rotundo de aquella puerta al cerrarse grabado en mi corazón, como el nudo en la garganta sujetando un montón de lágrimas que no dejé salir para no asustar a mi niño...

¡Qué triste me hacía sentir que nadie se hubiera despedido de él!

¿Es que tantos meses allí no merecían siquiera un beso en la mejilla?

Nos dirigimos los tres, hacia el coche de Serguei, dando la espalda al orfanato.

Pero, unos instantes después, me tuve que girar... y mirar esa puerta cerrada...

Aún hoy pienso, igual que pensé en aquél momento, en todas aquellas pequeñas vidas grises que se quedaron al otro lado de la puerta gris... ¿Cuántos de esos niños habrán salido de allí? ¿Habrá alguno al que no quiso nadie? ¿Y aquella niña rubita sentada en el orinal, seguirá allí, o habrá iniciado el camino a una nueva vida?

Aprieto a mi niño y le digo adiós por última vez a la puerta cerrada. Atrás se quedarán para siempre nueve meses que su mente no será capaz de recordar y que nadie le explicará.

Desde una ventana unos pisos más arriba del orfanato, una señora y una niña nos mandan un besito volado y nos dicen adiós con la mano... Ahora sí que rompo a llorar...

Necesitaba ese beso y ese adiós, aunque fuese de unas vecinas desconocidas... Quizás ellas le conocían o le habían visto alguna vez desde su casa en el oscuro patio trasero...

El primer rayo de sol que toca su cara le molesta muchísimo.

Pero está contento, nos sonrío. Y no se extraña en absoluto a pesar de estar ya en la calle con nosotros.

El niño ha abierto los ojos como platos al entrar en el coche, está atónito. Se asusta cuando arranca, pero al instante se calma. Sentado encima de mí, enseguida se pone a mirar todo por la ventanilla.

Al fin me relajé y sentí una felicidad total... El sueño en mis brazos.

Pobre Natalia, pensaba, ¿Qué habrá sido de tí? ¿Dónde estarás ahora mismo? Tu hijo viaja sobre unos muslos que tu no conoces, sobre una mamá nueva, te prometo que lo cuidaré siempre, empecé a hablar y hablar mentalmente contigo, mientras el calor de la piel de tu hijo iba entrando en mi cuerpo, ¡tanto deseaba sentir ese calor blandito del niño al fin en mi regazo!... Gracias, Natalia, ojalá pudieras ver que no está asustado, que va contento a su nueva vida...

En la habitación del hotel, por primera vez, los tres solos. Sin vigilantes, sin camaradas...

Como no sabemos si ha comido y a nosotros, con la distensión se nos ha desatado el hambre, pensamos que puede tener hambre él también. Sacamos un “potito” de la maleta y se lo enseñamos... Creo que no sabe lo que es... Pero cuando de repente ve la cucharita...

No dio tiempo a calentarlo... casi ni a abrirlo... se lo hubiera comido con cristal, tapa y todo... Estaba fuera de sí, con un ansia que nunca en mi vida había observado... Le tuvimos que dar tres potitos seguidos para que se calmara...

Paseo en su flamante cochecito nuevo, parece una pulga en un carrito que se ve inmenso... y a la hora y media... ¡A merendar!

Nos pasamos tres días alimentándolo cada hora y media, enseguida aprendió a pedir (al principio no lloraba, pero enseguida aprendió que el llanto aceleraba la llegada de los biberones) Los potitos de comida triturada y los biberones de leche y cereales calculados para diez días volaron en dos o tres jornadas de alimentación intensiva...

Estaba feliz, con la barriga inflada literalmente; no hizo caca en tres días... Todo para él, sin

desperdicio... Y a pasear otra vez... Y a dormir como un lirón...

Recuerdo la primera noche, que nos daba miedo, por lo de la adaptación, y cayó rendido en la cuna del hotel en dos minutos, quizá en menos... Al alba, el sol intenso ya iluminaba su cara (en verano apenas hay unas pocas horas de noche oscura y a las 5 de la mañana parecen las tres del mediodía de España, con calor de julio en Córdoba). Levantando su cabeza, apareció entre los barrotes de la cuna, a los pies de nuestras camas, una cara sonriente, con toneladas de baba cayendo de su boca mientras nos miraba... agitaba las piernas, se reía... Y si ya le acercabas el biberón, se volvía loco. Cronometramos desayunos que duraron sólo 25 o 30 segundos...

En su primer paseo, se le quemaron las piernas... ¡Qué vergüenza, pensarán que soy una novata y no lo sé cuidar! No pensé yo que un paseito por una ciudad en Rusia...

Su nuevo papá lo pone cada mañana diez minutos al tibio sol, por la ventana del hotel, sentado en el quicio, para que vaya tomando un color normal y no se queme otra vez al llegar a España. Le explica lo que ven, la vida que pasa junto al río; miran la parada de los tranvías, los coches y las barcazas que flotan en el Oká. Miran juntos la modesta barcaza-restaurant de nuestro amigo azerbaijano, Fahruk, donde comemos muchos días; él es quien le empieza a llamar por su segundo nombre, Nicolai, en vez de Vadim. La primera vez que comimos allí, pusimos nuestro dedo sobre una línea al azar de la carta, en la primera página, una en la

segunda, y una en la tercera, y resultado de esa elección nos alimentamos con tomates rellenos, pimientos rellenos y vodka. Ahora Fahruk por un precio muy económico, no sólo nos da de comer, sino que nos escenifica en mimo los animales que comemos, poniéndose las manos a modo de cuernos, o gruñe como un cerdo, y lleva a Alfonso hasta la cocina para acabar de entenderse con nosotros...

Miran padre e hijo por la ventana las obras de un nuevo puente para la ciudad, que conectará la zona industrial con el centro histórico... esta es tu ciudad, hijo... una ciudad preciosa, mírala bien, vas a estar mucho tiempo sin verla. Intentaremos traerte cuando tengas siete u ocho años, para que puedas empezar a almacenar recuerdos de ella... Nizhni Novgorod, tu ciudad.

Tenemos que esperar a que Vadim tenga su nuevo certificado de nacimiento, ahora constando como hijo adoptivo nuestro; luego, hacerle el pasaporte para poder salir del país...

Nos negamos a entregar un ridículo regalo (bote de “Nescafé”) a las funcionarias de la comisaría de policía, tal y como nos aconsejaba Ania, si queríamos obtener el pasaporte rápidamente...

Nos pareció que no procedía, no queríamos ningún trato de favor, ni comprar a nadie, menos con un bote de Nescafé... Sólo queríamos que, cumpliendo la Ley y los trámites que se precisaran, nos dieran el pasaporte del niño... Era su obligación expedir el pasaporte si todo está en regla, no se precisan regalos...

Mientras esperamos, vamos recorriendo la ciudad entera, bebemos “kbas”, un refresco natural hecho del jugo de la fermentación del pan negro, que venden en cisternas por la calle, nos tumbamos a la sombra en el bosque-jardín del interior del Kremlin, el niño se arrastra por la hierba, juega, se duerme en su carrito... Busca a veces para dormir una postura que nos parece antinatural, con la espalda completamente curvada pero hacia atrás, de modo que su espalda se ve en forma de arco inverso, con la cabeza colgando del cuello como si quisiera tocar con el cráneo la columna (luego hemos sabido que seguramente tomó esa costumbre postural en el post-operatorio).

Es domingo. Desde el hotel veo por la ventana una cabina junto al río que expide tickets y gente que monta en un barco con terraza y sillas. Bajo enseguida y no hay ningún rótulo que no sea en cirílico. Sólo entiendo “barco”, “río” y “hora”. Preguntando, logro descifrar que pasará un barco a las 11h, y creo entender que volverá al mismo sitio, pero no entiendo a qué hora será el regreso.

No importa. A las 11, nos montamos en el barco, Alfonso, el niño y yo.

Todos los pasajeros que han embarcado son rusos, hay música a todo trapo sonando en grandes altavoces en las terrazas y en el interior... Tipo rock pero con letras rusas... Parece una pequeña excursión como las Golondrinas del puerto de Barcelona.

Llegamos por el Oká al encuentro con el Volga, y seguimos Volga abajo, viendo la ciudad desde la

costa... Pasan los minutos y luego las horas... Enfrente, dos señoras cuchichean, una con un mostacho impresionante que no para de sonreírnos y de hacerle carantoñas al niño... Yo sé que lo ven muy blanco para ser hijo nuestro, pues Alfonso y yo estamos negros como carbones en verano... Hasta que no pueden resistir e intentan entablar conversación...

Como pudimos, despejamos sus dudas, y en agradecimiento a saciar su curiosidad, saciaron ellas nuestra sed y nuestra hambre... Era la hora de comer y no había bar... Todo el mundo sacó de sus bolsas comida y bebida... Nosotros no llevábamos más que el biberón del niño con agua y un potito “de emergencia” para él... Nos ofrecieron de todo... Fueron muy amables y simpáticas, pese a saber que esos dos carbones extranjeros habíamos adoptado al niño y se lo iban a llevar a España... Nos habían advertido que los rusos no ven con buenos ojos la adopción internacional, pues se cuentan en el país truculentas historias de gente que supuestamente ha “comprado” un niño para arrancarle los órganos, o para que les haga de sirviente en casa, que los adoptantes maltratan a los niños... pero la señora del mostacho negro y su amiga sí parecieron creerse que queríamos a nuestro recién estrenado hijo como tal hijo nuestro. Hablamos durante todo el viaje, con ayuda del diccionario que yo llevaba siempre encima, probamos zumos de frutos desconocidos, unas bayas granates, tipo grosellas, y disfrutamos de un agradable recorrido por los alrededores, viendo a los bañistas lanzarse al agua turbia del río desde las playitas que se forman en los márgenes, las casas de

veraneo colgadas del verde sobre el río, las escaleras que suben hasta el Kremlin, réplica de las de Odessa... Conservo su dirección en una tarjeta...

A los dos días de la solicitud, las parejas que estaban en el hotel y que tuvieron el juicio el mismo día o al siguiente, tenían ya su pasaporte, previo peaje del café o algún otro producto y marchaban a Moscú... Iban desfilando parejas con flamantes pasaportes de pálidos niños rusos con sus estrenados apellidos Ramírez, Casanovas o García... Y nosotros con cara de tontos... Pagando más días de hotel...

Pero Alfonso es de ideas fijas... Así es que Ania y Julia, que debían ya querer regresar a Moscú, y hartas de que no nos sacaban ni una cena o comida juntos en los restaurantes a los que habían llevado a las otras parejas (los más caros de la ciudad), porque nosotros comíamos solos y ya habíamos pagado un canon por la estancia y gastos de la traductora, cansadas de no podernos exprimir, nos citaron una mañana en la comisaría, al fin, para entregarnos el dichoso pasaporte. Justo cuando la funcionaria nos llama para entrar, Ania coloca en la mano de Alfonso una pequeña bolsita y literalmente le obliga a ponerlo a su vez en la mano de la funcionaria, que recoge la bolsita con rapidez de rana comiendo mosca...

(Era un collarcito sencillo de bisutería, supongo de valor similar al bote de Nescafé)

Ellas lo pagaron.

Y con el pasaporte en mano, maletas y al tren. Adiós a Nizhni Novgorod. Con tu hijo en mis brazos, sobre el puente que atraviesa la “Strielka”, el cruce entre el Oká y el Volga siento el ocre de tu desgracia y el azul intenso de mi inmerecida suerte juntándose en las aguas bajo mis pies. Le pido a Dios que te dé suerte a ti también, que tu vida se llene de ilusiones, y mando con la manita del niño un beso hacia su mamá, al Norte, en dirección a Ivánovo, a Puchezh.

Toda la noche de viaje, con el niño súper excitado moviéndose sin dormir junto a mí en una estrecha litera baja... Ahora ya somos expertos en este viaje en tren, el cuarto, y sabemos que hay que alquilar las sábanas aparte, que no van incluidas en el billete... Y sin sábanas, la Stalin del Tren, la camarada revisora, no te deja estirar sobre el skay. Aunque se pasee seductora con salto de cama rosa dejando entrever parte de su anatomía, y con los rulos en la cabeza a media noche, vaso de té en mano, no pierde el espíritu castrense y te obliga a ponerte sentadito otra vez de un solo golpe de voz. Un recio golpe de voz con mirada fulminante. Y si pides entonces alquilar las sábanas, pues mala suerte, porque ya ha pasado el tiempo de alquilarlas...

Robé una sábana de las que había alquilado, porque era idéntica a las del orfanato, de rayas, en una tela fresquísima de hilo y algodón... Vale... no está bien, pero me la metí en la maleta y aquí la tengo...

Y ya en Moscú, sólo queda una gestión: La embajada de España ha de autorizar la entrada de

Vadim, que no es español aún, en nuestro país... Sí, si, un visado para extranjero. La cola del consulado daba la vuelta a la manzana, bajo un sol de justicia. Los rusos apelotonados en la puerta, en busca de visado, se peleaban a codazo limpio por ver a quien le tocaba entrar... Y nosotros con el carrito y el bebé... La puerta se cerraba y se abría e iban entrando de uno en uno. El resto debía esperar en la calle. Un policía nacional español, era el encargado de ir llamando, mientras repetía a los demás “¡gasparín, gasparín!” con gestos de que permanecieran fuera sin empujar la puerta. (Gasparín, mal dicho, era lo único que sabía decir ese policía sevillano recién destinado a Moscú, y quería decir ¡señor, señor!, con un acento peculiar que parecía situarnos ante el vigilante de la Giralda). En una de estas nos vio... y Alfonso le gritó ¡compañero!...

Las puertas se abrieron de par en par para dejarnos entrar con el cochecito por en medio de la marabunta. Todos protestaban, no exentos de cierta razón... Y Vadim pisó suelo español por primera vez.

Nos presentamos... mi marido es Inspector-Jefe, y por tanto colega del policía, que se mostró entusiasmado de charlar con alguien de su tierra, más con un colega... Nos pasó a una salita, con aire acondicionado, donde dimos de comer al niño... Al ver la voracidad del pequeño no paraba de repetirle con marcadísimo acento andaluz:

- Anda que te vas a hinchar de jamón, y de calamarcitos, y de boquerones, y de paellas... verás qué suerte has tenido, “¡joío”...en España se come “buaff”

¡pá morirse!. Y la boca se le hacía agua... Y la nostalgia le nublaba los ojos...

- Ya verás gasparín, qué bien te lo vas a pasar... ni te cuento... chaval...

A las seis horas, de dar vueltas y más vueltas por los alrededores de la embajada, pudimos recoger el visado para que el ciudadano ruso Vadim-Nicolai de la Plaza Reig pudiera entrar en España y permanecer tres meses. (En esos tres meses hay que tramitar la inscripción del niño en España como hijo nuestro, para que sea también español y ya no necesite visado)

Dimos las gracias al encargado de la embajada por su rápida intervención y nos despedimos de todos.

Fuera seguía la cola a pleno sol...

Y esa misma tarde, dejamos Moscú.

XVI. Un nuevo horizonte.

Camino del aeropuerto, Vladímir, el taxista que ya conocimos a la ida y que nos ha acompañado en Moscú, nos sonrío, nos transmite que se siente feliz de vernos ya con el niño. Hablamos durante el largo trayecto al aeropuerto Domodedovo de sus hijas, de las nuestras, de la vida en Rusia y en España, del frío y el calor tan intenso que soportan por esas tierras... y nos estrechamos en un fuerte abrazo al despedirnos, con la mano en el corazón...

En la cola para el control de pasaportes los latidos empiezan a acelerarse... No puedo aguantar de tan nerviosa que estoy, parece como si tuviera algo que ocultar... como si llevase un cinturón de cocaína anudado al tronco bajo la blusa...

Una mujer con uniforme militar (o que parecía militar) examina durante seis o siete eternos minutos mi pasaporte, mi visado de la primera vez, el de la segunda, saca mi foto del visado en la pantalla, comprueba mi altura haciéndome poner junto a una pared con marcas, cierra el mío y empieza con el de Alfonso... más de lo mismo... me sudan las manos y la frente... y toma por último el pasaporte ruso del niño, con la sentencia de adopción, el certificado de adopción, el de nacimiento, el visado de la embajada autorizando la entrada del menor en España... Nos mira una y otra vez y mira al niño, dormido como un tronco en el cochecito... Le tengo que enseñar su cara, se lo giro y levanto su cabeza para que lo vea, y sigue durmiendo..., telefonea y habla con alguien... Cuelga,

y, cuando me iba a dar ya el infarto o al menos una vulgar lipotimia, tres sonidos contundentes sellan nuestros pasaportes, que cierra y nos entrega, y con la mano nos indica que dejemos el paso a los siguientes...

En todos los viajes en avión tengo la costumbre de sujetar la mano de Alfonso, o de las niñas, en el momento del despegue... Nos apretamos con la mano del niño entre las nuestras... Y la tensión explotó en lágrimas por el aire... Podría dibujar una a una aquellas nubes que rodeaban mi felicidad cuando el avión tomó rumbo al nuevo horizonte, a casa... estábamos en el cielo... En el cielo real y en nuestro cielo particular...

Nos reciben en el aeropuerto de Barcelona Carlota y Marina con mi madre, una hermana de Alfonso con su marido, sus hijos y yerno...

Yo quería que mis hijas lo encontraran guapo, así es que lo había despertado en el avión (se acababa de dormir una hora antes de aterrizar), lo llevé al lavabo, le quité el pijama y lo vestí monísimo, y le puse colonia, y puse tiesos y juntos sus cuatro pelos hacia arriba, como Tintín... Y un pañuelo al cuello como de Boy Scout...

Carlota siempre me cuenta que lo encontró muy pequeño, se lo imaginaba más grande, y eso le puso muy contenta, cuanto más chiquitín, más bebé, mejor... y pensó que no era feo como en el vídeo... sino muy mono...

Pasó de mano en mano, de beso en beso, sin mostrarse extrañado.

- Es un muñeco -dicen todos.

Pero le ponían las manos en gesto de “ven” y no se echaba hacia ellos... No sabe hacerlo... ni conmigo... nunca nadie antes le había hecho ese gesto tan típico que se hace a los bebés para que se te lancen a los brazos... Si le toman en brazos, bien... y si no, también. No se tira hacia nadie. Y hace tan pocos días que nos conocemos que le da igual que lo sujete yo, su nueva mamá, o cualquier otra “mamá”, “papa” o niño, o persona que se cruce con él, quien sea...

A las dos de la madrugada, camino de casa, paramos en la de mis padres para que mi padre, ya muy mayor, lo conociera... se emocionó...

Esta es tu nueva familia, hijo, ya te irás acostumbrando a todos.

A las cuatro de la madrugada de un caluroso día del mes de julio de 2002 entró Vadim Nicolai en la casa donde nunca jamás, por nada ni por nadie, se le cerrará la puerta... Su casa para siempre...

Va pasando el tiempo, “Niki” tiene casi cinco años, es un niño muy alegre, siempre contento, de mente nada complicada, transparente, cariñoso, muy, muy revoltoso, inquieto, imposible mantenerlo sentado mucho rato....todos le queremos muchísimo. Es el mejor amigo de Marina, su hermana, se tronchan de risa juntos y no tienen una idea buena para sus juegos...hay que vigilar a ver qué organizan a cada momento. Se defienden el uno al otro... Niki no es capaz de hacer nada sin Marina... Y ella le busca. Duermen juntos... comen juntos... Ella le enseña casi

todo... Niki es el mejor juguete, el mimado de Carlota, su segunda mamá, bueno, su tercera.. Siempre le perdona...se lo admite todo...Le hemos mimado mucho, por el cuento del “pobrecito” que vino enfermo.... Y ahora que está sano como un toro, pero de los de Mihura, que nunca ha vomitado siquiera, que nunca tiene fiebre, ni se constipa, que corre, salta y brinca sin que pensemos ya en los costurones que apuntalan su vientre... que es un tío sin problemas... cuesta un poco “meterlo en vereda”...

Este curso, en el colegio ha aprendido a trazar las letras de su nombre. Con media lengua fuera, acusando el esfuerzo, va escribiendo:

V A D I M.

Si le preguntas qué es lo que ha escrito dice:

- He puesto “Niki”.

Ese es él: Vadim, como tú le quisiste llamar, y “Niki”, de Nicolai, de “Nicolaievich”, como le llamamos en casa. Él responde a lo uno y a lo otro.

Marina y él estudian Ruso, aunque parece mucho más interesada Marina que él en aprender la lengua que le hubiera tocado hablar por naturaleza...

Me gustaría decirle a aquellos psicólogos que nos insistieron en que no debíamos adoptar pues no sería bueno para nuestras hijas la llegada de un niño al que hay que dedicar mucha atención, decirles que hay que dedicarles la atención de cualquier hijo...y que la experiencia ha enriquecido la mente y el corazón de mis hijas... Las hace más tolerantes, y les da una visión de los seres humanos distintos a ellas, menos desconfiada.

Por supuesto, nunca me he arrepentido de la adopción... pero mi visión ha cambiado mucho: Antes era un sueño... un sueño que se me antojaba estupendo... Ahora la realidad es infinitamente mejor... El largo camino hacia el sueño hecho realidad me parece ahora corto y fácil si tenemos en cuenta lo que se obtiene en la meta. Él desde luego merecía el esfuerzo que supuso para nosotros... Ahora haría cinco veces ese camino... cien veces.... El lo vale.

*Un hijo biológico es un regalo de la vida,
Un hijo adoptivo es un regalo del cielo.*

Todos son “solo” hijos. Hijos del corazón.

Capítulo final. Siempre la Verdad.

Mucha gente me ha preguntado, desde que Vadim es mi hijo, si no tengo miedo de que un día quiera saber y quiera ir a conocer a sus padres... Y me preguntaban (sobre todo al principio), que cuándo le íbamos a revelar su origen, o si se lo ocultaríamos. ¿Cómo podríamos ocultarle quién es él en realidad? ¿Cómo podríamos nosotros permitirnos robarle su historia? El no nació de mí, ni nació en el verano de 2002 cuando llegó a Barcelona. El debe saber (y ya sabe) que es ruso, que nació en un lugar que está muy lejos de donde ahora vive, donde nieva mucho, donde las cosas son así y asá, y que estuvo en su país un tiempo hasta que le buscaron un papá y una mamá, y entonces nos conoció a nosotros, que quisimos y queremos ser sus papás para siempre; y vino con nosotros a esta tierra, que también es ahora su país. Se lo explicamos, aunque es muy pequeño y no entienda muy bien el alcance de eso.

Ahora ya sé que los hijos, no forman parte de nuestros dominios, como pensaba antes de ir a buscar a este hijo tan deseado... se pertenecen a sí mismos. Sus padres, sólo los acompañamos en un tramo de su vida, caminamos y aprendemos juntos. Pero su vida, sólo a ellos les pertenece...

Nosotros, la nueva familia de Vadim, escribimos con él las páginas siguientes de un libro que empezaron dos jóvenes rusos cuyas vidas confluyeron un día y se amaron, Natalia y Nicolai, en Puchezh,

provincia de Ivánovo, Rusia, a comienzos del 2001. Y ese es el libro de su vida.

Nosotros aparecemos en el capítulo tercero, después de Natalia, que le dio la vida y de mamá-patria, que lo cuidó nueve meses.

No ser la primera, ni la única, no es obstáculo para que yo le quiera hasta el infinito, sin límites, sin barreras, sin complejos. Todo lo que es posible en el amor de madre, yo lo siento. Y lo imposible. Me dejaría matar por él, mentiría, robaría, lo haría todo, lo daría todo... Como por Carlota... Como por Marina...

- ¿Y no te daría rabia que un día si Vadim conoce a “su verdadera madre” la quiera a ella? -me han llegado a preguntar no pocas veces.

Yo siempre respondo que mi amor hacia él no excluye a nadie. Y que él no me dejará de querer. Yo le quiero todo lo que mi corazón da de sí. Pero a él le quiere mucha más gente que yo; su padre, sus abuelos, sus hermanas; un día lo querrá su pareja, espero, y a medida que crezca, lo irá queriendo más y más gente. El amor de ellos no menguará el mío. Quiero a mis hijas con delirio, y eso no me impidió empezar a quererle a él. Él me adora y también quiere con locura a Alfonso, y a Carlota y a Marina; y quiere muchísimo a la “canguro”, Delma, que nos ayuda. ¿Por qué no podría él también tener una parcela para querer a su madre biológica? Sé que si la conociera, el amor que pudiera abrir para ella nunca cerraría el mío, ni lo disminuiría un ápice. Es un absurdo. Cuando te

enamoras de alguien, por ejemplo, no dejas de querer a tus padres. Y tienes luego hijos, y se amplía el amor más aún para abarcar a todos, no dejas de querer a nadie. Estoy tranquila. El amor entre mi hijo y yo sólo depende de nosotros dos. El resto de amores, los elegirá él. Yo ya tengo mi parcela en su corazón. Si le quiere abrir un espacio a su mamá rusa, que se la abra tan grande como pueda. Eso le hará feliz. Y me hará feliz.

Quien más quiere es más feliz. No lo dudes, Natalia. Quiérole tú también, aunque estés lejos y no le veas... Un día él te necesitará, y qué no daría yo por que tú respondieras a su llamada...

Vadim tiene el nombre que elegiste para él. El único legado voluntario que le queda de su madre, aparte del parecido genético que pueda tener contigo, con su padre y con los suyos. (Me gustaría ver qué cara tienes, o ver una foto tuya camuflada entre un montón de otras fotos de mujeres, y saber si por los rasgos del niño te reconocería como su madre...) Ahora, andando el tiempo, incluso no me importaría que mi hijo hubiera conservado también tu apellido. Yo le quiero por él mismo, sea quien sea, se llame como se llame, venga de donde venga, se parezca a quien se parezca. Darle nuestros apellidos le facilita la vida aquí con nosotros, y legalmente lo hace nuestro... Pero para nosotros ¿qué más da eso? Vivimos del cariño que cada día nos damos, y no necesitamos rebautizarlo, sólo quererlo, educarlo, verlo feliz y sobre todo, disfrutarlo.

Hace poco, la pasada Navidad, mientras se repeinaba solo ante el espejo, vi cómo el niño miraba su

rostro con cierta curiosidad, abría los ojos muy abiertos y los cerraba... Al poco me preguntó:

- “Mami”... ¿Por qué tengo yo los ojos de chino?

Creo que es el primer día que se vio diferente a sus hermanas y a nosotros. Nunca se había fijado.

- Tienes los ojos así porque en tu familia de Rusia, tu papá o tu mamá deben tener los ojos así, y puede que algunos de tus abuelos también... y eso es así porque muchos años antes, “muchos abuelos antes”, los abuelos de los abuelos vinieron de otro sitio, de otro país donde todos tienen los ojos así rasgados, y se quedaron a vivir en Rusia, porque les gustó mucho, y se mezclaron con los rusos, tuvieron hijos, y por eso hay rusos con ojos rasgados, como tú, y otros rusos, con ojos más redondos...”

Explicar la verdad no es tan complicado...

Vadim tiene un pasado, que sólo a él pertenece y quiero y deseo de todo corazón que lo conozca, que lo acepte, que sepa quienes son las personas que le han traído a este mundo, que sepa también que quizás tenga otros hermanos, que conozca cuanto yo sé, y que pueda averiguar cuanto él quiera averiguar... Porque tiene derecho a ello. Él deberá juzgar, y no nosotros. Y aún así, aunque deba juzgar él, procuraremos que no lo haga hasta que no conozca él directamente todas las piezas del rompecabezas de su vida. Y mi deseo es que Juzgue con benevolencia, sin rencor... Al menos, que sepa dar las gracias a su madre por permitirle vivir la aventura de la vida...

No sólo hay que respetar el lógico deseo de casi todos los niños adoptivos de saber cuál es su origen, sino que sería deseable que los que tanto los queremos, su familia, les apoye en el camino y en la búsqueda. Nunca será fácil vivir esas emociones...

Lo más difícil no será ofrecerle los datos que sabemos... De hecho él ya va sabiendo cómo te llamas, de dónde eres, de una forma abierta y normal... Esa normalidad en la revelación de su origen, no hay que confundirla con hacerle creer que esa particular historia suya es lo natural. Simplemente esa es la historia de su vida y es así y no de otra manera. Lo natural hubiera sido que hubiera podido vivir con su papá y su mamá en Rusia. Eso no pudo ser, ni tú ni él le pudisteis cuidar, y por eso otro papá y otra mamá fueron a buscarlo con toda la ilusión del mundo, para que fuera su hijo para siempre.

Me es fácil hablar de ello con él con normalidad, no me cuesta. Me parece muchísimo más difícil, sin embargo, saber ayudarle de forma acertada cuando se enfrenta al principal problema, que no es saber quienes son tus padres o cómo se llaman, qué aspecto tienen, qué profesión, o de qué ciudad son, sino ¿Por qué me dejaron? Esa es la gran pregunta.

Yo no tengo respuesta, pero tengo claro que tampoco quiero inventar para él una historia que no es. Cierto es que yo fantaseo sobre ti y sobre cómo eres. Y es inevitable que al imaginarte yo te ponga un rostro borroso en mi mente. Y me imagine a su padre conduciendo un autobús, pues sólo sé que es conductor. Igual conduce camiones, o taxis, o tiene ya otra

dedicación, y ni siquiera acierto en eso. Creo que lo más sincero será simplemente decirle que no sé por qué le dejaron, que no sabemos por qué su familia de origen no pudo hacerse cargo de él, e intentar que aprenda a vivir con esa pregunta sin respuesta, que no la llene de rencor, que incorpore esa laguna a su vida lo mejor que pueda. Intuyo que será duro para él enfrentarse al hecho del abandono... Eso creo que será lo más duro y que necesitará tiempo para asumirlo...

Desde nuestra orilla, le ayudaremos lo mejor que sepamos a cruzar ese río difícil.

Espérale, Natalia. Cuando sea capaz de cruzar el río, ¿estarás esperándole en la otra orilla?

FOTOS

PRIMER VIAJE



Nizhni Novgorod. Con Ania, nuestra intérprete.



Nizhni Novgorod. Alfonso en el cruce del Volga con el Oká.



Nizhni Novgorod. Esperanza con una vendedora ambulante.



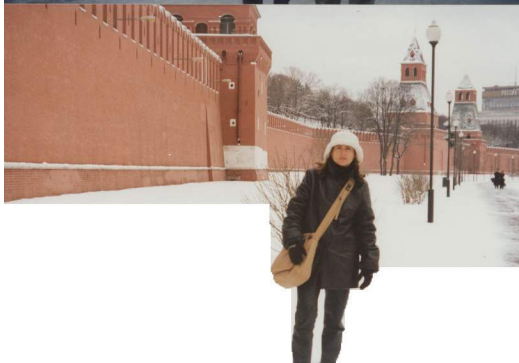
Djerjinsk. Casa de niños número 2.



Djerjinsk. Estas son las primeras fotos de Vadim que vimos en el ordenador del director del orfanato. No era ésta la primera imagen que una madre espera tener de su hijo...



01/04/2002. Orfanato de Djerjinsk, “el flechazo”,
conocemos a Vadim...



02/04/2002. Moscú, paseo al alba por el corazón de la ciudad.

SEGUNDO VIAJE



09/07/2002, Djerjinsk, volvemos a verle después de más de tres meses. Vadim y su “butielka” de té.



10/07/2002, recogemos a Vadim en el orfanato... ya es nuestro hijo a todos los efectos. Esperanza le viste antes de salir.



Nizhni Novgorod,
En el restaurante-barcaza de nuestro amigo Faruk sobre
el río Oká.



Hotel Central, Alfonso, como cada mañana, pone a Vadim a tomar el sol en la ventana.



Esperanza y Vadim, en el vuelo de regreso a España.
¡Nos vamos a casa!



Nuestra familia, por fin está completa.





09/07/2002, Djerjinsk y 09/08/2002, Torredembarra
(Tarragona)

Tan solo un mes de diferencia entre las dos fotos...





Verano de 2002, Torredembarra. El recién llegado con sus hermanas.





Vadim Nicolai.
Y el sueño se hizo realidad.